ALFAGUARA

Claudia Piñeiro

Cuánto vale una heladera

y otros textos de teatro



Narrativa Hispánica

El teatro es mágico, al menos para mí. Una de las actividades que más disfruto en la vida es llegar a una sala teatral, hacer cola para entrar, sentarme en la butaca, revisar el programa, buscar un caramelo en la cartera, apagar el celular. Podría sumar a la lista cada uno de los pequeños actos que realizamos mientras esperamos que se apaguen las luces y comience la función. Una ceremonia casi religiosa ya antes de que aparezca un actor sobre el escenario, diga las palabras reservadas para él y la magia comience. Si la obra es buena, mejor. Si no, la ceremonia igual tendrá lugar. Porque allí estarán ellos, para decir su palabra, y nosotros en la butaca para recibirla.

Escribir teatro es sentirme parte de esa ceremonia desde el otro lado, aquel que se reserva antes de traspasar la cuarta pared, en el lugar en que se mezclan los ingredientes y se revuelve el menjunje en el caldero. Sentirme uno más dentro de los partícipes necesarios. Nadie escribe dramaturgia sólo para ser leída. Sin texto no hay teatro, aun en los casos en que la obra surge a partir de improvisaciones, en un momento alguien se sienta y escribe palabra sobre palabra lo que se dirá arriba del escenario. Sin embargo quienes nos dedicamos a la dramaturgia sabemos que somos parte de un proceso de representación que empezará con el texto pero que no concluirá en él. En ese sentido y en cuanto al oficio de escribir, la escritura de teatro es la menos solitaria de las escrituras. Uno escribe solo, como siempre, pero luego trabaja ese texto en acción, con el director, con los actores, con el escenógrafo. Cada uno de los integrantes de esa compañía teatral aporta con su propio trabajo y sus propios dones. Incluso hasta pueden surgir

modificaciones al texto una vez que esas palabras encuentran el cuerpo en donde encarnarse.

Tuve la suerte de trabajar con grandes directores: Mónica Viñao, Marcelo Moncarz, Manuel Iedvabni, Guillermo Ghio. De todos aprendí. De todos tomé sugerencias para mejorar los textos. También de los actores que ellos eligieron. Seguramente también habría aprendido de las muchas puestas que se hicieron y se hacen de estas obras en distintas ciudades del país, si hubiera podido verlas. Todos ellos, los que conocí y los que no, fueron los encargados de que lo que escribí se convirtiera en teatro vivo, a la manera que lo describe Peter Brook en *El espacio vacío*: "... el teatro es siempre un arte autodestructor y siempre está escrito sobre el agua. El teatro profesional reúne todas las noches a personas distintas y les habla mediante el lenguaje de la conducta. Se monta una representación y por lo general tiene que repetirse —y repetirse todo lo mejor y esmeradamente que se pueda—, pero desde el primer día algo invisible comienza a morir".

CLAUDIA PIÑEIRO

COMEDIAS

Cuánto vale una heladera

Personajes

Piñeiro
Empleada
Lobatti
Dr. Loche
Peralta

1.

Escenario a oscuras. Suena un teléfono. Se detiene el sonido porque atiende el automático.

LOCUTORA(*off*): Gracias por comunicarse con Energé, su compañía de electricidad. A continuación pulse el número correspondiente a la opción deseada.
Falta de suministro, pulse 1.
Facturación, 2.
Corte de suministro por falta de pago, 3.
Corte de suministro por otro motivo, 4.
Prejudiciales, 5.
Judiciales, 6.
Emergencia, 7.
Catástrofe, 8.
O aguarde y será atendido. En estos momentos todos nuestros operadores están ocupados. Por favor, intente más tarde o preséntese en nuestras oficinas en el horario de 8 a 14 hs.
Muchas gracias por comunicarse con Energé.

2

Sonido de teléfono de corte y ocupado. Se enciende la luz del escenario. Es la oficina de atención al cliente de una compañía de

electricidad. Hay un escritorio, detrás del cual una empleada termina de acomodar unos papeles. Claudia espera ser atendida, parada en una fila de dos o tres personas. Se ve cansada, hace rato que espera

EMPLEADA (*grita al salón*): Sesenta y nueve… rosa…

El grito de la empleada sobresalta a Claudia.

CLAUDIA: Yo… acá…

Avanza torpemente buscando el número, va hacia el escritorio y se sienta.

EMPLEADA: Dígame…
CLAUDIA: Vengo a hacer un reclamo… yo vivo acá a tres cuadras y ayer estuvimos sin luz todo el día…
EMPLEADA (*sin interés pero con falsa sonrisa*): Última factura paga y documento, por favor…
CLAUDIA (*busca y rebusca en la cartera*): No, pero mire que yo no vengo por el tema del corte… (*Encuentra los papeles y los saca sin dárselos todavía.*) A mí la luz ya me volvió… lo que pasa es que cuando la dieron, vino con demasiada tensión y me quemó la heladera…
EMPLEADA (*le saca la factura y el documento de la mano y los lee*): Ajá…
CLAUDIA: Una heladera recién comprada, doble puerta, esa que saca los cubitos directo al vaso… Todavía la estoy pagando…

La empleada hace uso de su poder y se toma su tiempo para revisar los papeles.

EMPLEADA (*marcando exageradamente la diferencia entre los dos apellidos*): En el documento dice Claudia **Piñeiro**, y en la factura dice Claudia **Pineiro**…
CLAUDIA: Sí…
EMPLEADA: ¿Y usted quién es?

CLAUDIA: Claudia Piñeiro…
EMPLEADA: El trámite es personal, tiene que venir la titular…
CLAUDIA: La titular soy yo…
EMPLEADA (*vuelve a marcar la ene*): La titular de la factura es Claudia Pineiro…
CLAUDIA: Sí, soy yo…
EMPLEADA: ¿En qué quedamos, usted es Piñeiro o Pineiro?
CLAUDIA: Yo soy Piñeiro, pero ustedes cuando facturan escriben Pineiro… debe ser que no tienen eñe en el sistema…

La empleada se calza los anteojos de leer y busca en una carpeta o listado de clientes.

EMPLEADA: En años de servicio no recibí una queja relacionada con la eñe.
CLAUDIA (*se empieza a fastidiar*): No le habrán quemado la heladera a nadie que lleve eñe en su apellido…
EMPLEADA (*golpeando con la lapicera el listado como que ahí también la encontró*): En el listado de clientes también me figura como Pineiro (*cierra el listado como dando la cosa por terminada*). Lo siento, si en nuestros registros figura Pineiro, yo necesito que se presente Pineiro…
CLAUDIA: Es que Pineiro no se puede presentar porque no existe…
EMPLEADA: ¿Pero de quién era la heladera entonces?
CLAUDIA: ¡¡¡Mía!!!
EMPLEADA: A ver… déjeme entender… usted es quien vive en el domicilio que figura en esta factura…
CLAUDIA (*se entusiasma, parecería que la empleada empezara a entender*): ¡Sí!
EMPLEADA: Y usted es Claudia Piñeiro.
CLAUDIA (*feliz, cree que al fin le entendió*): Efectivamente…
EMPLEADA: Entonces tramite un artículo 38…
CLAUDIA: ¿Qué es eso?
EMPLEADA: Cambio de titularidad… si cambia el titular hay que hacer un artículo 38…

Claudia: ¡Pero si el titular no cambió, yo vivo ahí desde hace 15 años…!

Empleada (*con un sarcasmo que no tiene*): ¿Y en quince años no se preocupó por poner la factura a su nombre…?

Claudia: ¡Está a mi nombre! Ustedes lo escriben mal… ustedes arman todo este entuerto… ¡ustedes son los que no pueden escribir una eñe como corresponde!

Empleada (*con calma estudiada y exagerada*): No me falte el respeto que yo a usted la estoy tratando bien…

Claudia (*se indigna*): ¿Yo le falté el respeto?

Empleada: Escúchese el tonito…

Claudia: ¡Escúchese usted, que habla y habla y no soluciona nada…!

Empleada: Pero no le levanto la voz…

Claudia: ¡¡¡Levánteme la voz, insúlteme, pégueme si quiere, pero haga algo para que me paguen mi heladera…!!!

Empleada (*repite lo que cree obvio*): Art. 38 cambio de titularidad…

Claudia: ¡No se da cuenta de que si pidiera cambio de titularidad estaría mintiendo…!

Empleada: Ah, ese no es mi problema… usted quiere solucionar la cosa, yo le digo cómo… después cada uno sabe lo que hace o deja de hacer…

Claudia (*respira, trata de calmarse aunque le cuesta, y luego habla*): Señorita, mi apellido es Piñeiro, con eñe, mi abuelo Pepe nació y murió en la Coruña, con eñe, y mi abuelo materno se llamaba Adolfo Peña, también con eñe… En la historia de mi familia hay demasiadas eñes, y nunca nos han traído ningún problema, hasta hoy…

Empleada: Cada uno carga su cruz, señora. Tuvo suerte que recién ahora se dio cuenta… ¿Sabe cómo me llamo yo?

Claudia, casi sin fuerzas, niega apenas con la cabeza.

Empleada: Culotta… ¿Sabe las cargadas que me comí toda mi vida…? Hasta a mi marido lo han cargado por mi apellido… ¿Y yo me fui a quejar a alguna parte?… ¿Sabe cómo se llamaba mi mejor compañera del secundario…? Ziembrosvchuvnick… Todos le

decíamos Porota, inclusive los profesores… ni uno acertaba con el apellido… hasta en el diploma se lo escribieron mal… ¿Y usted se queja porque el suyo tiene una eñe…?

CLAUDIA: Yo no me quejo de mi apellido… Me quejo de ustedes que me lo cambian en la factura… y eso les sirve para no pagarme la heladera…

EMPLEADA: La heladera se la pagaremos con todo gusto… eso nadie le dijo que no… pero al titular… Y para eso el único camino posible es Artículo 38, cambio de titularidad.

Claudia queda vencida, lo duda un instante y luego:

CLAUDIA (*como dándole el gusto de harta que está*): Está bien, quiere un artículo 38, hágame un artículo 38…

EMPLEADA (*complacida*): Cómo no, señora…, enseguida se lo hacemos… ya le doy los formularios… los tengo por acá… formulario AJ3B, original y duplicado.

EMPLEADA (*le extiende los papeles y una birome con piolín atado a la pata del escritorio*): Complételos en imprenta mayúscula si es tan amable, que yo después no entiendo la letra…

Claudia toma la birome y empieza a llenarlos. Mientras escribe, de pronto se da cuenta de algo. Duda, no sabe si seguir escribiendo, la mira, sigue, tiene miedo de preguntar pero finalmente se decide y lo hace.

CLAUDIA: Una duda me queda, ¿quién me garantiza que después tramitar el cambio de titularidad en la factura va a aparecer Piñeiro?

EMPLEADA: ¿Usted puso Piñeiro ahí?

CLAUDIA: Obviamente puse Piñeiro.

EMPLEADA: Si usted puso Piñeiro, yo informo Piñeiro…

CLAUDIA: Entonces en la factura va a decir Piñeiro.

EMPLEADA: Eso ya no sabría decirle… yo lo informo así como está, ahora lo que después hacen en sistemas ya no es mi responsabilidad…

CLAUDIA: O sea que podría ser que yo haga todo este trámite, en imprenta, mayúscula, todo prolijo, por duplicado, pierda mi tiempo, le haga perder el suyo, y después…

EMPLEADA (*se acuerda algo, la interrumpe cordial*): Discúlpeme que la interrumpa pero me olvidé de decirle que el trámite tiene un costo de 25 pesos…

CLAUDIA: … pague 25 pesos… y a pesar de ello existe el riesgo de que la factura siga saliendo mal…

EMPLEADA: Riesgos siempre hay… Uno hace su trabajo bien… pero los demás… No está dentro de mis funciones…

CLAUDIA (*no logra contenerse más*): Y dígame, ¿dentro de las funciones de quién mierda está?

EMPLEADA: Señora, le aconsejo que se tome las cosas de otra manera… Si no se calma, yo no la puedo seguir atendiendo…

CLAUDIA: ¡¡¡Dígame quién carajo me va a atender entonces porque no me pienso calmar!!!

EMPLEADA (*ofendida, mientras anota rápidamente en un papelito que luego le da*): Gerente de Sistemas, Ingeniero Lobatti, piso 3º oficina 5. (*Gritando al salón el siguiente número.*) Setenta rosa…

Se prepara el que sigue. Claudia toma sus cosas con disgusto y se va. Las luces se apagan y el escenario queda totalmente a oscuras.

3.

LOCUTORA (*off*): La ley 18.248, ley del nombre establece que toda persona natural tiene el derecho y el deber de usar el nombre y apellido que le corresponde… La persona a quien le fuere desconocido el uso de su nombre podrá demandar el reconocimiento y pedir se prohíba toda futura impugnación por quien lo negare. Podrá ordenarse la publicación de la sentencia a costa del demandado.

4.

Cuando se enciende la luz en el escritorio está sentado el ingeniero Lobatti, gerente de sistemas, y frente a él, Claudia. Es otra oficina y otro escritorio, puede haber algún formulario continuo desplegado sobre él, y una PC.

LOBATTI: Sí, yo la entiendo, pero entiéndame usted a mí… La eñe no figura en los teclados…

CLAUDIA: ¿Cómo que no? Yo tengo una computadora en mi casa y escribo las palabras que llevan eñe… con eñe…

LOBATTI: En nuestros teclados no… Ni en los de casa central ni en los de ninguna de nuestras sucursales… Imagínese, yo para solucionar su problema tendría que pasar el teclado de todas nuestras PC al español, y eso nos traería innumerables inconvenientes… Mi gente no está acostumbrada al español…

CLAUDIA: ¿Su gente es pakistaní…? ¿Ucraniana…? ¿China? ¿En qué idioma habla su gente?

LOBATTI: Me refería al lenguaje de las máquinas… con las máquinas se habla en idioma universal… toda mi gente habla en idioma universal…

CLAUDIA: ¿O sea?

LOBATTI: Inglés… los comandos son en inglés, las rutinas son en inglés, los programas están definidos en inglés… "Run" es correr… "enter", entrar… "delete", borrar… Y en el alfabeto inglés no hay lugar para la eñe… De ahí el problema de su apellido… nada personal…

CLAUDIA: El problema no es de mi apellido, sino de su teclado. ¡Usted si lo dejan es capaz de querer traducir mi apellido al inglés!

LOBATTI (*desestima*): Por favor, señora… yo no haría eso… yo… (*y luego como si se le ocurriera una idea brillante y graciosa*) ¿Cómo me dijo que se llama?

CLAUDIA: Piñeiro…

LOBATTI: ¿Y significa algo Piñeiro…? Discúlpeme la ignorancia…

CLAUDIA: Además de mi nombre… decía mi abuelo que era algo así como un montón de pinos…

Lobatti (*con actitud de creativo*): Algo así como un montón de pinos… "a lot of pines"… "many pines…" … "a hundred pines"… (*Se ríe de su propio chiste buscando que ella también se ría pero no lo logra.*) ¡Qué gracioso sería, ¿no?!… Traducir todos los apellidos del mundo al inglés… "¿No, señora Manypines?"… Uno se ríe pero vaya a saber si algún día…

Claudia: ¡¿Qué dice?! Los nombres propios son intraducibles, señor. No pretenda adaptar mi apellido a su teclado…

Lobatti: Entonces tampoco usted pretenda que adaptemos nuestros teclados a su apellido. ¿Sabe el costo que significaría eso para la empresa? Miles de dólares, señora… Le pido que lo entienda…

Claudia: El que no entiende es usted, señor… si no puede poner un palito con su teclado, escríbalo a mano… Yo me llamo Piñeiro, y exijo que usted me llame como me llamo…

Lobatti: Yo no la llamo…

Claudia: Me llama con sus facturas de vencimiento…

Lobatti: Tratamos de escribirlo de la manera más parecida posible…

Claudia: En un nombre no existe "la manera más parecida posible", es como es… ¿O a usted le daría lo mismo que lo llamaran Lobito, o Lobeto, o Lobuto…?

Lobatti: No, bueno, afortunadamente mi apellido no presenta el problema que presenta el suyo. Peor sería que en lugar de eñe le escribiéramos un signo pesos, o el signo de porcentaje… como hacen algunos… Yo trabajé un tiempo en una tarjeta de crédito y ahí todas las eñe salían como la (&) y inglesa… la "y" de "and company", ¿vio?

Claudia: No, por suerte no vi…

Lobatti: Muy sofisticado… pero nuestra opción me parece más ajustada a la realidad…

Claudia: La realidad es el apellido que me dio mi padre. Y que a él le dio mi abuelo. Y a mi abuelo, mi bisabuelo…

Lobatti: El pasado, el pasado… ¿siempre el pasado? Se va a tener que ir acostumbrado a un mundo globalizado, señora, el pasado no existe… Como la eñe… en cualquier momento la sacan del alfabeto y usted ya no figura ni en el diccionario…

Claudia: Nadie va a permitir eso…

Lobatti: "Time will say"… Los que manejan el mundo no usan eñe, señora… Y para estar con ellos en la cresta de la ola… hay que eliminar cualquier barrera… (*Sentencioso, como si fuera a decir una verdad revelada.*) Y la eñe, hoy, no le quepa duda querida señora, es una tremenda barrera…

Claudia: Tremenda barrera es su estrechez de mente, señor…

Lobatti (*sin escucharla, como si recitara una poesía*): "Future is coming"…

Claudia: El futuro un coño, con eñe, señor… coño y señor los dos con eñe…

Lobatti (*vuelve a la realidad, mira su reloj*): Discúlpeme señora, pero lamentablemente no tengo más tiempo para usted… Debo regresar a mis tareas, me esperan para hacer el "back up" del equipo central… tuvimos un problema con el "set up"…

Claudia: Los voy a demandar… "in the court"… "with the law"… por si no me entiende…

Lobatti: ¿A quién… a las normas internacionales de teclados de PC va a demandar? Lo intentó el Estado español… sin el resultado que esperaban… Imagínese una ignota ciudadana de un país como el nuestro demandando a un mero intermediario entre ella y la civilización…

Claudia: Lo voy a demandar a usted, a su jefe, al gerente general, a los accionistas…

Lobatti: Contra mí no creo que pueda hacer mucho, yo soy un eslabón en la cadena…

Claudia: Todos los eslabones de una cadena son necesarios para que funcione…

Lobatti (*fastidiado*): Haga lo que quiera. ¡Es la primera vez que alguien hace tanto lío por una letra…!

Claudia: ¡¡¡Es la primera vez que alguien me quema la heladera y no me la paga…!!!

Lobatti (*cambia la actitud, como si cayera por primera vez*): ¿Le quemaron la heladera? ¿Cuándo?

Claudia: Ayer…

Lobatti: Hubiéramos empezado por ahí… ¿Hizo el reclamo?

Claudia: Es lo que estoy tratando de hacer…

LOBATTI: Pero eso tiene que tramitarlo en el primer piso, atención al cliente, con la señora Culotta… ¿Trajo el documento y la última factura paga?

Escenario a negro.

5.

LOCUTORA (*off*): El nombre constituye un derecho de propiedad y como tal es oponible *erga omnes.* El nombre es: obligatorio, único, inmutable, imprescriptible, inalienable.

6.

Se enciende la luz. Está Claudia frente al escritorio de su abogado, el doctor Loche. El escritorio cambió, es más formal; en lugar de PC hay una lámpara clásica, y anales de legislación.

CLAUDIA: ¿Se los puede demandar, doctor?

DR. LOCHE: Demandar se puede siempre… el asunto es "ganar"… o al menos llegar a un acuerdo extrajudicial beneficioso… porque demandar para que usted pierda su dinero y yo mi tiempo… no tiene sentido…

CLAUDIA: ¿Y usted qué cree…?

DR. LOCHE: Bueno, el caso tiene algunos puntos interesantes…

CLAUDIA: ¿Como cuáles…?

DR. LOCHE: Como que la demandada sea la compañía de energía eléctrica… Se puede sacar mucha plata a esa gente… tienen efectivo… no les gustan los litigios… y sobre todo les aterra aparecer en los medios…

CLAUDIA: Lo de los medios no creo que haga falta, yo quiero que actúe la justicia…

Dr. Loche (*con tono de discurso de un político*): Totalmente de acuerdo… el derecho a llevar el apellido que corresponde a cada individuo es irrenunciable… el apellido estructura la identidad, sostiene el concepto de familia, conecta con lo que fuimos… y es nuestro legado para los que serán… ¿Cómo una compañía eléctrica extranjera se puede arrogar el derecho a sustituir un apellido…? Vamos a declarar daño psíquico, lucro cesante, daño emergente… le digo más, hasta una cuestión de soberanía podríamos plantear si no arreglan enseguida…

Claudia: Bueno, no sé qué decirle… yo creo que escribiendo bien mi nombre y arreglando lo de la heladera…

Dr. Loche: Nosotros vamos a reclamar todo… total para negociar un arreglo siempre hay tiempo… Cuanto más se pide, más se saca…

Claudia: Yo lo único que quiero sacar es mi apellido bien escrito… y la heladera… dos puertas… que tira el hielo directo al vaso… la estoy pagando todavía… quemada…

Dr. Loche: Yo voy a hacer que le paguen la más cara disponible en el país… la que tiene freezer abajo, el último modelo… O si prefiere heladera y freezer por separado… Lo que usted me diga… Delo por descontado… Ya mismo pongo manos a la obra… (*Toma el teléfono.*) Déjeme llamar a un colega mío, muy memorioso él… llevábamos juntos un caso parecido al suyo hace algunos años…

Marca un teléfono y espera. Claudia se empieza a relajar, siente que sus cosas empiezan a andar mejor.

Dr. Loche (*al teléfono*): Aló… ¡Qué tal, doctor Galíndez! Acá doctor Loche le habla… ¿Cómo va todo?… Me alegro… mire… ¿Se acuerda del caso Arotçarena (*leer arotzarena*) vs. Registro Civil de Burzaco?… Sí, exactamente… ese viejito que peleaba por que le pusieran en el documento el apellido con ce cedilla (ç)… Exacto, la ce del pirulito para abajo… ¿Cómo terminó ese asunto?

Escucha atento asintiendo con la cabeza y luego le habla a Claudia en voz baja y tapando el auricular.

Dr. Loche (*victorioso*): El juez falló a favor de Arotçarena…

Sigue escuchando, al rato cambia la actitud. Otra vez tapa el auricular.

Dr. Loche (*a Claudia, indignado*): Apelaron y la Cámara revocó el fallo. (*Al teléfono.*) ¿Y entonces?

Escucha, asiente, genera suspenso, Claudia ansiosa quiere saber.

Dr. Loche (*con voz de circunstancia, a Claudia tapando el auricular*): En el medio el viejo Arotzarena se muere. (*Sigue escuchando.*) Qué barbaridad… (*A Claudia, como si fuera un logro.*) Pero en la lápida le pusieron el nombre con ce cedilla. (*Al tubo.*) Bueno, algo es algo, doctor Galíndez… por lo menos pasó al otro mundo en su ley… Bueno, muchas gracias, por todo, un gusto como siempre… Sí, sí, me sirve, claro que me sirve… Adiós…

Corta. La mira. Parece que va a decir algo muy importante. Ella espera.

Dr. Loche: La jurisprudencia de la ce cedilla no va a funcionar.

Claudia: ¿Y qué hacemos entonces…? Yo no me voy a conformar con que me escriban bien el apellido en la lápida…

Dr. Loche: Tranquila, señora Piñeiro, déjeme pensar… hay muchos caminos para lograr el éxito… sólo intentamos uno… que ciertamente no nos condujo a donde queríamos… pero ya se me van a ocurrir otros… usted, tranquila.

Claudia: ¿Tan complicado puede ser…?

Dr. Loche: Complicado… complicado… Trabajoso, diría yo… Nada es complicado en la justicia si uno sabe en qué juzgado caer, a quién llamar, qué botones apretar… Ya sé, un momento por favor…

Marca otro número. Espera que lo atiendan con actitud canchera.

Dr. Loche: Mi señor juez Monzón, ¿cómo le anda yendo? Acá su más ferviente admirador, el doctor Loche… Todo muy bien, todo muy bien, gracias… Mire, acá estoy con una clienta que anda con un problema de restitución de apellido… Sí, estos turros de la Compañía de Electricidad la están volviendo loca…

Loche se interrumpe por algo que escucha del otro lado del tubo.

Dr. Loche (*al tubo, repite la pregunta que acaba de escuchar*): ¿Cuál compañía de electricidad? (*A Claudia.*) ¿Cuál compañía de electricidad?
Claudia: Energer…
Dr. Loche (*al tubo*): Energer…

Escucha, algo lo deja medio paralizado. Le hace un gestito de disculpa a Claudia, se levanta con el tubo y se aleja para hablar más tranquilo.

Dr. Loche: Ah, no sabía que usted asesoraba a Energer, señor juez… (*Escucha.*) No, no, ya sé que usted como juez no puede manejar clientes… entiendo perfectamente, lo asesora su gente, digamos…

Loche sigue hablando, es evidente que está transando con el juez, pero cada tanto le sonríe a Claudia como si estuviera todo bien. Claudia se inquieta. Loche sigue transando. Finalmente cuelga, se queda un segundo como pensando qué le va a decir a Claudia y luego vuelve.

Dr. Loche (*miente*): Señora Piñeiro, me temo que no va a ser fácil. Energer suministra electricidad a todo el sistema judicial, que obviamente no paga su consumo hace meses… Ningún juez va a cargar con el peso de fallarles en contra, que les corten la luz, y dejar a la sociedad sin justicia…
Claudia: Yo ya estoy sin justicia… y parece que a nadie le importa…

Dr. Loche: Las personas no tienen la culpa, es el sistema que no les deja hacer otra cosa. Y cuando un sistema está corrupto… lo importante… es saber por dónde entrarle, encontrar el resquicio, la fisura… Déjeme pensar… repasemos su problema… si no me equivoco el apellido que figura en su factura de la compañía eléctrica no coincide con el apellido que figura en su documento de identidad… ¿Correcto?

Claudia: Correcto…

Dr. Loche: ¿Y esto le sucede sólo con la compañía eléctrica?

Claudia: No, después de lo de la heladera me estuve fijando en las otras facturas… en la de gas, donde va la eñe dejan el espacio en blanco. O sea que para ellos soy Pi eiro. En la de aguas, ponen un signo numeral… el que es dos rayitas cruzaditas con otras dos… (*lo dibuja en el aire*).

Dr. Loche: Numeral, correcto…

Claudia: Y en la de la tarjeta de crédito me ponen el signo pesos…

Dr. Loche: O sea que el problema no se circunscribe a la compañía de electricidad…

Claudia: No, lo que se circunscribe a la compañía de electricidad es que fueron ellos los que me quemaron la heladera…

Dr. Loche: Está bien, señora mía, pero hoy es la heladera quemada, mañana puede ser una fatal pérdida de gas, pasado mañana una inundación porque se rompió un caño de agua, y ni pensemos si se le extravía la tarjeta de crédito, y la encuentra justamente una señora que se llame Pi $ eiro… Hay que buscar una solución global para el problema de su apellido…

Se para como si hubiera descubierto una idea genial, y vuelve con un tomo de los anales. Busca un fallo. En ese momento entra al despacho José Peralta, un hombre sencillo, joven, se lo ve humilde, con acento no muy definido de algún país limítrofe.

Peralta: Ah, perdón, doctor… no sabía que estaba con gente… yo venía a preguntarle si tenía alguna novedad para mí…

Dr. Loche: ¿Yo novedad para vos? ¿Yo estoy esperando novedades tuyas, Peralta? ¿Traés plata?

PERALTA: No, doctor… si así no puedo trabajar…
DR. LOCHE: ¿Y te conseguiste una novia, entonces…?
PERALTA (*se incomoda*): No, yo ya le dije… yo… va a ser muy difícil que me case…
DR. LOCHE: ¿Y un hijo para reconocer?
PERALTA: Y eso menos, doctor… usted ya sabe…
DR. LOCHE: Bue… andá… andá y volvé la semana que viene, entonces… mejor el mes que viene… porque no creo que antes tenga nada para vos… Y poné voluntad, Peralta… o un poco más de plata… lo que consigas…

Peralta se queda mal, pero acepta sumiso. Claudia no entiende qué está pasando.

PERALTA (*a Claudia*): Buenas tardes, señora, disculpe.
CLAUDIA: Buenas tardes.

Peralta sale, Claudia lo observa, Loche sigue buscando el fallo. Peralta se queda a un costado del escenario sentado en el borde como si fuera el cordón de la vereda. Se mantiene cabizbajo y meditabundo mientras la escena sigue con el abogado y Claudia.

DR. LOCHE (*revisando en distintas páginas*): Estoy seguro de que fue en el 98, segurísimo… porque yo venía de Cancún y me estaba esperando un colega para consultarme por este caso… Acá está… Roberto Culo contra el Registro Nacional de las Personas… El señor Culo tenía el mismo problema de apellido que usted…
CLAUDIA: Pero si "Culo" no lleva eñe…
DR. LOCHE: No, él no tenía el problema con una letra, lo tenía con el apellido entero… ¿y cómo se soluciona eso?… Se pide a un juez amigo, no porque no sea legal sino para que las cosas salgan más rápido… que mande un oficio al Registro Nacional de las Personas donde autoriza al demandante, o sea usted, a realizar un cambio el apellido… Señora, hemos encontrado la solución a su problema…

Claudia: ¿Cambio de apellido…?

Dr. Loche: Y no se trata sólo de problemas administrativos. Tenemos que probar que ese apellido que le tocó en suerte, le ocasionó, le ocasiona o le ocasionará, traumas psicológicos, de la personalidad, de la autoestima… Juntamos las pruebas y el juez autoriza el cambio de apellido *ipso facto*…

Claudia: ¡Yo no quiero cambiarme el apellido *ipso* nada! ¡¿No era que el apellido es irrenunciable?!

Dr. Loche: Mientras que no haya que solucionar un problema ortográfico… usted al final quiere la chancha y los veinte… Si tanto problema trae esa eñe, sáquela, pero de todas partes… de su documento, de su partida de nacimiento, de los registros civiles, del Registro Nacional de las Personas…, de la faz de la tierra…

Claudia: Aunque lo saque de todas partes, mi padre se va a seguir llamando Juan Piñeiro…

Dr. Loche: ¿Vive?

Claudia: No…

Dr. Loche: Excelente… no que su padre no viva, por supuesto… excelente a los efectos meramente procesales… Usted para arriba en su árbol genealógico no tiene nada que viva, y para abajo sus hijos llevarán el apellido de su marido, así que si solucionamos su partida de nacimiento, solucionamos el problema entero… (*tomando nota*) ¿Qué le parece si ponemos Pineiro en todos lados?

Claudia (*no enojada sino angustiada, indignada*): De ninguna manera…

Dr. Loche: Bueno, fue una sugerencia, no creo que el juez tenga ningún problema en aceptar un Pérez, un López, no sé… ¿Benvenuto le gusta…?

Claudia: Dígame, doctor… ¿cuánto vale el nombre de las personas en este país? ¿Vale menos mi apellido que cambiar los teclados de la compañía de electricidad? ¿Vale menos que lo que usted pueda negociar con un juez corrupto? Dígame, Loche, la verdad, para ustedes vale menos que una puteada, ¿no?

Dr. Loche: Hoy por hoy, para usted su nombre vale una heladera…

CLAUDIA: No confunda valor con precio… mi nombre vale mucho más que una heladera… así que usted, la compañía eléctrica, el juez, todos juntos de la mano… váyanse a la mismísima mierda… No camine demasiado, deben andar cerca… Buenas tardes…

Se para y se va. Loche se la queda mirando como diciendo "qué mina loca". Se apaga la luz.

7.

LOCUTORA (*off*): Si sacaran la eñe del diccionario nos quedaríamos sin palabras como: otoño, compañero, compañera, compañía, enseñar, terruño, niños, mañana, cumpleaños, moños, muñeca, retoño, cariño, ñoño, hazañas, empeño, montaña, pequeño, añorar, soñar, sueños.

8.

Se ilumina el escenario, un banco de plaza o un cordón de la vereda donde está sentado Peralta. Llega Claudia y lo ve. Se sienta junto a Peralta que recién ahí la ve a ella.

CLAUDIA: Hola…
PERALTA (*se sorprende*): Hola, señora…
CLAUDIA: Dígame Peralta, ¿qué le pasó que necesita casarse?
PERALTA: Yo no necesito casarme… yo necesito la nacionalidad para trabajar…, el documento necesito… ya le di un montón de papeles al doctor, y un montón de plata… Bah, para mí un montón de plata, porque él dice que le tengo que dar más… y me insiste con que lo mejor es que yo me case con una argentina, o que le reconozca un hijo argentino a alguien… Pero para mí no es fácil…

Claudia: Y sí, tomar la decisión de casarse no es fácil… formar una familia… las responsabilidades…

Peralta (*la mira, pausa y luego habla*): Soy gay… yo no me quiero casar…

Claudia: Ah… sí, lo entiendo… a mí me pasa algo parecido…

Peralta: ¿Es gay también?

Claudia: No, a mí me quemaron la heladera…

Peralta: Ah…

Pausa, los dos como pensando en sus cosas.

Peralta: Aunque el doctor me diga que es mi única oportunidad… yo no quiero…

Claudia: Al doctor se le ocurre cada cosa…

Peralta: Porque él me dice que es una… ¿cómo le dice…? Una transacción… que yo obtengo mi beneficio, y la otra parte el suyo… Y yo casándome consigo la nacionalidad, ¿pero ella qué…? Yo marido no puedo ser… plata para ofrecer no tengo… no tengo casa, no tengo nada… lo que llevo puesto… y mi nombre, José Peralta…

Claudia: Tiene más que yo… (*Se le enciende la lamparita.*) ¿Peralta se llama usted?

Peralta: José Peralta para servirle, señora… (*Peralta le da la mano, y ella la estrecha.*)

Claudia (*investiga*): Peralta, con P… así sencillito…

Peralta: Sí, así como suena…

Claudia: Ni un mísero acento lleva…

Peralta: Yo creo que no…

Claudia: Fácil de escribir, ¿no?

Peralta: Para el que sabe…

Lo mira a los ojos, le toma las manos.

Claudia: Peralta, ¿usted no se quisiera casar conmigo…?

Peralta: Señora, me toma de sorpresa…

Claudia: Yo le ayudo a conseguir la nacionalidad, y lo único que le pido a cambio es poner todos los servicios a su nombre… luz, gas, teléfono…

Peralta: ¿Y me voy a tener que hacer cargo de algo? Mire que no tengo un centavo…

Claudia: De ninguna manera, yo pago todo, hasta casa y comida le puedo dar si quiere… lo único que necesito de usted es que su apellido figure en las facturas… ¿Qué me dice?

Peralta: Y… si a usted le sirve…

Claudia: No sabe cuánto… Claudia Piñeiro me llamo…

Peralta: Ah, mire usted… yo tenía allá en mi pueblo un vecino que se llamaba Piñeiro…

Claudia: ¿Y cómo se lo escribían?

Peralta: Y yo no creo que se lo escribieran muy seguido porque allá, en la montaña, mucho nadie escribe, más bien nos llamamos… Hola, Peralta… Cómo andás, Piñeiro… Nos conocemos todos…

Claudia: Debe ser lindo ese pueblo…

Peralta: Muy lindo… pero poco trabajo… me tuve que ir…

Claudia: ¿Cuándo le viene bien celebrar la boda…?

Peralta: Yo cuando usted guste, señora…

Claudia (*lo mira profundo a los ojos*): Me ha hecho feliz, Peralta…

Peralta: Usted también, señora…

Claudia: No me llame señora…

Peralta: ¿Cómo le gustaría que la llame?

Claudia: Piñeiro… Llámeme Piñeiro…

Telón

Verona

Personajes

Adriana
Gabriela
Cruz
Goyo

Baño amplio de la casa de Amanda, una casa antigua que se mantiene con cierta dignidad aunque se le nota el paso del tiempo. Hay un gran espejo con repisa sobre la bacha, un inodoro, un bidet, una bañera de pie, un esquinero con puertas y cortinitas de puntilla. La luz es baja. Sobre la repisa descansa una cartera de strass llamativa. Llegan música y voces de la fiesta de cumpleaños 70 de Amanda. A lo largo de toda la obra distintos ruidos y música irán dando la idea de la evolución de la fiesta. Se abre la puerta y entra Adriana. Está apurada, agarrándose la nariz, que le sangra. Va directo a lavarse, se echa agua fría en la nuca, luego se limpia con la tolla, se mira al espejo, la hemorragia no paró pero disminuye. Se pone agua fría en la nuca otra vez. Respira lento y profundo para que la sangre de la nariz se vaya secando. Cuando siente que la sangre está controlada se limpia la cara con detalle, mira la toalla ensangrentada, y entonces se quiebra y empieza a llorar. Entra al cuarto de baño Gabriela como llevándose el mundo por delante. Adriana se incomoda pero, como está de espaldas, Gabriela no advierte el estado en que se encuentra. Va directo al inodoro. Adriana oculta aún más su cara.

GABRIELA: Me meo, me meo, me meo…

Adriana trata de recomponer su rostro.

GABRIELA: ¡Veinticinco minutos por reloj que la tía Marta lleva metida en el toilette!

ADRIANA (*disimulando su estado*): ¿Le pasa algo?

GABRIELA: Que se comió la vida, le pasa… Le viene bien todo, dulce, salado, tinto, blanco. Es capaz de comerse un pedazo de torta

antes de que mamá sople las velitas. Un día de estos revienta, te lo firmo.

Se para y tira la cadena.

GABRIELA: ¿Y sabés qué es lo peor de todo? Que si revienta, y no se muere, de la tía solterona nos vamos a tener que ocupar nosotras. PC(*Se acerca a su hermana, la corre para lavarse las manos, ella se deja correr.*PC)

ADRIANA: Mamá no está en condiciones…

GABRIELA: Justamente, la gorda nos cae seguro. Y si nos cae, nos aplasta. Pero como no es mi madre, ni la quiero, ni me cae simpática, por mí que vaya directo al geriátrico.

Busca la toalla para secarse pero la tiene Adriana ensangrentada. Se la va a sacar de la mano, Adriana la retiene como que no sabe qué hacer, Gabriela ve la sangre.

GABRIELA: ¿Y a vos qué te pasó?

ADRIANA: Nada, me sangra la nariz…

GABRIELA: ¿A esta altura de la vida? Pensé que era un tema superado…

ADRIANA: Yo también, pero a veces…

A falta de toalla Gabriela se seca las manos pasándoselas por el pelo.

GABRIELA: "¡Mamá, mamá, Gabriela me pegó y me hizo sangrar la nariz!". Era un asco, Adriana.

ADRIANA: Es horrible.

GABRIELA (*sin esperar respuesta, ni sospecha que pueda ser cierto*): ¿Y quién te "pegó" ahora?

ADRIANA (*casi para sí*): Nadie…

GABRIELA: Che, ¿no hay feo olor en este baño?

Recorre el baño oliendo como buscando ese olor que le molesta.

GABRIELA: "¡Mamá, mamá… Gabriela me pegó en la nariz!"
ADRIANA (*casi autómata*): Es horrible.

Gabriela sigue sin darse cuenta de lo que le está pasando a su hermana, baja la tapa del inodoro como sospechando que el feo olor viniera de ahí, y se sienta sobre la tapa.

ADRIANA (*empieza a sollozar*): Horrible.
GABRIELA (*todavía no la escucha*): ¡Y cómo llorabas! ¡Por Dios, qué mujer maricona fuiste siempre, Adriana! Muy maricona…

Adriana, con la vista clavada en la toalla ensangrentada, rompe en llanto desconsolado. Gabriela no entiende nada.

GABRIELA: ¡Eh, no fue para tanto! ¿O sí? ¿Qué dije yo? ¿"Maricona", dije?

Entra Cruz embalada sin darse tiempo de ver qué pasa dentro del baño.

CRUZ: Chicas, ¿no me dejé por acá una carterita?

Va directo a la repisa y agarra la carterita de strass. Sus hermanas están en lo suyo y no le prestan atención al tema de la cartera. Ella toma la cartera de la repisa.

CRUZ: Acá estabas, guacha…

Saca de adentro un cigarrillo y lo enciende, con un apuro y un placer desesperado.

CRUZ: ¡Nadie fuma en esta familia! Gente rara. Cincuenta invitados y no hay uno que fume. De cáncer no se van a morir, pero de depresión…

Las mira y se da cuenta del ambiente que se corta con cuchillo y de la cara llorosa de Adriana.

Cruz: Hablando de Roma… ¿O murió alguien?
Gabriela: Le sangró la nariz y le hice un chiste… malo, reconozco, pero no para tanto…
Cruz: Le pegaste, Gabi…
Gabriela: ¡Ay, Cruz, cómo le voy a pegar!
Cruz: A Adriana le sangraba la nariz cuando le pegaban.
Gabriela: ¡Le sangraba de nada!
Cruz: ¿Te traigo unos hielitos para la nuca, Achu?
Adriana: Ya está, ya se cortó… Ya pasa…

Aferrada a la toalla, llora otra vez.

Cruz (*a Gabriela*): ¿Pero qué le dijiste?
Gabriela: ¡Nada! Ni me acuerdo… ¿Qué le dije? "Maricona" le dije, ahí está, eso. ¿Te parece motivo para llorar así?
Adriana: Este es el motivo… PC(*Muestra la toalla ensangrentada.*PC)
Cruz: Pero entonces, ¿te pegaron nomás? En la fiesta de cumpleaños de mamá, no lo puedo creer. ¿Quién te hizo sangrar así, Achu?
Adriana: Raúl, en la cocina…
Gabriela: No, me estás jodiendo.
Adriana (*llora*): No aguanto más.
Gabriela: ¿Pero Raúl, tu marido?
Cruz: ¡Ay, Gabi, qué Raúl va a ser!
Gabriela: No puede pegarte Raúl con esa cara de estúpido que tiene.
Cruz: ¡Gabi! PC(*La mira como retándola por lo que dijo.*PC) ¿Que no puede? ¿Sabés la cantidad de hombres con cara de idiota que les pegan a sus mujeres?

A Adriana le empieza a sangrar otra vez la nariz. Sus hermanas la ayudan, la llevan otra vez a la bacha con la nuca hacia atrás. Las dos con un poco de asco. Cruz le echa agua fría en la nuca. Adriana respira. El sangrado se controla otra vez.

Cruz: En serio, Achu, ¿no querés que busque hielo?
Adriana: No, no quiero que Raúl sepa que estoy acá…

Se sienta en el bidet. Tira al piso la toalla ensangrentada. Las hermanas la acompañan y se ponen de cuclillas junto a ella. Cruz la abraza y trata de calmarla, es cariñosa. A Gabriela le cuesta más el contacto físico. Se ve a las tres muy juntas en una actitud fraternal y tierna. Se quedan así un rato. Del otro lado de la puerta golpea Goyo. El diálogo transcurre de un lado de la puerta al otro, sin abrirse.

ADRIANA (*preocupada, a sus hermanas*): ¡Raúl!
CRUZ (*grita*): ¡Ocupado!
GOYO: ¿Cruz, sos vos?
CRUZ: Ah, Goyito, sí, ¿qué pasa?
GOYO: Que mamá no da más, quiere soplar las velitas y desapareció todo el mundo. Gabriela y Adriana no están por ninguna parte, Raúl se acaba de ir descompuesto…
CRUZ (*a sus hermanas*): Cobarde… PC(*A Goyo.*PC) A Adriana le sangra la nariz, enseguida vamos…

Goyo manotea la puerta como para entrar.

GOYO: Uy, pobre. ¿Puedo pasar?
LAS TRES: ¡Noooooooo!

Gabriela se apura y va a la puerta a pararlo. No hace falta, él la cierra en cuanto escucha el grito. De todos modos, Gabriela le da una vuelta de llave.

GOYO: ¿Les traigo hielo?
GABRIELA: No hace falta, tenemos todo controlado, en unos minutos estamos allá.
GOYO: Hay mucha expectativa, mamá quiere anunciar algo.
GABRIELA (*a sus hermanas*): Mamá y sus anuncios… ¿qué puede anunciar mamá? Algunos de sus proyectos que nunca lleva a cabo…
ADRIANA: Dejala que sueñe, ¿qué te molesta?
GABRIELA: No me molesta, me aburre…

Cruz (*a Goyo*): Enseguida vamos y soplamos las velitas.
Goyo: Está temblando mucho, no sé si va a poder…
Gabriela (*a Goyo*): Decile que se tome otro Madopar, así tira un rato más…
Adriana (*a Goyo*): ¡No, que no tome, Goyo! PC(*A Gabriela.*PC) ¿Cómo va a aumentar la medicación así porque sí? Ustedes no tienen idea. PC(*A Goyo.*PC) Decile que se quede tranquila, que se recueste un poco. PC(*Mira el reloj.*PC) Para la próxima dosis falta una hora.
Gabriela (*a Adriana*): Pero se van a hacer las tantas de la noche. Mis chicos se van a quedar dormidos.
Goyo (*no escuchó lo anterior*): Mirá que los chicos de Gabi están casi dormidos. Che, me quedo preocupado, ¿estás bien, Achu? Dale, ¿no puedo entrar?
Las tres: ¡Noooo!
Goyo: Okey, okey. *Ah, le donne! Fate presto, per favore*.

Goyo se va.

Gabriela (*como imitándolo*): *Ah, le donne!* Qué raro volvió este chico de Italia.
Cruz: Volvió de Italia hablando italiano, no me parece tan raro…
Gabriela (*duda*): Umm… PC(*A Adriana.*PC) ¿Y qué pensás hacer?
Cruz: ¿Cómo qué piensa hacer? Separarse.
Gabriela: No seas tan terminante. ¿Vos te creés que en la vida es todo blanco o negro?
Cruz: ¿Qué otra cosa se puede hacer cuando el tipo que duerme en tu cama te pega?
Gabriela: No sé, querida, mandarlo a dormir a otro cuarto, por ejemplo… ¿Es la primera vez que te pega?

Adriana duda, algo rara, y no llega nunca a contestar porque las otras siguen embaladas con su pelea dialéctica.

Cruz: ¿Pero qué importa si es la primera vez?

GABRIELA: Importa que una de las cosas que hace funcionar un matrimonio es el perdón, y no es lo mismo perdonar una vez, que cinco, cien, doscientos cincuenta y ocho mil. Qué decir, en años de matrimonios pasa mucha agua bajo el puente…

CRUZ: No estoy de acuerdo.

GABRIELA: Tampoco estás casada.

CRUZ: Jamás aceptaría estar al lado de un hombre que me pegue.

GABRIELA: Jamás aceptaría llegar a los cuarenta y estar soltera y sin hijos.

ADRIANA: ¡Basta! Termínenla… ¡Al final lo que me pasa a mí no les importa un cuerno! ¡Lo único que les importa es demostrar quién tiene razón!

Las dos se quedan, les cuesta contenerse pero lo hacen, con esfuerzo. Pausa.

CRUZ: Hay feo olor en este baño, ¿no?

ADRIANA: Sí…

Cruz va y tira la cadena.

GABRIELA: Yo ya la tiré.

ADRIANA: Hoy a la tarde fui al banco a pagar el teléfono y me encontré con Roberto Almada.

GABRIELA: ¿En serio? Debe hacer veinte años que no lo veo. Más, desde que cortó con vos yo creo… ¿Y cómo está? ¿Lindo? Era lindo Roberto.

ADRIANA: Está como siempre, más canoso, más arrugado, pero como siempre.

GABRIELA (*se toca el dedo anular*): ¿Dedo podrido o se lo podemos presentar a Cruz?

CRUZ: No seas ridícula, ¿qué tengo que ver yo con Roberto Almada?

GABRIELA: Bueno, perdón, quise hacer un aporte, de onda, para hacer las paces. Soltero, lindo, frecuenta el banco… debe tener cuenta.

Adriana: Me invitó a tomar un café, fuimos al bar de la esquina del banco, imaginate, ¿qué cosa rara puedo hacer yo ahí si pasa medio barrio y te ve?

Cruz: No te justifiques, vos podés tomar un café donde quieras y con quien quieras, Achu.

Adriana: Raúl no piensa lo mismo, le conté, y se puso loco, delante del tío Pepe…

Cruz: ¿Y el tío qué hizo?

Adriana: Nada, se hizo el distraído y se fue para otro lado.

Cruz: No te digo que esta familia es rara.

Gabriela: Bueno, qué querés, es difícil meterse en los actos privados de un matrimonio.

Cruz: No son los actos privados de un matrimonio, es un acto de violencia pública.

Gabriela: Ahora, decime, ¿no? ¿Hacía falta que le contaras?

Adriana: No sé, me preguntó, y le conté. A lo mejor fue mi culpa.

Cruz: No, no, qué culpa ni culpa… Nada de culpa. Y que te quede claro, aunque te hubieras encamado en un hotel alojamiento de la ruta con el carnicero de la esquina, tampoco te puede pegar.

Gabriela: Si te encamás con el carnicero no se lo cuentes, haceme caso.

Cruz: No hay motivo por el cual un tipo pueda levantarte la mano.

Gabriela: Vos tenés muy poca paciencia, Cruz. El matrimonio se sostiene fundamentalmente con paciencia… Paciencia, perdón y vista gorda.

Cruz: Si es así, me moriré soltera.

Gabriela: Eso se ve venir.

Adriana: Me voy a separar.

Cruz: Me parece muy bien, tenés todo mi apoyo.

Gabriela: Me parece apresurado.

Adriana: Yo también creo que hay que tener paciencia. Pero, no aguanto más.

Cruz: Es que no tenés que aguantar ni un minuto más. Yo tengo un abogado muy bueno para recomendarte, porque en estos casos te tenés que manejar muy bien.

Gabriela: Sí, ves, eso es verdad. Porque yo no me voy a meter en tu decisión, a mí en la pareja de los otros nunca me gustó meterme. Pero si la decisión está tomada, acordate lo que le pasó a Chichita que Gordo la dejó prácticamente en la calle.

Adriana: No, ya lo sé, y Raúl es un tipo muy calculador. Y muy tacaño. Los chicos son mayores de edad, no me va a querer pasar un peso.

Gabriela: Raúl… con esa cara…

Adriana: Antes de separarme tengo que tener todo bien abrochado.

Cruz: Sí, y eso lleva tiempo, juntar papeles, testigos, vas a tener que tener cuidado.

Adriana: Mañana mismo cambio la cerradura.

Cruz: No, pará Achu, si no tenés las cosas bien armadas puede ser una imprudencia.

Adriana: Hace seis meses que vengo armando todo.

Las toma por sorpresa.

Gabriela: Seis meses…

Cruz: ¿Cómo aguantaste tanto tiempo al lado de un tipo que te pega?

Adriana: No, pegarme, pegarme… no me venía pegando…

Gabriela: Lo que dije yo, hoy fue la primera vez.

Adriana: Más o menos eso.

Cruz: Te venía psicopateando y hoy llegó al cachetazo.

Adriana: Me venía… no sé si la palabra es psicopateando, yo de esas cosas técnicas de la psicología mucho no entiendo. Básicamente me venía rompiendo las pelotas.

Cruz: Y hoy te pegó.

Adriana: Eh… algo así…

Cruz: ¿Qué es algo así? ¿Te pegó o no te pegó?

Adriana: En realidad sí…

Las dos se quedan mirándola esperando que sea más clara.

ADRIANA: Que no fue una cosa, pum me pegó… Fue a agarrar una copa del mueble que mamá tiene en la cocina, el que era de la abuela, que no está muy bien ubicado y siempre jode un poco en esa cocina angosta…

GABRIELA: Conocemos el mueble. ¿Y?

ADRIANA: Y yo le venía contando lo de Roberto Almada, del banco y el café. Lo seguía como de atrás. Él estaba enojado, movía mucho las manos, medio torpe como es Raúl, yo me crucé por delante y me golpeó con la copa la nariz…

CRUZ: Te dio un copazo.

ADRIANA: Con la copa, acá. PC(*Le señala dónde.*PC) Sin querer. Pero me sangró la nariz a lo loco, ustedes lo vieron…

GABRIELA: ¡No te decía yo! "¡Mamá, mamá, Raúl me pegó y me sangra la nariz!".

ADRIANA: ¡Pero me sangró! Y me quiero separar.

GABRIELA: ¡Sí, pero uno no separa porque le sangra la nariz, seamos un poco serias por el amor de Dios!

Pausa. Cada una se toma un tiempo para ver qué opinar, cómo seguir. Cruz se sienta en el inodoro y hace pis.

CRUZ (*desde el inodoro*): La verdad es que no sé qué decir. Por qué motivo uno se separa o se deja de separar es asunto de cada uno.

GABRIELA: Yo el tema de la sangre, sobre todo en el juicio de divorcio, ni lo mencionaría.

ADRIANA: Me enamoré de otro.

Otra vez las sorprende.

CRUZ: Eso ya es otra cosa.

GABRIELA: Roberto Almada.

ADRIANA: No, el abogado que me está ayudando con la separación. Estamos juntando facturas, evidencias de gastos, resúmenes de tarjetas y todo eso. Me está haciendo comprar cosas importantes, DVD, una heladera doble puerta, para aumentar

los gastos, ¿no? Y me guarda todo en su casa. Yo no entiendo nada, pero él es una fiera.

Sus hermanas la miran con intención y la incomodan.

CRUZ: ¿Y de dónde salió la fiera?
ADRIANA: Lo conocí en el bingo y fue amor a primera vista…
CRUZ: En el bingo. ¿Y cuándo vas vos al bingo?
ADRIANA: Todas las tardes, cuando mamá duerme la siesta.
CRUZ: Escuchame, Adriana, ¿además del DVD y la heladera doble puerta pusiste mucho más en lo de ese abogado?
GABRIELA: Pobre Raúl, cómo lo engrampaste.

Vuelve Goyo del otro lado de la puerta siempre cerrada.

GOYO: ¿Y chicas? ¿Falta mucho? Ya no sé cómo contener a mamá.
GABRIELA (*a Goyo*): Esforzate, amor. Hace diez años que no la ves, deben tener mucho de que hablar.
GOYO: Gabi, tu marido y los chicos duermen en un sillón.
GABRIELA (*a sus hermanas*): Típico.
GOYO: Si no pueden salir, déjenme entrar, necesito contarles algo.

Manotea la puerta.

LAS TRES: ¡No!
CRUZ: ¡Goyo, parecés un chico!
GOYO: Ustedes me tratan como un chico. ¿Acaso no siguen diciendo "mi hermanito" cuando hablan de mí? Dale, ¿de qué me puedo asustar?
ADRIANA: Goyo, tengo la cara mal, no quiero que me veas así, enseguida me arreglo un poco y salgo.
GOYO: Okey, okey, como prefieras. Mamá no para de temblar, ¿puedo hacer algo?
GABRIELA (*a Goyo*): Sujetala… y sacale la copa de la mano que va a salpicar a todo el mundo… PC(*A las hermanas.*PC) Qué deprimente. ¿Alguna averiguó si esto del Parkinson es hereditario?

GOYO: No escucho, ¿le doy algo?
ADRIANA: Nada, Goyo, todavía no se le puede dar nada. Hay que tenerle paciencia.
CRUZ: Como al matrimonio.
GOYO: ¿Como al qué…?
GABRIELA: Chau, Goyito, andá a disfrutar de la fiesta un poco, mirá que linda música están pasando…
GOYO: Bueno, apuren que yo también estoy ansioso. *Fato presto*, ¿sí?
GABRIELA: *Presto prestissimo, caro!*

Goyo se va.

GABRIELA: Vos sabés que este chico yo creo que le va a terminar dando un disgusto a mamá…
ADRIANA: ¿De qué tipo?
GABRIELA: De **un** tipo, justamente, ¿no lo notan como muy amanerado?
CRUZ: Ay, no seas jodida. Goyo es divino, sensible, educado…
GABRIELA: Educado te lo tomo. ¿Pero por qué otro motivo sería sensible y divino? Mirá Raúl, mirá mi marido.
ADRIANA: No seas mal pensada, Goyito siempre fue así.
CRUZ: Y en todo caso problema de él.
GABRIELA: Y nuestro, porque en cuanto se entere mamá, no va a haber Madopar que alcance.
ADRIANA: ¿Pero ustedes se creen que el Madopar es una aspirina que a uno le duele mucho la cabeza toma dos, le duele poco toma media? Van a tener que preocuparse por aprender qué toma mamá, a qué hora, cuándo tiene que ir al médico…
GABRIELA: No, yo de verdad reconozco que soy una bestia, pero la cosa de los médicos me da rechazo, me baja la presión. Como la sangre. Por suerte a vos te gusta.
ADRIANA: ¿Quién te dijo que a mí me gusta?
CRUZ: No, obvio que gustarle no le puede gustar a nadie. Yo, Achu, te agradezco infinitamente que te ocupes. Y de mil amores colaboraría, pero saben que trabajo como una descosida todo el día. Por suerte vos tenés tiempo.

Gabriela: Por suerte estás vos, Achu.
Adriana: Pero es que no voy a estar más.
Gabriela: ¿Cómo que no vas a estar más?
Adriana: Me estoy separando.
Cruz: Disculpame, no, ¿pero eso qué tiene que ver?
Adriana: Que mi rutina va a cambiar.
Gabriela: Pero la de mamá no.
Adriana: Por eso, tenemos que ver cómo repartimos la carga.
Gabriela: ¡Ah, ahora nos venimos a enterar que para vos mamá es una carga!
Adriana: No, yo no dije que mamá fuera una carga, dije que nos tenemos que repartir.
Cruz: La carga, Adriana, la verdad dijiste la carga, y eso sonó muy feo, mamá no se lo merece.
Adriana: Bueno, no sé cómo sonó, pero en definitiva, yo me voy a tener que ocupar de mi nueva relación, y más importante que eso todavía es que voy a tener que empezar a trabajar, voy a tener horarios que cumplir.
Gabriela: Bueno, bueno, tiempo al tiempo, si es por eso preocupémonos cuando encuentres trabajo, en este país.
Adriana: Yo ya tengo trabajo, voy a trabajar en el estudio de Luis.
Gabriela: ¿Quién es Luis?
Adriana: El abogado que me está llevando la separación.
Cruz: El chanta del bingo.
Gabriela: ¡La fiera! ¡Pobre Raúl!
Adriana: Ustedes mismas me dijeron que antes de separarse hay que tener la cosa abrochada.
Gabriela: La "cosa", no a tus hermanas. ¡Nos abrochaste a nosotras, Adriana!
Adriana: Pero…
Cruz: Yo trabajo todo el día.
Gabriela: ¡Yo tengo cinco hijos! Y todos en edad escolar. ¿Cómo hago? Entre el pool, la tarea, las reuniones del colegio. Mirá si me atraso y mamá queda temblando horas y horas… ¿A vos te gustaría eso?
Adriana: Entonces pongamos a alguien que la cuide.

Cruz: Mamá no dejaría que nadie que no fuera de la familia entrara en esta casa.

Adriana: Pero mamá no puede estar tanto tiempo sola, si no deja entrar a nadie va a terminar en un geriátrico…

Gabriela: ¿Mamá en un geriátrico? ¿Vos te escuchás lo que estás diciendo? Mamá, con todas las cosas que hizo por nosotras y vos salís con eso… ¿Sabés lo que diría el resto de la familia si la metemos en un geriátrico?

Adriana: Yo no digo que haya que meterla en un geriátrico, pero si no encontramos otra solución…

Cruz: Lo estás diciendo, Achu.

Gabriela: A vos te llenó la cabeza el abogado ese del bingo, ¿no?

Adriana: No lo metás a Luis en esto.

Cruz: No, sí hay que meterlo, porque teníamos toda la vida organizada y de un día para otro es él el que se mete en tu vida y de rebote la ligamos nosotras.

Viene otra vez Goyo. Golpea la puerta.

Goyo (*correcto pero más firme que las otras veces*): Chicas, ¿puedo pasar? Necesito hablarles.

Las tres: ¡¡¡Noooo!!!

Gabriela: Basta, Goyo, estamos resolviendo un problema muy importante y en cuanto terminemos te avisamos.

Goyo: ¿Tanto le sangra la nariz a Achu?

Gabriela: No te pongas pesado, sos grande, Goyo. Vamos, andá, andá… Es otro tipo de problema.

Goyo: ¿Y no las puedo ayudar? No me dejen afuera.

Adriana: Es cosa de mujeres, esto no tiene nada que ver con vos.

Goyo: Todo lo de ustedes tiene que ver conmigo.

Gabriela (*a Cruz*): Es, te digo que es.

Cruz: Goyo, cortala. Ya vamos.

Goyo: Okey, es una pena que me subestimen. *Ah, le donne!*

Gabriela: Pobre mamá, cuántos disgustos juntos.

Goyo se va. Las tres en silencio, medio incómodas. Cruz busca otra vez con la nariz el origen de ese olor feo. Se para y va hacia el esquinero, busca algo que no encuentra.

ADRIANA: ¿Qué buscás?
CRUZ: Un desodorante de ambiente.
ADRIANA: Ayer compré, en el último estante fijate.

Lo agarra y empieza a esparcir.

CRUZ: Hay un olor horrible.
ADRIANA: Es la cañería, ningún plomero le encuentra la vuelta, como si hubiera algo podrido.
GABRIELA: Y debe haber algo podrido nomás. PC(*A Cruz.*PC) ¡Cortala con el desodorante que huele peor que los caños!
ADRIANA: Habría que cambiar toda la cañería de una vez por todas.
GABRIELA: ¿A esta altura de la vida romper la casa de mamá por un poco de olor? PC(*Calculando.*PC) Mamá cumple setenta, se casó a los veinte: cincuenta años aguantaron esos caños. Más que nosotras. PC(*Pausa.*PC) Decime, ¿qué horario vas a hacer en ese estudio? Porque a lo mejor el tiempo te da…
ADRIANA: El estudio es en Florencio Varela…
GABRIELA: Bueno que lo mude más cerca, tampoco es cuestión de hacérsela tan fácil.
CRUZ: Yo alguna que otra noche podría, pero soy capaz de darle dos veces la medicación, de cambiarle una pastilla por otra, vivo muy estresada. Pero si lo tengo que hacer…

Empieza a escuchar de fondo un "Cumpleaños feliz" a capela, pero ellas no lo registran.

GABRIELA: Yo vería si algún día de la semana me acomodo, pero los chicos son esponjas, te absorben. En vacaciones es otra cosa, podría agregar un par de horas más…
ADRIANA: Es que no alcanza. Ustedes no tienen ni idea de la enfermedad de mamá. La llaman cada tanto, la visitan en las

fiestas y se creen que con eso ya está. Se puede caer, puede ser que quede trabada y no se pueda levantar de la cama, qué sé yo… Mamá necesita a alguien cerca todos los días… Como venía yo…

GABRIELA: Vos sos muy sufrida.

ADRIANA: Sí, yo me la pasaba más acá que en mi casa.

GABRIELA: Y vas a extrañar.

ADRIANA: En mi casa antes estaba Raúl y ahora no va a estar más. Y tengo novio.

CRUZ: ¿Y si le pedimos a la tía Marta?

ADRIANA: Se van a terminar matando. Mamá no soporta que le toques la heladera.

GABRIELA: Bueno, también va a tener que poner un poco de voluntad… Yo no sé por qué le aceptamos tanto capricho a mamá toda la vida…

ADRIANA: Porque no la soportabas vos.

GABRIELA: No seas jodidita, carita de nada. Andá ahora a decir que yo fui la que te pegó y te hizo sangrar la nariz, vamos a ver quién te cree.

CRUZ: Estamos complicadas.

GABRIELA: ¿Vos estás segura de que el tema este de Raúl no tiene vuelta atrás?

ADRIANA: Segura.

GABRIELA (*a Cruz*): Yo tengo un matrimonio maravilloso, pero ¿y si te lo enganchás vos a Raúl y largás el laburo ese que tanto te estresa?

Cruz la mira con cara de culo.

GABRIELA: Un chiste, che, para distender.

Cruz enciende otro cigarrillo que saca de su cartera. Adriana mira atenta la carterita de strass.

ADRIANA: ¿Esa carterita no era de mamá?

CRUZ: Sí, le acorté la manija y le cambié el cierre. Quedó mona, ¿no?

Adriana: ¿Y por qué la tenés vos?
Cruz: Me la dio.
Adriana: ¿Por qué a vos?
Cruz: Se la pedí, un día que vine a visitarla.
Adriana: No venís nunca pero cuando venís te vas con premio.
Cruz: Mamá no la usaba más.
Adriana: Pero era de mamá, y si era de mamá era de todas.
Gabriela: No se olviden de Goyo, que en una de esas la reclama.
Cruz: No sean jodidas, es una cartera de mierda.
Gabriela: ¿No era mona?

Otra vez Goyo del otro lado de la puerta.

Goyo: Chicas, tenemos que hablar.
Gabriela (*a sus hermanas*): ¡Ay, qué pesado este pibe! Más denso que ninguno de mis hijos, te juro.
Adriana (*a sus hermanas*): Lo malcriamos demasiado toda la vida, como a mamá.
Goyo: Mamá sopló las velitas.

Las tres se quedan.

Cruz: ¡¿Pero cómo no nos esperó?!
Goyo: Las esperó, pero se caía, pobre. Sopló, pidió tres deseos, les dijo a todos lo que les tenía que decir y se fue a acostar. Necesito que ustedes también lo sepan.
Gabriela (*a sus hermanas*): Mamá haciendo planes y anuncios y ni se imagina que está con un pie en el geriátrico…
Goyo: ¿Me abren?
Las tres (*ya casi caprichosas*): ¡No!
Goyo (*cansado pero firme*): Bueno, entonces se los digo a través de la puerta, porque es la una de la mañana y yo también me voy a dormir.
Cruz: Okey, decilo…
Goyo: Mamá se viene a Verona conmigo.

Las tres se sorprenden.

GOYO: Está todo arreglado, tengo los pasajes, mañana vamos a hacerle el pasaporte.
GABRIELA: ¿Por cuánto tiempo?
GOYO: A vivir. Se viene a vivir conmigo.

Ahí sí se sorprenden de verdad.

LAS TRES: ¿Qué?
GOYO: Yo escribo en casa, estoy todo el día, quédense tranquilas que la voy a cuidar muy bien.

Adriana va y abre la puerta. Las otras dos se acercan. Quedan frente a él pero no lo hacen pasar.

ADRIANA: Es una broma, ¿no?
GOYO: No, Achu. Estoy feliz.
GABRIELA: ¿Te vas a llevar a nuestra mamá?
GOYO: Bueno, también es mi mamá.
CRUZ: ¿Y ella qué dice?
GOYO: ¡Está tan contenta! No les queríamos contar hasta estar cien por ciento seguros, pero lo venimos armando desde hace seis meses.
GABRIELA: Debe ser genético.
ADRIANA: Yo siempre lo supe: vos eras su preferido nomás.
GOYO: Ay, no seas tonta, Achu, mamá nunca hizo diferencias.
CRUZ: Las está haciendo ahora. ¿No le importa que no va a saber más de nosotras?
GOYO: No sean apocalípticas. Estamos en el siglo XXI, hay aviones, teléfono, mail.
ADRIANA: Yo la cuidé toda la vida, no me vengas a conformar con un mail.
GABRIELA: ¿Y con el Parkinson qué vas a hacer? ¿Vos sabés qué tiene que tomar, cuándo, qué dosis? Porque nosotras no te vamos a permitir un descuido.

Goyo: Mamá le pidió un informe por escrito a su médico.
Adriana: Zorra… ¿Cuándo, si siempre va conmigo?
Goyo: No sé, ni idea, pero me lo mostró. Y allá hay médicos también, no vivo en el culismundi, vivo en Italia.
Cruz: En Verona, que suena muy lindo, pero tengo entendido que es una mierdita. ¿Qué puede hacer mamá todo el día en Verona?
Goyo: Bueno, ya veremos, por lo pronto tocarle la teta a Julieta.
Cruz: Perdón…
Goyo: Todo el que va por primera vez a Verona busca la estatua de Julieta, le toca la teta y pide un deseo.
Gabriela: ¿Julieta, la de Romeo y Julieta?
Cruz: Shakespeare.
Goyo: Sí, una estatua de metal. Una pavada, pero una pavada linda. Es como ir a Roma y tirar una moneda en la Fontana di Trevi.
Gabriela: ¡Dejame de joder, cómo me venís a comparar la Fontana di Trevi con una teta metálica!
Goyo: Bueno, yo estoy muy contento y convencido de lo que estoy haciendo. Y mamá también está convencida, que es lo importante. Entiendo que ustedes no lo estén, porque mamá es un ser muy especial y la van a extrañar. Pero bueno, me toca un poco a mí.
Adriana: No lo puedo creer. Qué ciega estuve todo este tiempo, aguantándome verla temblar como una hoja.
Gabriela: Resultó peor que la tía Marta.
Cruz (*le da su cartera a Adriana*): Tomá, no la quiero más.

Goyo se pone a oler desde el vano de la puerta, parecería que intenta entrar pero las tres se acomodan cerrándole el paso en forma evidente. Él se detiene, no se muestra ofendido ni mucho menos y sigue buscando ese olor en el aire desde ahí. Finalmente parece encontrarlo.

Goyo: Ven, esto es lo que más extraño estando lejos, el olor de esta casa. Ese olor que hay en todos los ambientes… Olor a mujer… *Donne!*

Un instante que las tres se quedan mudas frente a su sonrisa ingenua y luego Adriana le cierra la puerta en la cara con un golpe lento pero firme. Goyo se queda frente al portazo, y luego se va resignado y un poco harto. Adriana va al inodoro y hace pis. Gabriela se sienta en el bidet. Cruz en el suelo en medio de ambas. Se las ve abatidas, las tres mirando hacia el público. Hablan casi sin mirarse entre ellas.

CRUZ (*estira la mano hacia Adriana*): Devolveme esa cartera, que al final la que le cambió el cierre fui yo.

Enciende otro cigarrillo y fuma. Adriana tira la cadena.

GABRIELA: Olor a mujer, qué desfachatado. Reconozco que me equivoqué, no es gay, muy turro para gay…
ADRIANA: Y nosotras preocupadas por qué iba a ser de la vida de la pobre mamá, mientras ella ya tenía todo resuelto…
CRUZ: Resuelto y sin nosotras en sus planes.
GABRIELA: Ojalá nunca le haga algo así a mis hijas.
ADRIANA: Por suerte no tuve hijas mujeres.
CRUZ: Por suerte no tuve hijos.

Pausa. Las tres pensando.

GABRIELA: Che, ¿a alguna le interesa el mueble ese de la cocina, el que le entorpecía el paso a Raúl?
CRUZ: No.
ADRIANA: Para nada.
GABRIELA: Porque a mí me vendría bien para el quincho.

Pausa.

ADRIANA: A mí lo único que me interesa es llevarme alguna cosita de oro, de esas que mamá tiene guardadas en su alhajero. PC(*A Cruz.*PC) ¿O vos ya te llevaste todo?
CRUZ: No, yo nada. PC(*Pausa.*PC) Me parece que un día me llevé un par de aritos para un casamiento y no estoy segura de si se los

devolví.

ADRIANA: ¿Los larguitos, con el brillantito en la punta?

CRUZ: No, los cortos, que tienen como unas piedritas rojas, parecían rubíes.

ADRIANA: Son rubíes.

CRUZ: Esos.

Pausa.

CRUZ: Los larguitos creo que también los tengo yo.

Pausa.

GABRIELA: El mueble de la cocina y después por mí que se lleve todo a Verona.

CRUZ: Todo, no quiero nada de mamá.

ADRIANA: Entonces el televisor nuevo me lo llevo yo.

GABRIELA: Bueno, después vemos bien qué deja y qué no, ¿sí?

ADRIANA: Los aros se los puede llevar a Verona, pero el televisor no creo.

GABRIELA: ¿Será cierto eso de la teta de Julieta?

CRUZ: ¡Ay, por favor! ¡Qué va a ser cierto! Pero los italianos son tan lindos…

ADRIANA: A mí me gustaría conocer Verona, aunque vos digas que es una mierdita.

CRUZ: Yo no tengo ni idea, lo dije porque estaba enojada con Goyo.

ADRIANA: Yo creo que tenemos que ir, porque vamos a querer ver a mamá, ¿o no? En unos días este rencor se nos va a pasar.

CRUZ: Obvio. Yo no soy de guardar rencores…

GABRIELA: Te digo más, tenemos "el derecho" a ir. Y Goyo nos tendría que ayudar con los pasajes. Porque en definitiva la culpa de toda esta complicación familiar intercontinental la tiene él.

ADRIANA: Sin dudas que nos tiene que ayudar con el pasaje.

CRUZ: Y nos tiene que dar alojamiento. En su departamento, en un hotel, donde sea.

GABRIELA: Totalmente.

Pausa.

ADRIANA: ¡Qué lindo las tres en Europa, ¿no?!
CRUZ: Muy lindo.
ADRIANA: Yo no conozco Europa.
GABRIELA: Yo tengo el pasaporte vencido.
CRUZ: Parece que se hubiera ido ese olor.
GABRIELA: O se fue, o nos acostumbramos.
ADRIANA: Sí, uno se acostumbra.

Pausa.

GABRIELA: Achu, si nadie te pegó, ¿por qué llorabas tanto?
ADRIANA: Siempre que me sangra la nariz lloro, me da impresión mi sangre. La toalla ensangrentada me da impresión.

Adriana señala la toalla ensangrentada que quedó tirada en el piso junto a ella. Se queda con la vista clavada allí y otra vez se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas. Cruz se da cuenta y enseguida se estira hacia donde quedó la toalla y la lanza con cierta violencia dentro de la bañera. Adriana se recompone rápidamente.

ADRIANA: Gracias.

Pausa.

GABRIELA: ¿Alguien tiene idea de qué clima hay en Verona?

TELÓN

Morite, Gordo

Personajes

Oficial Andrade
Gordo
Madre de Gordo
Hermana de Julieta
Madrastra (Sonia Kerchunov)
Mucama (Juanita)
Amiga de Gordo
Amiga de Julieta
Julieta

1.

Comisaría de algún barrio de Buenos Aires, escritorio y celda conjunta. La puerta de la celda está abierta. Gordo sentado en el piso de la celda, la oficial Andrade con un manojo de llaves en la mano parada junto a la puerta.

OFICIAL ANDRADE: ¿Sabe qué? Váyase.
GORDO: Ahora querés que me vaya…
OFICIAL ANDRADE: Sí.
GORDO: No me vas a ayudar, entonces…
OFICIAL ANDRADE: No voy a levantar cargos…
GORDO: ¿Y eso por qué?
OFICIAL ANDRADE: Porque me quedé sin tinta en la máquina de escribir…

Pausa tensa.

OFICIAL ANDRADE: Le dije que se vaya… párese, vamos… vamos…
GORDO: ¿Y si no quiero?
OFICIAL ANDRADE: Mire… yo que usted aprovecho el faltante y me las tomo…
GORDO: ¿Qué faltante?
OFICIAL ANDRADE: El faltante de tinta… usted es un hombre de suerte… no escupa al cielo.

Gordo duda. Ella mira al cielo y le hace un gesto a él para que lo mire, ambos miran el cielo. Pausa.

Gordo se para.

GORDO: Okey… no voy a escupir su cielo (*busca el nombre de ella*)… ¿cómo era tu nombre…?
OFICIAL ANDRADE: Su nombre…
GORDO: Lo tenés en el documento… pero me podés decir Gordo… ya te dije que todas…
OFICIAL ANDRADE: Su nombre no, mi nombre, no me tutee…
GORDO: Como quieras…
OFICIAL ANDRADE: Quiera…
GORDO: Quiero…
OFICIAL ANDRADE: Váyase.

Pasa por al lado de ella, casi la roza. Ella le entrega la billetera, el celular, el reloj, un cinturón y unas llaves.

GORDO: Eras mi última esperanza… mañana a esta hora voy a ser un hombre muerto…
OFICIAL ANDRADE: Hombre casado, dirá…
GORDO: ¿Y yo qué dije?
OFICIAL ANDRADE: "Muerto…"
GORDO: Mirá vos…, ¿no te parece una pena?
OFICIAL ANDRADE: ¿Qué?
GORDO: Que esto que tenés delante se convierta en un hombre muerto.

Ella no contesta. Cabecea señalando la puerta.

GORDO: Te va a dar culpa… saber que me pudiste salvar y no lo hiciste.
OFICIAL ANDRADE: Vamos, vamos, que salgo a conseguir tinta y se terminó…
GORDO: Chau, linda…
OFICIAL ANDRADE: Oficial Andrade.
GORDO: Linda, la oficial Andrade. Una pena…

Gordo se va. Ella se queda mirándolo ir.

OFICIAL ANDRADE: Una pena, Gordo…

2.

Una calle oscura, Gordo camina, saca un cigarrillo, lo enciende y fuma. Al tirar el humo se queda mirando el cielo.

GORDO: Un hombre de suerte…

Gordo reanuda la marcha.

VOZ DE MUJER (*off*): ¡Gordo!

Gordo se detiene y gira para ver quién lo llama, se sonríe conoce a esa mujer. Sobre fondo negro, disparo de arma de fuego.

3.

Casa de Gordo, la madre va y viene metiendo cosas en la cartera, está por salir y no encuentra algo. Suena el timbre.

MADRE DE GORDO: Vaaaaaa…. Juanita, ¿podés ver si es el remís, *please*? (*Se retoca el rouge en un espejo. Suena el timbre otra vez.*)
MADRE DE GORDO: *My God*… Va, va, y va… ¿Quién es que llama?
OFICIAL ANDRADE: De la comisaría…
MADRE DE GORDO: Sí, sí, yo pedí el remís… Juanita, me voy… llegaron de la remisería…

Se acerca a la puerta y la abre. Entra la oficial Andrade.

MADRE DE GORDO: *On y va*… es tarde…
OFICIAL ANDRADE: Buenos días, señora, me temo que tengo que darle una mala noticia…

Madre de Gordo: No tiene coche… ay, no me diga… yo tengo que estar en veinte minutos en Callao y Pacheco de Melo… ¡Juanita!

Oficial Andrade: Señora, creo que hay una confusión… Soy la oficial Andrade de la Comisaría 333…

Madre de Gordo: Comisaría…

Oficial Andrade: Sí, señora y me temo que las noticias que traigo no son buenas…

Madre de Gordo: Ay, no, no, no… no estoy en condiciones de recibir malas noticias hoy… míreme la piel… me viene con malas noticias y me mata…

Oficial Andrade: Quiere llamar a alguien…

Madre de Gordo: ¿Alguien como quién dice usted?

Oficial Andrade: Alguien para que la acompañe… alguien que esté acá en la casa…

Madre de Gordo: No, si estoy sola…

Oficial Andrade: ¿Y Juanita?

Madre de Gordo: ¿Juanita?

Oficial Andrade (*le imita el grito que acaba de escuchar*): ¡Juanita!

Madre de Gordo: Ah, Juanita… no, no hay Juanita… a veces grito Juanita, a veces Ramona… no me acostumbro a esto de no tener más servicio… yo también me tuve que ajustar, ¿sabe?

Oficial Andrade: Señora, su hijo…

Madre de Gordo: ¿Gordo…?

Oficial Andrade: Sí… lamento informarle que a su hijo Gordo le pegaron un tiro…

Madre de Gordo: No, *mon Dieu*… ¿Dónde?

Oficial Andrade: En Palermo, Godoy Cruz…

Madre de Gordo: ¿Godoy Cruz?… Qué calle más rara para andar un chico tan lindo, ¿no? Con ese paredón, esa vía tan cerca… ¿En qué lugar del cuerpo fue el disparo?… ¿Está muy lastimado…?

Oficial Andrade: Gordo está muerto, señora.

La madre de Gordo se desmaya, la oficial Andrade anota en su libreta.

4.

Casa de Julieta. Suena el teléfono. Nadie atiende, finalmente entra de mala gana la hermana de Julieta. Está algo fumada, así que la risa se le mezcla donde no corresponde.

HERMANA DE JULIETA: Okey, okey… nunca va a atender nadie que no sea yo… ¡Hola!

En la comisaría, oficial Andrade:

OFICIAL ANDRADE: Oficial Andrade, Comisaría 333, ¿señorita Julieta, novia del señor Gordo?
HERMANA DE JULIETA: No, la hermana… Juli está durmiendo…
OFICIAL ANDRADE: Bueno, lamentablemente tengo que dejarle un mensaje muy delicado…
HERMANA DE JULIETA: Ay, mire, a mí todo lo que es muy delicado se me rompe. Mi papá me decía manos de mantequita, ¿vio?… y sigo siendo, así que mejor llame en un mejor momento…
OFICIAL ANDRADE: Señorita hermana de Julieta, acá no se trata de mejor o peor momento… acá se trata de algo muy serio…
HERMANA DE JULIETA: Ay, no, por qué tuve que atender yo… (*como si se meara*) ¿Me aguanta un minuto que le paso con alguien?

Deja el tubo apoyado y sale a buscar a alguien, grita en una puerta y otra:

HERMANA DE JULIETA: Juani… Juani… Sonia… la reputísima madre qué hago yo siempre en el lugar equivocado en el momento equivocado…
OFICIAL ANDRADE: ¿Me escucha?

Hermana de Julieta agarra el tubo con cuidado, como si contagiara y lo lanza sobre el aparato colgando. Se queda nerviosa junto al teléfono. Andrade se da cuenta de que le colgó y marca otra vez. El

teléfono suena. Hermana de Julieta se ríe. Amaga varias veces y finalmente atiende.

HERMANA DE JULIETA: ¡Hola!
OFICIAL ANDRADE: Sí, me escucha, oficial Andrade nuevamente…
HERMANA DE JULIETA: Sí, escuchar escucho, pero mi hermana es mi hermana, yo soy yo, y no es bueno mezclar las cosas, porque así empiezan las discusiones, los celos… yo si quiere el mensaje se lo tomo, pero por las dudas vuelva a llamar porque a veces yo…
OFICIAL ANDRADE: El novio de su señorita hermana fue muerto en la madrugada del día de hoy.
HERMANA DE JULIETA: ¿El Gordo?…

Hermana de Julieta se ríe y llora, se ríe y llora…

OFICIAL ANDRADE: Sí.
HERMANA DE JULIETA: ¿Muertito?
OFICIAL ANDRADE: Afirmativo.
HERMANA DE JULIETA: No, Gordo no puede ser…
OFICIAL ANDRADE: Alias Gordo. Muerto de un disparo en el corazón.

Entra la mucama con una bandeja. La hermana de Julieta la mira sin cortar el teléfono.

HERMANA DE JULIETA: Mataron a Gordo…

La mucama deja caer la bandeja.

5.

Madrastra de Julieta eligiendo manzanas en una verdulería o inspeccionando latas en una góndola de un supermercado, o similar, pero se nota que está espiando, que es una excusa para observar a su alrededor. Habla por el celular sin dejar de hacer su selección y

mirar todo el tiempo a un lado y a otro. Cada tanto saca fotos con el celular.

MADRASTRA DE JULIETA: Sí, sí, decime… siempre estoy ocupada, si es por eso… A ver, chiquita, intentá aunque sea por hoy ser un poquito más… coherente… Como una síntesis de la cosa te pido, ¿es mucho para vos?

La hermana de Julieta en su casa, junto a ella la mucama. La bandeja sigue rota en el piso.

HERMANA DE JULIETA : Llamaron de la 333, Sonia… una comisaría…
MADRASTRA: No hay Comisaría 333, Laura… a ver… ¿estás con alguien?
HERMANA DE JULIETA: Con Juanita… 333, me dijo la mina…
MADRASTRA: ¿Qué mina?… Mirá, yo no te puedo dar explicaciones, pero si hay alguien que sabe el número de todas las comisarías de Buenos Aires…
HERMANA DE JULIETA: De la 333…
MADRASTRA: Pasame con la chica… desde acá te huelo, mirá…
HERMANA DE JULIETA: Porque a veces yo te reconozco que no entiendo bien, Sonia, pero…
MADRASTRA: ¡¡¡Pasame con la chica!!!
MUCAMA: Hola, señora… Llamaron de la Comisaría 333…
MADRASTRA: Ta que lo parió, te hizo fumar a vos también…
MUCAMA: No, señora…
MADRASTRA: Es que se impregna toda la casa y uno termina fumado aunque no quiera. Escuchame… abrí todas las ventanas…
MUCAMA: Escuchame vos a mí, señora. Llamaron de una comisaría, no importa el número, lo que importa es lo que dijeron… que al niño Gordo lo mataron…
MADRASTRA (*se queda*): ¿Muerto?
MUCAMA: Muerto.
MADRASTRA: ¿Posta?
MUCAMA: Posta.
MADRASTRA: Vos sabés que se venía venir que ese muchacho terminaba mal… ¿Julieta cómo está?

MUCAMA: La estamos esperando a usted para que le diga…
MADRASTRA: ¿Y por qué me van a esperar a mí? Decíselo vos…
MUCAMA: No, señora, yo no soy de la familia…
MADRASTRA: Bueno, yo no soy la madre tampoco… Que se lo diga la hermana…
MUCAMA: ¿Le parece?
MADRASTRA: No, no, tenés razón… Dejá, termino de… hacer un trabajito que me encargaron y voy para allá… (*Corta.*) … Viuda de un viudo, ¡qué mochila me cargué, Dios mío…!

6.

Amiga de Gordo, en cualquier lugar, con el celular en la oreja, es una conversación iniciada.

AMIGA DE GORDO: No, vos me jodés… No, el Gordo no… el Gordo… vos me querés joder a mí porque nunca me bancaste.

En casa de Julieta, la amiga de Julieta habla al teléfono:

AMIGA DE JULIETA: ¿Yo a vos? Me parece que la cosa es al revés…
AMIGA DE GORDO: No, sí, al revés seguro: yo no te banco.
AMIGA DE JULIETA: Bueno, mirá, si te llamo es porque la hermana de Juli mi pidió que te avise… por mí, si no me querés creer…
AMIGA DE GORDO: No, claro que no te quiero creer, cómo te voy a querer creer que se murió Gordo… El Gordo no… lo conozco desde salita de cinco…
AMIGA DE JULIETA: Sí, ya sé, cada vez que hablamos de Gordo me decís que lo conocés de salita de cinco…
AMIGA DE GORDO: Y a vos te da en el hígado…
AMIGA DE JULIETA: Decime, ¿vos escuchaste lo que te dije? Mataron al Gordo…
AMIGA DE GORDO: No te creo… y además te voy a colgar… sabés que soy una persona muy ocupada, que trabajo todo el día… y más que todo el día también. ¿Querés que te cuente qué me dijo el

médico? Que mientras duermo mi cerebro sigue trabajando… La semana pasada me hicieron socia en el estudio, te habrás enterado por Gordo…

Amiga de Julieta: No, Gordo y yo nunca hablamos de vos… No sé qué hacés ni me importa…

Amiga de Gordo: Es que a vos te importan tan pocas cosas en la vida…

Amiga de Julieta: Me importa que al Gordo lo mataron, pero parece que a vos no… Chau…

La amiga de Julieta está por cortar. La amiga de Gordo empieza a dudar, la detiene.

Amiga de Gordo: Pará, pará… A ver, vos que sos tan creyente, jurámelo por alguna de esas cosas a las que le rezás…

Amiga de Julieta: Jurar es pecado…

Amiga de Gordo: ¡Juralo!

Amiga de Julieta: No, no se jura…

Amiga de Gordo: Juralo o le cuento a Julieta lo que vos ya sabés…

Amiga de Julieta duda.

Amiga de Gordo: Corto con vos y le cuento.

Amiga de Julieta (*resignada*): Te lo juro por la Virgen del Valle.

Amiga de Gordo: Es cierto entonces…

Amiga de Julieta: Yo no miento…

Amiga de Gordo: ¿El Gordo muerto?

Amiga de Julieta: Sí…

Amiga de Gordo: ¿Julieta cómo está?

Amiga de Julieta: Todavía no sabe…

Amiga de Gordo: ¿Cómo que no sabe?

Amiga de Julieta: Estamos esperando a la mujer del padre para que le dé la noticia…

Amiga de Gordo: ¿Pero por qué la mujer del padre?

Amiga de Julieta: Porque a ella no se la banca, no queremos que se enoje con nosotras… viste que cartero que trae malas noticias…

AMIGA DE GORDO: ¿Sabés que sos muy idiota vos?
AMIGA DE JULIETA: Mirá, si vas a empezar otra vez con tus agresiones…

Amiga de Gordo corta, amiga de Julieta se queda hablando sola.

AMIGA DE JULIETA: … voy a tener que cortarte… hola… hola…

Amiga de Gordo guarda el celular en la cartera y desaparece. En ese mismo momento en la casa de Julieta entra la madrastra.

MADRASTRA: Acá estoy… dónde está la chica…
AMIGA DE JULIETA: En su cuarto…

La madrastra sale rumbo al cuarto de Julieta. Entran desde la cocina la hermana de Julieta y la mucama. Las tres se quedan esperando en silencio, como cuando uno ve que cae un vaso y espera el estallido del golpe contra el piso. Pausa tensa de las tres mujeres, el tiempo que se supone le toma a la madrastra darle la noticia a Julieta.

JULIETA (*grita off*): No… mi gordi… no…

Reacción de las otras tres.

JULIETA (*siguen gritos off*): Hija de puta, sos una hija de puta.

Las tres se miran como diciendo: "Viste que hicimos bien". Aparece Julieta hecha una furia, con el vestido de novia a medio cerrar.

JULIETA: No, mi gordi… no… Díganme que esta hija de puta me está haciendo una joda…

Las tres la miran sin decir nada…

JULIETA: Mi gordi, no…

Las tres siguen sin decir nada.

Julieta: ¿Mi gordi sí?

Las tres hacen gesto de que sí con la cabeza.

Julieta: ¡¡¡No!!!

Va de una a otra no sabiendo a quién abrazar. Suena el timbre, en esa cosa de que no sabe a quién abrazar va ella a abrir la puerta y termina abrazada con quien llama, la oficial Andrade, libreta en mano.

Julieta: Me mataron al gordi… me mataron al gordi…

7.

Casa de sepelio. Gordo en un cajón. La oficial Andrade interroga a la hermana de Julieta.

Oficial Andrade: ¿Cuál es su relación con el occiso…?
Hermana de Julieta: ¿Con quién…?
Oficial Andrade (*le señala a Gordo en el cajón*): Con el…
Hermana de Julieta: Con el Gordo…
Oficial Andrade: El occiso…
Hermana de Julieta: ¿Por qué lo llama así?
Oficial Andrade: Discúlpeme, pero las preguntas las hago yo…
Hermana de Julieta: Bueno, pero a mí no me gusta que lo llame así…
Oficial Andrade: ¿Y cómo le gustaría que lo llame?
Hermana de Julieta: Como lo llama todo el mundo… Gordo…
Oficial Andrade: Dígame, ¿no tenía nombre Gordo?
Hermana de Julieta: Sí, claro, cómo no va a tener… todo el mundo tiene un nombre…
Oficial Andrade: Entonces…
Hermana de Julieta: ¿Entonces qué?
Oficial Andrade: Nombre del occiso…
Hermana de Julieta: ¿Nombre de Gordo?

Oficial Andrade: Sí…

Hermana de Julieta: No sé…

Oficial Andrade: ¿Cómo que no sabe, se estaba por casar con su hermana y usted no sabe el nombre?

Hermana de Julieta: No… Yo la participación del casamiento no la vi, a mí no me participaron… no hace falta, soy la hermana… No la vi. Anote eso, que yo la participación no la vi… Pero no me extrañaría que dijera: El Gordo y Julieta participan a usted…

La oficial Andrade se toma un tiempo para asentar esto en la libreta. Entra la amiga de Gordo, mira el cajón pero no se atreve a acercarse y se sienta en una silla.

La oficial y la hermana siguen hablando a un costado. Entra la mucama con una bandeja con cafés y se acerca a la amiga de Gordo.

Mucama: Hola…

Amiga de Gordo: Hola…

Mucama: ¿Ya lo viste?

Amiga de Gordo: No, no me atrevo…

Mucama: Yo lo vi ayer… vivo… cuando le fui a arreglar el departamento…

Amiga de Gordo: ¿Y te dijo algo? ¿Confirmaste mis sospechas?

No le contesta como si dudara si contarle o no. Luego se decide, busca una silla y se sienta junto a ella.

Oficial Andrade: Y nunca le preguntó…

Hermana de Julieta: Yo en las cosas privadas de las personas… viene mi hermana un día y me dice, me re enamoré, me re enamoré del Gordo, el Gordo de acá y el Gordo de allá… y yo no le voy a andar preguntando… si ella se enamoró, se enamoró, y todo bien…

Oficial Andrade (*anotando en la libreta*): Yo en las cosas privadas de las

personas… Me repite de ahí por favor, porque habla muy rápido y la mano no me llega a escribir…

La hermana repite lo que dijo, la oficial anota.

Entra la madre de Gordo y va directo al cajón. Abraza a su hijo, cara con cara. La hermana de Julieta le sigue prácticamente dictando a Andrade y la mucama secretea con la amiga de Gordo.

MADRE: Hijo, hijo, hijo… Hijito de mi alma… hijito mío… Hijito único… hijito-hijito…
GORDO: Bueno, bueno, mamá…
MADRE: ¡¡¡Hijo!!!

Mira a un lado y a otro y verifica que cada uno sigue con lo suyo.

MADRE: Hijo… vos…
GORDO: Sí, yo te hablé, mamá…
MADRE: Pero entonces…
GORDO: El amor madre-hijo es más fuerte que la muerte, ¿o no?…
MADRE: Ay, es verdad… el amor madre-hijo, hijito… uno a veces confía tan poco en los vínculos que me tomaste por sorpresa.

Mira otra vez a todos lados verificando que nadie se haya dado cuenta de lo que está pasando. Luego lo abraza fuertemente…

GORDO: Dale, mamá, aflojá que me rellenaron los cachetes y me vas a dejar todo aplastado.
MADRE: A ver…

Lo mira y lo acomoda un poco…

MADRE: Buen trabajo te hicieron, hijo, parecés más… (*infla un poco los cachetes*).
GORDO: ¿Gordo?
MADRE: No, chiquito, no quise decir eso…
GORDO: Mirá que no me molesta…
MADRE: ¿Ah, no? Qué distintos somos hombres y mujeres, hasta muertos, ¿no?

Lo abraza otra vez.

MADRE: Gordo, qué voy a hacer sin vos… mi pichoncito…
GORDO: Más o menos lo mismo que hacías antes, mamá.
MADRE: Sí, mi amor, pero a quién le voy a ir con mis cosas, con mis problemas, mis inquietudes…
GORDO: Mamá, si es por eso, averiguá en el banco porque con la tarjeta de crédito todos los meses me descontaban una cuota para un seguro de vida… no sé bien cómo funciona ni nada, uno nunca piensa que se va a morir…
MADRE: Pero, claro, pichón, cómo uno va a estar pensando en esas cosas…
GORDO: … lo que sí me acuerdo es que yo había dado tu nombre como beneficiario…
MADRE: No te creo…
GORDO: Lo iba a cambiar cuando me casara con Julieta, o cuando naciera el bebé… pero las circunstancias…
MADRE: Ay, sí, uno con sus pompas y circunstancias… ¿En cuál banco?
GORDO: El de Crédito. ¿Esto te hace sentir un poco mejor?
MADRE: Claro que sí, mi amor, esto ya es otra cosa… Ah, mi pichoncito, siempre pensando en mami vos, ves que sos un sol…
GORDO: Era un sol…
MADRE: Te apagaste, Gordo…
GORDO: Me apagaron…
MADRE: ¿Viste quién fue?

Gordo: La oí… y me di cuenta que la conocía… pero ahora no me puedo acordar… Mucho la conocía…
Madre: Debe ser el shock, Gordo, ya te vas a acordar…
Gordo: Sí, ¿pero mirá si para cuando me acuerdo estoy en el cementerio todo tapado con tierra?
Madre: ¿No te van a llevar a una bóveda? A un nicho aunque sea… ¿Quién se está ocupando de organizar todo esto?
Gordo: No sé, mamá, igual lo de tierra es una manera de decir…
Madre: Ay, no hablemos de cosas feas ahora, ¿sí?… aprovechemos este momento que nos regaló la vida…
Gordo: La muerte, dirás…
Madre: O sea que la que te disparó podría estar acá…
Gordo: Estoy seguro de que está acá, era una voz conocida, de mujer…
Madre: Mujer…
Gordo: Me gritó "¡Gordo!". Me di vuelta, y pum…
Madre: Perra…
Gordo: Siempre me gustaron perras, mamá…
Madre: La gordita… chancha puede ser, pero de perra… ni que ladre…

Entra Julieta con el vestido desabrochado. Va al cajón. La madre le guiña un ojo a Gordo y se corre.

Madre: Tranquilo, cerrá los ojitos que yo te guardo el secreto.

Gordo cierra los ojos.

Julieta: Gordi… Gordito…

La mucama termina con el relato a la amiga de Gordo, toma otra vez la bandeja y se acerca la madre de Gordo a darle algo de tomar. La amiga de Gordo rompe en un llanto desconsolado, por lo que acaba de contarle la mucama. La mucama la mira y sigue con lo suyo.

Oficial Andrade: Señora Kerchunov, entonces…
Madrastra: Con v corta final, oficial…

Oficial Andrade: V corta final… ¿Qué tipo de relación había entre usted y el señor Gordo…?
Madrastra: ¿Cómo se atreve?
Oficial Andrade: ¿Qué tipo de relación tenía usted con el occiso?
Madrastra: Cómo se atreve, occiso, Gordo, cómo se atreve… Era el novio de mi hijastra, se estaban por casar…

La oficial anota.

Oficial Andrade: Novio de la hijastra, se estaban por casar. ¿Nombre?
Madrastra: Sonia Kerchunov, le dije, ya anotó, fíjese ahí, por ahí, no sé, qué letra de mierda que tiene usted, oficial…
Oficial Andrade: Nombre del occiso…
Madrastra: ¿Del Gordo?
Oficial Andrade: Correcto…

La madrastra se queda pensando y la oficial la espera. La mira a la hermana de Julieta, que le responde con un gesto de "a mí no me mires". Mientras tanto Julieta intenta acomodarse dentro del cajón donde está Gordo.

Oficial Andrade: Nombre del señor Gordo…
Madrastra: ¿Nombre de pila, dice usted?
Oficial Andrade: Nombre de nombre… a mí me parece sumamente extraño que nadie sepa el nombre de este muchacho… ¿No le parece extraño a usted?
Madrastra: Extraño… extraño… no sé… yo en mi trabajo he visto cada cosa…
Oficial Andrade: ¿Cuál es su trabajo, señora Kerchunov?
Madrastra: No puedo decirle, es confidencial…
Gordo: ¡Julieta! No es king-size… ¿¿¿Te olvidás de que engordaste 8 kilos???

Julieta: Gordo…

Julieta: No, mentir después de muerto no tiene sentido, gordi... Eso es

Pausa, Gordo bien tenso, apretando los ojos.

JULIETA: Mi gordo gordito...

Lo abraza, él no se inmuta.

JULIETA: Por qué te fuiste... Por qué me dejaste...

Lo acaricia, le acomoda el pelo, la mortaja, la sabanita. Poco a poco se va transformando.

JULIETA: ¿Por qué me hiciste esto, Gordo?

No encuentra las palabras…

JULIETA: ... Mi... gordo… mi... mi… mi… Hijo de puta... flor de hijo de puta, Gordo... Yo sabía que te la ibas a arreglar para hacérmelo… Pero

MUCAMA: Toma algo la señora...

MADRE: ¿Sabés que mi hijo tiene poderes?

MUCAMA: ¿Qué cosa tiene?

Se le acerca para secretear mejor.

MADRE: Puede hablar más allá de la muerte… En lo que tiene de bueno que haya pasado lo que pasó, siempre hay un lado bueno… Tenés razón. Sos muy inteligente, mi gordo…

GORDO: Sí… en mi familia hay toda una tradición de hombres inteligentes…

JULIETA: Qué lindo… muchos hombres inteligentes...

GORDO: Viene por vía paterna… así que si lo que esperás es un varón…

JULIETA: Bueno, de eso quería hablarte... te tengo que decir… la verdad, gordi, ahora que estás muerto te lo merecés saber…

GORDO: ¿Qué cosa?

JULIETA: Te mentí…

MADRASTRA: CALLATE...

Se acerca la mucama con el whisky para la madre de Gordo, cuando pasa cerca de la amiga de Julieta la mira con desprecio y esta se incomoda, se para y se va hacia otro lado. La mucama la sigue con la mirada, luego se acerca a la madrastra y le habla sin que la hermana de Julieta escuche.

realidad es un poder que tenemos los dos, una fuerza madre-hijo muy poderosa…

MUCAMA: Dios me libre y guarde…

Le saca el café.

MUCAMA: Mejor le traigo un tilo...

MADRE: Traeme un whiskicito, mejor…

MUCAMA: Qué gente más rara…

La mucama sale a buscar lo que le piden. La madre de la peor de todas, me hiciste… las participaciones repartidas, los regalos que ahora tengo que devolver... Y viuda sin haberme casado… Ves que no me querías…

Gordo abre los ojos.

GORDO: Sí que te quería, Julieta, te quería… ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

JULIETA: ¡Gordo!

GORDO: El amor después del amor, Juli…

JULIETA: Me estás hablando desde el más allá.

GORDO: ¿En serio?

JULIETA: Sí, te mentí en serio... No estoy embarazada, Gordo…

GORDO: ¿Qué?...

La chica no contesta.

GORDO: Julieta, ¿fuiste capaz de mentir que estabas embarazada para que me casara con vos…?

JULIETA: No, nada que ver… casarte te ibas a casar igual, gordi… Si ya teníamos todo contratado, la fiesta, el vestido, el disc jockey… hace cuatro días nada más que te dije que estaba embarazada…

GORDO: Cierto…

Se queda pesando.

GORDO: ¿Entonces para qué me mentiste si nos íbamos a casar igual?

JULIETA: Porque no me cierra el vestido, gordi… mirá, es algo espantoso…

MUCAMA: Señora, cuando tenga un minuto, yo tengo que decirle algo…

MADRASTRA: Mi amor, no me vengas con francos y

GORDO: Algo así…

Julieta mira a su alrededor, cada una sigue en lo suyo.

JULIETA: Mi gordiiiii…

Lo abraza, lo besa, lo estruja.

GORDO: ¿Viste que sí te quería?

Gordo se concentra, como si quisiera conectarse con los espíritus. Pone los dedos en OM. Entra la madrastra y va donde está la hermana de Julieta. La madrastra la huele.

MADRASTRA: ¿Cómo va todo?

HERMANA DE JULIETA: Bueno, es un velorio, Sonia, mucha expectativa no te hagas…

Entra la amiga de Julieta y se sienta junto a ellas.

AMIGA DE JULIETA: ¿Cómo está Juli?

MADRASTRA: Gorda. Mirá, ni le cierra el vestido…

HERMANA DE JULIETA: Ay, no seas jodida, está embarazada… esas cosas… no es momento…

MUCAMA: No, señora, no es por el franco…

Se le acerca.

MUCAMA: … ayer estuve en la casa del señor Gordo… y vi algo… le tengo que contar…

MADRASTRA: Decime...

La madrastra agarra el vaso de whisky y bebe.

MADRASTRA: ¿Pero qué es esta mierda?

MUCAMA: Tilo, señora… para la madre del señor Gordo…

MADRASTRA: ¿Tilo on the rocks? Qué mujer snob, por Dios… engordé 8 kilos… de la ansiedad… Todas las novias adelgazan pero yo tengo tanta mala suerte que engordo. Me dijo la modista que esto pasa una en diez, y me tocó a mí…

GORDO: No te entiendo, Julieta, por mi vida que no te entiendo…

JULIETA: Pero…

Madrastra: Sí, pero se embarazó los brazos, la espalda, todo, esta chica…

Amiga de Julieta: Pobre, va a tener que criar al chico sola…

Julieta: Sí, mi gordiiii… sí, perdoname todo lo que te dije…

Gordo: Sí, cómo no te voy a perdonar...

Julieta: Perdoname todo…

Gordo: Sí, claro…

Julieta: Pero todo, todo, todo…

Gordo: ¿Qué es "todo", Juli?

Julieta: Todo es todo…

Gordo se la queda mirando, ella incómoda.

Gordo: ¿Vos disparaste, Julieta?

Julieta: No, mi amor… cómo voy a disparar…

Gordo: Bueno, alguien disparó, alguien que me conocía, alguien que a lo mejor hasta me quería…

Julieta: Yo jamás te hubiera hecho una cosa así, mi amor. ¿Me creés? Gordi, tenés que creerme...

Gordo: Sí... Está bien…

Gordo: …lo de vida es metafórico, claro.

Julieta: ¿Cómo que no entendés? No es lo mismo que la gente diga "qué novia gorda" a "qué novia embarazada"… No es lo mismo… Vos no lo entendés porque sos hombre…

Gordo: Pero soy gordo…

Julieta: No sos gordo, te dicen Gordo que no es lo mismo… Es muy fácil llamarse Gordo y ser más flaco que una chaucha…

Gordo: Julieta…

Se acerca la oficial Andrade a la madrastra de Julieta y a la mucama y las mira. La hermana de Julieta detrás de ellas se empieza a reír otra vez.

Oficial Andrade: Oficial Andrade...

Las dos la miran y no dicen nada… Se dirige a la madrastra.

Oficial Andrade: ¿Con quién tengo el gusto?

HERMANA DE JULIETA: Bueno, estamos nosotras…

Las otras la miran y no dicen nada.

Andrade se acerca a investigar a la amiga de Gordo.

OFICIAL ANDRADE: Oficial Andrade, ¿me permite unas preguntas?

La amiga de Gordo busca un pañuelo en la cartera, se seca los mocos.

AMIGA DE GORDO: ¿Tiene que ser en este momento, oficial? Yo…

La amiga de Gordo rompe en llanto otra vez. Andrade anota.

MADRASTRA: ¿Esa policía qué hace?

HERMANA DE JULIETA: Pregunta…

MADRASTRA: Y tiene alguna sospecha...

JULIETA: No, no me creés, me estás mintiendo…

GORDO: No te voy a mentir ahora que estoy

MADRASTRA: Sonia Kerchunov, el gusto es mío…

La mucama aprovecha y se va. Andrade abre su libreta otra vez.

JULIETA: ¡Qué fácil es la vida así, ¿no?!

GORDO: ¿Así cómo?

JULIETA: Gordo pero flaco… Para vos todo siempre es tan fácil…

GORDO: Basta, Julieta…

Gordo cierra los ojos.

JULIETA: Gordi, no te vayas… no ves que siempre es lo mismo… No te bancás que uno te cuestione, te escapás, no podés enfrentar las cosas... Hablemos…

Gordo abre los ojos.

GORDO: Juli, estoy muerto, okey.

Cierra los ojos. Ella se queda, lo abraza y llora sobre su cuerpo.

muerto… no tendría sentido…

Julieta: Hablemos, Gordo, las cosas se arreglan hablando…

Julieta lo mira y rompe en llanto descontrolado. Gordo cierra los ojos y se queda muerto. Ella sale del cajón y se queda llorando a su lado sentada en el piso. Se le acerca la amiga de Julieta a consolarla.

Oficial Andrade: Confidencial… eso va a tener que aclararlo con el señor juez…

Madrastra: Tengo inmunidad, no se preocupe… Bue, le digo… total usted de alguna forma también es una oficial del Estado… trabajo para los servicios de inteligencia… me especializo en espionaje industrial…

Oficial Andrade: Nombre del Gordo…

Madrastra (*sigue en lo suyo*): Cualquier cosa me mandan a otra ciudad, me cambian el nombre, una nueva identidad… Todo empezó porque la psicóloga me mandó a hacer terapia ocupacional, yo era de esas mujeres que no encuentran un rumbo en la vida, ¿vio?, todo el día metida en la casa, esa cosa de la cotidianidad que hace tanto daño sin que una se dé cuenta… la termina fusilando a una… Y hablando con la psicóloga de qué me gustaba hacer, qué no…

Oficial Andrade levanta la vista de la libreta y la mira fijo.

Oficial Andrade: Por última vez, señora, nombre del señor Gordo…

Madrastra: Y dale con el nombre del señor Gordo… Mire, yo la entiendo oficial… no se olvide de que somos casi colegas… ¡a mí también a veces me mandan a investigar cada cosa! Pero imagínese mi posición… me caso con el padre de la novia, que era veinticinco años mayor que yo… se lo llevó un infarto, el año pasado… y me aparece esta chica, Julieta… con un novio de mi edad, me dice: "Sonia, te presento al Gordo, Gordo te presento

a Sonia"… Yo no quise que a esta chica, para colmo gordita como es… se le cruzara que yo… me entiende…

OFICIAL ANDRADE: La verdad, que no… Chica gordita… anoto…

MADRASTRA: Gordita y con autoestima muy baja… porque lo de su tamaño no sería lo peor… la autoestima la mata…

OFICIAL ANDRADE: … autoestima…

MADRASTRA: A ver… (*mira a Julieta y le pega un grito*). ¡¡¡Juli!!!

La chica sigue llorando desconsolada y no responde.

MADRASTRA: Julita… decime…

La chica llora más fuerte como diciendo: "No me rompas las bolas". Desde otra punta se le suma al llanto como un coro la amiga de Gordo.

MADRASTRA: Bua, usted quédese tranquila que yo se lo averiguo… Hago un par de llamaditos y en un ratito le tengo el nombre… Tengo mis contactos…

La mucama se acerca a la amiga de Gordo.

JULIETA (*a su amiga*): Entendés que se me acabó todo… se me acabó la vida a mí… Yo sin mi gordi… ¿me entendés?

AMIGA DE JULIETA: Sí, yo te entiendo…

AMIGA DE GORDO (*escuchando desde su posición*): Si te entenderá ella… no sabés cuánto te entiende…

La amiga se incomoda, trata de disimular.

AMIGA DE JULIETA: … pero tenés que tratar de calmarte… ¿No querés un tilo?… Juanita, le traés un tilo a Julieta…

La mucama la mira mal, pero se dispone a buscar lo que le pide.

La oficial Andrade se queda cuando escucha "Juanita". Se acerca a la mucama que está por ir a buscar el tilo. Amiga de Julieta deja a

Julieta en una silla y se acerca a la amiga de Gordo.

Amiga de Julieta junto a Andrade y a la mucama. La mucama la mira con recelo.

Oficial Andrade: Continúe, por favor…
Mucama: No, bueno, lo conozco desde que vino a casa de su novia pero lo veo también en otras partes…
Amiga de Julieta: Oficial, ¿la puedo molestar un momento?, acabo de sufrir una agresión…
Oficial Andrade: (*A amiga de Julieta.*) No. (*A la mucama.*) Otras partes… ¿a qué se refiere con otras partes?, ¿podría ser más precisa en su declaración?
Mucama (*mira a amiga de Julieta cuando lo dice*): Lo veía en su casa…

Amiga de Julieta le rehúye.

Oficial Andrade: Ajá… en su casa… y la señorita Julieta sabía de esta relación…
Amiga de Julieta y Mucama (*al unísono*): ¿De qué relación?
Oficial Andrade: (*A amiga de Julieta.*) Le estoy tomando declaración a la señorita Juana, me da un momento por favor y enseguida estoy con usted. (*A Juanita.*) Responda, por favor…
Mucama: Ella me pidió que lo hiciera…
Oficial Andrade: Ajá… ella le pidió que lo hiciera… ¿puede especificar el alcance del verbo hiciera?… ¿Hiciera qué?
Mucama: Hiciera la limpieza del departamento del señor Gordo, iba dos veces por semana, lavaba la ropa, limpiaba todo, le dejaba algo de comida…
Oficial: ¿Qué tipo de comida?

Madre de Gordo termina su meditación y vuelve al cajón del Gordo, lo abraza, se lo queda mirando. Julieta la mira, la cela, abandona la silla y va hacia allá. Sin ser directa, la va corriendo. Las dos compiten por el lugar central junto a Gordo. La madre gana. Julieta

a punto de llorar otra vez, pero antes de hacerlo se zambulle dentro del cajón, la madre intenta sacarla. Todos van a ayudar. Caos y confusión.

AMIGA DE JULIETA: ¿Me podés decir qué te hice yo a vos?

AMIGA DE GORDO: ¿A mí?, nada. Vos no existís para mí…

AMIGA DE JULIETA: Entonces, ¿por qué me agredís así todo el tiempo…? ¿Porque no te bancás a Julieta y yo la ligo de rebote?

AMIGA DE GORDO: Porque te acostaste con el Gordo…

Amiga de Julieta se queda.

AMIGA DE JULIETA: Cómo se te ocurre que yo y el Gordo…

AMIGA DE GORDO: No, no… si no se me ocurrió… yo fui la primera sorprendida… no lo podía creer...

OFICIAL ANDRADE: Perdón, usted se llama Juanita…

MUCAMA: Sí, Juana Peraza…

OFICIAL ANDRADE: Pero le dicen Juanita…

MUCAMA: Sí…

AMIGA DE JULIETA: ¿Qué?

AMIGA DE GORDO: Que sos tonta…

Llora otra vez.

AMIGA DE JULIETA: Yo soy tonta… y vos no eras su tipo… Parece que el Gordo para ciertas cosas prefería a las tontas…

La mira.

AMIGA DE GORDO: Sabés que te voy a cagar a trompadas…

MUCAMA (*la busca con la mirada*): ¿Me llama ahora?

OFICIAL ANDRADE: No, no ahora… la llama a veces... a los gritos: "¡Juanita…! ¡Juanita…!".

MUCAMA: No, no sabía…

OFICIAL ANDRADE: No le parece sospechoso…

MUCAMA: No, no me parece…

OFICIAL ANDRADE (*anota*): No le parece sospechoso…

La oficial cabecea señalando a la madre del Gordo, que sigue metida en su meditación.

OFICIAL ANDRADE: Usted conoce a esa mujer…

MUCAMA: Sí, es la madre del Gordo…

OFICIAL ANDRADE: Positivo, la conoce entonces…

MUCAMA: Sí…

OFICIAL ANDRADE: Usted está al tanto de que la señora madre del señor Gordo la llama…

AMIGA DE JULIETA: Es que es increíble que yo le pudiera hacer una cosa así a mi mejor amiga…

AMIGA DE GORDO: Eso sí lo podía creer… lo que no puedo creer es que el Gordo se haya acostado con… mirate lo que sos… y mirame a mí que nunca me tocó un pelo… no se puede creer… ¿y sabés qué es lo peor de todo?

MUCAMA: No, a mí todo el mundo me llama a los gritos…

OFICIAL ANDRADE: Pero a esa distancia… de San Telmo a Belgrano, ¿no le parece sospechoso?

MUCAMA: Y, sí, lejos es...

La mira.

OFICIAL ANDRADE: Dígame, ¿usted desde cuándo conoce al occiso?

La agarra del cuello, la amiga de Julieta le pega una patada y escapa hacia donde está Andrade.

AMIGA DE JULIETA: Oficial...

MUCAMA: Desde que la señorita Julieta lo trajo a la casa.

OFICIAL ANDRADE: Lo conoce de verlo en la casa de su novia.

8.

En el mismo velatorio. Es la noche muy entrada, cada una de las deudas se fue a descansar (supuestamente) hasta el día siguiente. Andrade y Gordo, solos, sentados sobre el cajón cerrado, comparten una cerveza.

Oficial Andrade: Tenías razón…
Gordo: Sí, viene por vía paterna…
Oficial Andrade: ¿Qué cosa?
Gordo: Nada, no tiene importancia… Me ayudaste mucho, Andrade, y además logramos que me tutees…

La oficial Andrade se sonroja.

Gordo: Te dije que las mujeres de mi vida eran así… ellas me arrastraron…
Oficial Andrade: … a salir a buscar travestis por Godoy Cruz… No seas caradura…
Gordo: En serio, necesitaba otro tipo de mujer… una mujer de verdad distinta a las que siempre me rodearon…
Oficial Andrade: Yo te puedo presentar una amiga… en la Vucetich…
Gordo: … no necesito que me presentes una amiga…

Se acerca para besarla, ella todavía no se entrega.

Gordo: Gracias por ayudarme… Aunque sos difícil, vos, me costó convencerte de hacer esto, ¿cuánto tiempo me va a llevar que me des un beso?

Apagón.

Vuelve a primera escena.

9.

Como en un recuerdo, la historia vuelve atrás, a aquella noche en la comisaría. Repite un pedazo de aquella primera situación.

OFICIAL ANDRADE: Le dije que se vaya… párese, vamos… vamos…
GORDO: ¿Y si no quiero?
OFICIAL ANDRADE: Mire… yo que usted aprovecho el faltante y me las tomo…
GORDO: ¿Qué faltante?
OFICIAL ANDRADE: El faltante de tinta… usted es un hombre de suerte… no escupa al cielo.

Él duda. Ella mira al cielo y le hace un gesto a él para que lo mire, ambos miran el cielo. Pausa.

Gordo se para.

GORDO: Okey… no voy a escupir su cielo (*busca el nombre de ella*)… ¿cómo era tu nombre…?
OFICIAL ANDRADE: Su nombre…

Congela la imagen y como si fuera un rewind en la casetera, Andrade y Gordo caminan hacia atrás, desandando los pasos hasta mostrar la escena un rato antes de lo que vimos en el inicio.

GORDO: Cualquiera de ellas sería capaz de matarme…
OFICIAL ANDRADE: No diga barbaridades…
GORDO: ¿No me creés o es solidaridad de género?
OFICIAL ANDRADE: Ninguna de las dos cosas… Creo que no miente pero exagera un poco. Usted tiene pinta de chico mal criado…
GORDO: ¿Sabés qué me gustaría? Que las tuvieras acá, contra esa pared, y que vos misma las interrogaras… una paradita al lado de la otra…
OFICIAL ANDRADE: ¿Acá en la 333? Lo dudo… acá no se hacen esos procedimientos, eso lo vio en alguna película…
GORDO: En una publicidad de desodorante…
OFICIAL ANDRADE: Ve… las publicidades de desodorantes son muy peligrosas, le liman la cabeza a uno…

GORDO: … ahí paraditas, vos preguntándoles… y ellas confesando… Cómo me gustaría…

En la imaginación de Gordo entran todas las mujeres de su vida y se ponen contra la pared.

GORDO: … todas las mujeres de mi vida…

Como en una ronda de reconocimiento, una luz va iluminando a cada una a medida que hablan.

AMIGA DE GORDO: Yo no lo maté. No lo voy a matar si estoy enamorada de él desde salita de cinco. Pero lo podría haber matado. ¿Cómo no matar al hombre que durante años esperás que te toque y no lo hace? "Sos mi mejor amiga", me decía. "Ja", digo yo. ¿Habrá algo peor que ser la mejor amiga del hombre que uno desea?, ¿algo más humillante? Yo hervía por dentro. Entonces qué hice, trabajar, todo el día, ocuparme, calmar mi ansiedad con horas y horas de trabajo intenso. Pero no fue suficiente, aparecieron algunos… síntomas, temblores, ataques de nervios que logré calmar con ansiolíticos… y dolores de espalda que calmé con osteopatía… y las migrañas, con miorrelajantes. Todo tiene solución, para todo hay una pastillita. Menos que el hombre que querés que te toque no meta mano. Para eso no se inventó nada todavía. Excepto que ese hombre desaparezca, para siempre.

MADRASTRA: Yo lo podría haber matado. No por él, claro. Si a mí el chico no me hizo nada. Pero para salir de la rutina. Una no tiene la oportunidad de matar a un hombre todos los días. Y se necesita salir de la rutina, el día a día te mata. Trabajo en espionaje industrial, me contrata el Estado. Me lo consiguió la psicóloga de la terapia ocupacional, me veía tan mal, tan aburrida, tan para abajo. No había nada que me sacara a flote a mí. Pero salí, gracias al trabajo, el trabajo es salud. Si los servicios secretos a mí me dicen "andá y matá al Gordo", yo voy y lo mato. Es mi trabajo.

MUCAMA: El señor Gordo se merece estar muerto. Le hacía un feo muy grande a la señorita Julieta. La engañaba con su mejor amiga. Yo los descubrí juntos en la cama el otro día. Jadeaban, parecían dos perros, mirá… Me hice la idiota, se estaban por casar, para qué iba a arruinar todo. Pero si la señorita Julieta me hubiera pedido que le echara veneno de ratas en la comida, yo se lo echaba. La conozco desde chiquita. Le hice un trabajo al señor Gordo. Con uno de sus calzoncillos hice un muñequito. Y lo pinché con alfileres. Alfileres en las piernas, en los brazos, en los ojos. Y en el corazón. A los hombres así hay que clavarles alfileres en el corazón.

AMIGA DE JULIETA: Yo me acostaba con el Gordo. Pero ojo: no hubo penetración. Yo soy virgen. Me voy a casar virgen. Nos tocábamos, mucho, mucho mucho… y los dos acabábamos. Pero sin penetración. Yo eso no se lo hubiera permitido. Por eso no me siento culpable con Julieta, porque técnicamente eso no fue meterle los cuernos. Yo creía que un día el Gordo la iba a dejar, y entonces sí, entonces todo iba a ser distinto, nos íbamos a casar, me iba a hacer el amor como corresponde, íbamos a tener muchos hijos, sin métodos anticonceptivos, íbamos a ser felices. Me dijo que no, que aunque él se peleara con Julieta no se casaría nunca conmigo. Me dijo que era como veranear siempre en la misma playa y sólo cambiar de carpa. Me dieron muchas ganas de matarlo. Muchas ganas. Pero matar es pecado. Sin penetración no es pecado.

HERMANA DE JULIETA: Yo soy la hermana mayor de la novia. No parezco, ¿no? Pero soy. Todos esperaban mucho de mí. Y cuando el otro espera, uno sufre, y el otro sigue esperando, y uno sufre porque espera, y espera sufriendo, y sufre esperando. Es un… sufrimiento. Todos esperaban mucho de mí. Y yo, nada. En el colegio fui un desastre, siempre. Linda no soy, deportes no hago. Papá me decía: "¡Mirá el día que me des un nieto!". A mí me decía, no a Julieta, a ella no, yo era la preferida de papá. Y yo hijo por ahora ni loca. Si no puedo conmigo, cómo voy a poder con alguien más. Yo necesito más tiempo, a mí las cosas me toman mucho tiempo. Y el tiempo es… largo. A ella le gusta

meterse donde no la llaman. Cuando el Gordo me dijo: "¿Sabés que Juli y yo nos casamos a fin de mes?", le dije: "Morite, Gordo". Y se murió.

Madre de Gordo: No, no, no, si hay alguien que no puede ser jamás sospechada de la muerte de un hijo es su propia madre. ¿A quién se le ocurre? Yo amaba a mi hijo. Era sangre de mi sangre. Le pegaron un tiro en el corazón y lo mataron. Aunque, si no lo hubieran matado, igual estaría muerto. Un hijo varón muere en el momento en que una mujer lo atrapa en sus redes. Ya no es más el hijo de una, es el marido de otra. Hay que poder soportar estoicamente que un hijo propio se transforme en marido. Yo no puedo. Tremendo es. Además vienen todas esas cosas administrativas odiosas pero inevitables, porque el Gordo en la calle no me iba a dejar, pero seguro que la chica esa lo convencía de que me achicara los gastos. Y yo más achique no resisto. La verdad es que, administrativamente hablando, a mí me conviene que el Gordo, mi pichón, mi sangre, si morir iba a morir de cualquier manera, haya muerto antes de firmar en el registro civil.

Julieta: Yo nunca habría matado al gordito. El amor verdadero no puede dañar. El amor puro. Y yo lo amaba. Lo mío sí era verdadero. Él no, por eso me hizo daño. Se acostó con mi mejor amiga. Yo ya sospechaba, le mandé a la chica que trabaja en casa para que mire, que revise, que escuche. Y que después me diga todo. Pero Juanita dijo que no, que no vio nada. No me quedé tranquila. Le regalé a mi mejor amiga un perfume muy fuerte, dulce, muy concentrado, la obligué a ponérselo, la bañé en perfume. Cuando él vino olía a ella. Todo me sale mal a mí. Las mujeres cuando se están por casar adelgazan, y yo engordo. No me cierra el vestido. Todo mal.

Mucama: Alfileres en el corazón hay que clavarle.

Amiga de Gordo: Quiero que me toque aunque esté muerto.

Madre: Cuando tu hijo se convierte en el marido de otra, muere.

Amiga de Julieta: No hubo penetración, matar es pecado.

Julieta: Él me hizo mucho daño.

Madrastra: Yo podría haberlo matado.

HERMANA DE JULIETA: Morite, Gordo.
TODAS JUNTAS: Morite, Gordo.

Las mujeres imaginadas desaparecen. Gordo despierta de su ensoñación.

GORDO: ¿Lo harías?
OFICIAL ANDRADE: ¿Qué cosa?
GORDO: Interrogarlas, preguntarles si serían capaces de matarme…
OFICIAL ANDRADE: Usted quedó mal con tanta contravención esta noche…
GORDO: No, en serio… ¿lo harías?…
OFICIAL ANDRADE: En serio le hablo. Cómo se le ocurre que yo puedo interrogar a alguien así como así…
GORDO: ¿Qué necesitarías?
OFICIAL ANDRADE: Que usted estuviera muerto…
GORDO: Dale, eso… hagamos que estoy muerto…
OFICIAL ANDRADE: Usted va a terminar la noche peor que como empezó.
GORDO: No me importa, necesito saber…

Gordo sentado en el piso de la celda, la oficial Andrade va al escritorio y saca de un cajón un manojo de llaves y las pertenencias de Gordo. Avanza hacia la celda y se para junto a la puerta.

OFICIAL ANDRADE: ¿Sabe qué? Váyase.
GORDO: Ahora querés que me vaya…
OFICIAL ANDRADE: Sí.
GORDO: No me vas a ayudar, entonces…
OFICIAL ANDRADE: No voy a levantar cargos…
GORDO: ¿Y eso por qué?
OFICIAL ANDRADE: Porque me quedé sin tinta en la máquina de escribir…

Pausa tensa.

OFICIAL ANDRADE: Le dije que se vaya… párese, vamos… vamos…

GORDO: ¿Y si no quiero?
OFICIAL ANDRADE: Mire… yo que usted aprovecho el faltante y me las tomo…
GORDO: ¿Qué faltante?
OFICIAL ANDRADE: El faltante de tinta… usted es un hombre de suerte… no escupa al cielo.

Él duda. Ella mira al cielo y le hace un gesto a él para que lo mire, ambos miran el cielo. Pausa.

Gordo se para.

GORDO: Okey… no voy a escupir su cielo (*busca el nombre de ella*)… ¿cómo era tu nombre…?
OFICIAL ANDRADE: Su nombre…
GORDO: Lo tenés en el documento… pero me podés decir Gordo… ya te dije que todas…
OFICIAL ANDRADE: Su nombre no, mi nombre, no me tutee…
GORDO: Como quieras…
OFICIAL ANDRADE: Quiera…
GORDO: Quiero…
OFICIAL ANDRADE: Váyase.

Pasa por al lado de ella, casi la roza. Ella le entrega la billetera, el celular, el reloj, un cinturón y unas llaves.

GORDO: Eras mi última esperanza… mañana a esta hora voy a ser un hombre muerto…
OFICIAL ANDRADE: Hombre casado, dirá…
GORDO: ¿Y yo qué dije?
OFICIAL ANDRADE: Muerto…
GORDO: Mirá vos…, ¿no te parece una pena?
OFICIAL ANDRADE: ¿Qué?
GORDO: Que esto que tenés delante se convierta en un hombre muerto.

Ella no contesta. Cabecea señalando la puerta.

GORDO: Te va a dar culpa… saber que me pudiste salvar y no lo hiciste.
OFICIAL ANDRADE: Vamos, vamos, que salgo a conseguir tinta y se terminó…
GORDO: Chau, linda…
OFICIAL ANDRADE: Oficial Andrade.
GORDO: Linda, la oficial Andrade. Una pena…

Gordo se va, ella se queda mirándolo ir.

OFICIAL ANDRADE: Una pena, Gordo…

10.

Gordo camina por una calle, enciende un cigarrillo. Mira al cielo.

GORDO: Un hombre de suerte…

Gordo reanuda la marcha. La oficial Andrade llega apurada por detrás de él y lo detiene.

OFICIAL ANDRADE: ¡Gordo!

Él se sonríe. La oficial Andrade dispara en el aire. Avanzan uno hacia el otro.

11.

Ellos dos otra vez en el velatorio, se están besando a apasionadamente.

Caen dentro del cajón y hacen el amor. Se levantan y se visten. Ella se pone el uniforme y él se acomoda la mortaja.

OFICIAL ANDRADE: ¿Y ahora?
GORDO: Ahora… no sé… ¿me das asilo en tu casa por una noche?
OFICIAL ANDRADE: Siempre y cuando no te vengas con el cepillo de dientes…
GORDO: Ves que sos distinta…
OFICIAL ANDRADE: Te espero en el patrullero, así los del velatorio no nos ven salir juntos.
GORDO: Dale.

La oficial Andrade sale. Él se toma su tiempo para acomodarse.

GORDO: Lindo carocito.

Cuando está listo, mira a su alrededor como despidiéndose. Empieza a salir.

VOZ DE MUJER (*off*): ¡¡¡Gordo!!!

Gordo se da vuelta, suena un disparo. Gordo esta vez, sí, cae muerto.

TELÓN

DRAMAS

Un mismo árbol verde

A Luisa Hairabedian,
su lucha y su memoria.

Personajes

Silvia: la hija
Dora: la madre

Espacio:

Cuarto de Silvia, que ella usa también de escritorio: una mesa, una lámpara, libros, papeles, carpetas, una computadora encendida. Desorden, el desorden de alguien que trabaja con obsesión y desborde. Un equipo de música portátil. Es el cuarto de un adulto, que podría tener su propia vivienda pero sigue viviendo con su madre.

Cuarto de Dora: una habitación con una cama chica, en el espacio ganado a la cama matrimonial que ya no está hay un sillón y un televisor grande con video. En algún costado un biombo. El cuarto está obsesivamente ordenado. Cada cosa en su lugar, casi alineada. A un costado del cuarto está la cocina.

División entre el cuarto de Dora y el de Silvia: entre el cuarto de Dora y el de Silvia hay una pared imaginaria, podría estar insinuada por un velo, una tela semitransparente a la que las dos pueden acercarse pero no traspasar, o simplemente ser una división que no vemos sino a través de la acciones de los personajes.

Nota:

Antes de que empiece la acción se oye todo el tiempo un viento intenso de desierto, y cada tanto la melodía inconclusa de un duduk, como si quien lo ejecutara empezara un acorde y se interrumpiera. Ambos sonidos, viento y duduk, se detienen cuando empieza el primer cuadro.

1. Palabras

Noche cerrada. El cuarto de Silvia iluminado y el de Dora a oscuras. Silvia dormita apoyada en una mano y con el mate en la otra, el sueño la encontró en medio de su tarea. Sobre el escritorio hay una caja de bombones abierta. Envoltorios arrugados de bombones ya comidos dentro y fuera de la caja. En algún rincón ganado al trabajo, hay una bandeja con un termo. Silvia cabecea y se despierta, se sobresalta, se frota la cara y se empieza a mover para recuperarse. Se levanta y va al equipo de música, busca un CD y lo pone. Suena música folklórica popular armenia (podría ser el Tamzara o el Kanaker), algo moderado pero alegre, algo que invite al cuerpo a moverse levemente. Silvia vuelve al escritorio e intenta retomar el trabajo. Es evidente que el manejo de la computadora no es su fuerte. Primero para vencer al sueño y luego como algo que le sale naturalmente, su cuerpo se mueve al compás de la música que suena. La danza le luce más genuina que el tipeo sobre el teclado. Cada tanto juega con su pelo largo y enrulado. Se lo levanta en un rodete, se lo suelta. El pelo danza con el resto de su cuerpo. Lo vuelve a atar usando una lapicera como pinche. Trabaja al ritmo de la música. Se sirve un mate y lo toma. Dora acostada en su cuarto, en penumbras, no logra dormir. Dora enciende la luz.

Dora: Silvia, ¿podés apagar esa música y dormir de una vez?
Silvia: ¿Qué decís, mamá?
Dora: Que si podés apagar esa música y dormir…

Silvia obedece, se levanta y apaga la música.

Silvia: Apagar la música sí, dormir no…

Vuelve a su lugar, deja el mate y come otro bombón.

Silvia: Si sabés que tengo que trabajar toda la noche, mamá. Mañana…

Dora apaga la luz y se cubre con la frazada. Silvia se interrumpe un instante y luego sigue. Como al principio, sólo queda encendido en el cuarto de Dora un velador muy tenue, o una luz de noche, casi como la luz de una vela. Silvia se da cuenta de que su madre no quiere que le cuente de mañana, pero lo niega y sigue hablando como si ella pudiera escucharla.

SILVIA: … mañana presento mi demanda. Todavía me falta corregirla, imprimirla… ¿Querés que te lleve un mate? (*Espera la respuesta que no llega.*) Cualquier cosa pedime… Cuando trabajo de noche yo sin el mate… Para no comer… me da ansiedad trabajar de noche. ¿Te acordás en la facultad? Por cada final engordaba dos o tres kilos… Después los bajaba fácil. Pero esas eran otras épocas, ahora los kilos se me instalan…

Termina su mate y agarra otro bombón.

SILVIA: Y para colmo me regalaron bombones. ¿Querés uno, mamá? (*Pausa.*) ¿Sabés quién? Lila Karkarian. ¿Te acordás de Lila, no? La sobrina de Koar. Me quiere ver gorda Lila Karkaian. ¿Te conté que le estoy haciendo el divorcio? Me ama, le estamos dando vuelta los bolsillos al marido. Me ama pero me quiere ver gorda, esas contradicciones que tenemos las mujeres. Sobre todo las armenias, ¿no?… Para colmo la nueva mujer del marido, o ex marido mejor dicho, se llama Silvia como yo… y por momentos a Lila se le mezcla todo y arma unos líos muy intensos… Después me termina regalando bombones… ¿Seguro no querés?…

Silvia toma la caja, mira hacia el cuarto de su madre. Duda. Parecería que va a ir para allá a ofrecerle bombones pero se arrepiente y se termina comiendo el bombón.

SILVIA: El último… A primera hora la presento, mamá, si me quedo dormida despertame a las siete. Siete y media mejor. Si no, voy a ser una zombi. Le dan entrada y va a sorteo para que le

asignen juzgado, ¿sabés? ¡Cruzá los dedos que no me toque con el juez Martínez Ginot, mamá! Para mí es mufa Martínez Ginot. Yo ya me colgué un San Expedito de la tira del corpiño… (*Busca la medallita debajo de su ropa, la tira hacia afuera y le da un beso.*) Después para que pase algo concreto va a haber que esperar… Eso sabés… y tener paciencia… justo yo que me mata la ansiedad… (*Come otro bombón.*) Derecho a la verdad, demando… nada más… que nadie confunda gato por liebre… capaz nuestros paisanos creen que enloquecí y quiero recuperar el monte Ararat… Vos los conocés… Sólo la verdad. Sólo eso… y que todos llamen a lo que pasó por su nombre: genocidio. Escuchá, te leo… (*lee de la pantalla*): *Por todo lo expuesto a V. E.,* "ve e" es vuestra excelencia… *solicito que haciendo lugar a la presente demanda por derecho a la verdad, a fin de conocer cuál fue el destino de mis familiares y del pueblo que integraban, así como para conocer el lugar donde yacen sus restos…* (*se traba pero enseguida retoma*) *donde yacen sus restos y realizar el duelo de acuerdo a mis creencias, oportunamente se proceda a…* y ahí pido todo lo que hay que pedir, ¿no?, apertura de los archivos, informes, etc., etc…

Sirve un mate y se acerca con él al lugar que separa su cuarto del de su madre. Se queda en ese lugar, parada frente a esa pared imaginaria.

Silvia: Un mate, mamá, dale…

Se queda con el mate extendido y como su madre no viene ni ella puede pasar del otro lado se lo termina tomando algo incómoda.

Silvia: ¿Qué somos, mamá? ¿Armenios argentinos, o argentinos armenios? ¿Vos cómo decís? Para la diáspora somos armenios nacidos en Buenos Aires… y en los documentos somos argentinos. Pero yo no digo eso, yo digo de verdad, sin papeles ni diáspora de por medio, ¿qué somos?… Me gustaría que hubiera una palabra que nos nombrara. Una sola. Pero no hay.

No se nos puede nombrar con una sola palabra. Argentinos con memoria armenia… yo me llamaría así, pero eso me lleva (*cuenta en el aire*) cuatro palabras: "argentina con memoria armenia"… Tendríamos que inventar esa palabra, la que nos nombre. A vos, a mí. Y a Anush.

En cuanto Silvia nombra a Anush, Dora apaga el único velador que quedaba encendido y se tapa aún más con la frazada. Silvia espera un instante, aunque sabe que su madre no hará nada, sólo aguarda para no resignar también la esperanza de que algo cambie. Pero nada cambia y vuelve a su escritorio a seguir trabajando. Silvia mira hacia donde duerme su mamá, luego se sienta y retoma el trabajo. Madre e hija en penumbras. Silvia tararea por lo bajo la canción que antes escuchara y que su madre le hizo apagar.

Largo tarareo y luego pausa.

Dora enciende la luz de su cuarto. Silvia queda en penumbras, trabajando en la computadora, en silencio. Dora se levanta fastidiada, se pone una bata.

DORA: No hay caso, cuando no hay caso, no hay caso… También vos… Apago la luz y seguís. Me tapo con la frazada y seguís. Te encaprichás en hablarme, Silvia… ¡Si sabés lo que me cuesta dormir! ¿O no sabés? Me dicen que hoy por hoy le pasa a mucha gente. Trastornos del sueño me dicen. Bah… ¿qué saben? No saben nada. Nadie sabe nada de nada… Vos tampoco…

Va a la cocina y se prepara leche tibia para beber.

DORA: Sabés por qué te lo digo… Por los turcos, claro que por los turcos… porque si creés que vas a conseguir algo de ellos… olvidate, Silvia. Si es por eso dormí y dejá dormir. No vas a conseguir nada, ni de los turcos ni de nadie. ¿O te creés que algún juez te va a dar bolilla con esa locura tuya? Pará a tres tipos por la calle y preguntales qué genocidio conocen. Vas a

ver que los tres responden lo mismo: "el judío". ¿Quién se acuerda hoy de los armenios? Hitler lo dijo, no yo. Cuando le preguntaron qué iba a decir el mundo al enterarse de lo que les estaba haciendo a los judíos. En Jrimian te lo enseñaron seguro, a mí me lo enseñaron en la primaria, así que en Jrimian seguro que te lo dijeron… Y si no en la secundaria… "¿Quién se acuerda hoy de los armenios?", contestó Hitler. El mundo se enteró de lo que les estaba haciendo a los judíos, tarde pero se enteró. Pero de lo que los turcos nos hicieron a nosotros… Tenía razón… nadie. Nadie se dio por enterado. ¿Cuántos años pasaron ya? Noventa, noventa y pico… ¿Y vos creés que los vas a enterar ahora presentando papeles en la justicia argentina? ¡Justo! A buen puerto vas por leña… Por mí hacé lo que quieras, perdé tu tiempo, tu dinero, tu energía, ¡pero no me despiertes!… Solamente te pido eso, que no me despiertes.

Se sienta en el sillón y bebe la leche.

DORA: Vos no sabés nada, Silvia. Para el mundo hubo sólo un holocausto, y no fue el nuestro. ¿A quién conoce el mundo, a Spielberg o a Atom Egoyan? Pará a tres tipos por la calle y preguntales a cuál de los dos conocen… Paralos y preguntales si vieron *La lista de Schindler* o *Ararat*… Y vos los vas a enterar, seguro que sí… Válgame Dios, Silvia. ¿No te contó el tío Agop lo de Bush? ¿Nunca lo escuchaste hablar de los misiles que tiene plantados en Turquía? Lo tenés que haber escuchado. Yo cuando habla el tío Agop te juro que me cansa. ¿A quién no cansa el tío Agop con la política? Y no le entiendo ni la mitad. Llega un momento que dejo la cara pero no lo escucho. Así que no entendí si los misiles apuntan para Irán, para Irak o para Afganistán. Eso no entendí. Pero sí entendí que Bush los instaló en Turquía. Y vos como armenia eso lo tendrías que saber también. ¿Quién te creés que maneja el mundo, Silvia? ¡No le importan los que se mueren ahora, le van a importar los que se murieron en 1915! No sabés nada, hija. Mucha facultad, mucho libro de abogacía, pero tenés que mirar más el noticiero de las

ocho… Los médicos tampoco saben nada. ¿Qué van a saber? Empecé tomando una pastilla, al tiempo pasé a dos pastillas, después a tres. "¿Usted se quiere matar, señora?", me preguntó el doctor Der Batikian el día que lo llamó papá porque no me podía despertar. Y yo le contesté: "¡Chocolate por la noticia, doctor!". Se quedó mirando sorprendido… como si no supiera… ¡Qué tarado, como si no supiera!

Deja el vaso a un costado y se acaricia las manos.

DORA: Y para colmo que me cuesta dormir, vos que me hablás, y me hablás, y me seguís hablando. Ta que lo tiró… Yo ya no le peleo más al sueño, eso sí que no. No doy más vueltas en la cama, a un lado y al otro para nada. Eso no lo hago más, después es peor. Si no puedo dormir, me levanto y listo. Total siempre hay algo que hacer. Un dobladillo, una torta, lustrar plata, lo que sea…

Dora mira a su alrededor como buscando ese "algo" que hacer. Finalmente se decide.

DORA: ¿No querés ver la película de cuando fuimos a Armenia con los tíos? Dale, dejá eso un rato y vení conmigo a verla… ¿Venís?

Busca la película.

DORA: Dónde es que la puse… (*Busca en la cómoda.*) … Si yo siempre la dejo a mano… ¿Vos de casualidad no te llevaste la película del viaje a Armenia, Silvia?

Dora espera la respuesta de su hija, que no llega. Silvia sigue trabajando sin atender el pedido de su madre.

DORA: Silvia… ¿Sabés dónde puede estar la película de Armenia, vos?

Dora se cansa de que su hija no conteste y sigue buscando. Sobre Silvia la luz se intensifica. Silvia tipea y lee:

Silvia: *Vengo a promover estas acciones en ejercicio de las facultades que me concede el derecho a la verdad…* ¿"derecho a la verdad" lo tendría que poner todo con mayúsculas, no te parece? (*Corrige en la computadora.*) … Ahí está… *DERECHO A LA VERDAD a fin de esclarecer los hechos acaecidos, tipificantes del referido delito de lesa humanidad…* o sea el genocidio de 1915… *mediante las pertinentes investigaciones e informaciones que se requieran practicar y obtener al efecto.* ¿Te aburro, mamá?… *El derecho a la verdad… es el derecho a obtener respuestas del Estado. Todo individuo puede exigirle al Estado que lo informe acerca de aquello que le corresponde saber. El derecho a la verdad es, por ello, un elemento del derecho a la justicia.*

Se sirve otro mate. Duda. Mira lo tipeado.

Silvia: Verdad y justicia, ¿significarán lo mismo para todos? No me refiero al significado del diccionario… me refiero… No sé… de chica cuando veía algo, un árbol verde, por ejemplo, lo veía y te decía: "Uh, mamá mirá un árbol verde", y vos me contestabas: "Sí, un árbol verde", pero yo no me quedaba tranquila… porque no sabía si veías lo mismo que yo. Y no importaba que dijeras "árbol verde", porque las palabras eran las mismas, pero yo no podía asegurar que lo que vos veías y lo que yo veía eran una misma cosa. No podía saber si tu verde y mi verde eran el mismo color. Ni siquiera si tu árbol y mi árbol se parecían. ¿Me entendés? Es raro lo que digo… pero desde chica me pasa… Temor de que las palabras nombren cosas diferentes y nosotros creamos que estamos hablando de lo mismo…

Silvia mira hacia el cuarto de su madre. Se levanta y se acerca a la pared imaginaria. Dora encuentra la película en una caja cualquiera dentro de su placard.

Dora: Acá está… ¿cómo fue a parar acá esta cosa?

SILVIA: Verdad y justicia, ¿serán para todos el mismo árbol verde? ¿La verdad de un turco y la mía podrán algún día ser el mismo árbol? ¿Y la mía y la tuya, mamá? ¿Y la de Anush?

Dora, de espaldas a su hija, se queda cuando Silvia nombra a Anush, pero controla cualquier reacción y se aboca a intentar colocar la película en la casetera, algo que no le resulta de lo más fácil.

SILVIA: ¿Cuál sería la verdad de Anush casi treinta años después?…

Dora, de espaldas a Silvia con evidente intención de que así sea, lucha con los controles remotos sin terminar de entender cuál es el de la televisión y cuál el de la casetera.

DORA: Yo esto no lo voy a terminar de entender nunca…

La televisión se enciende y aparece finalmente la película de Armenia. La película está avanzada y Dora tiene que rebobinar. La película en rewind.

DORA: Ahora, sí… ¿No vas a venir, Silvia? Mirá que la rebobino una sola vez… Armenia… me parece mentira que hayamos viajado a Armenia. Bah, a Turquía viajamos. ¡Qué viaje tremendo, mi Dios, no terminaba más! Buenos Aires-Moscú, Moscú-Estambul. ¡Y en una aerolínea turca Moscú-Estambul, que no es un dato menor! Nos habían dicho que fuéramos vía Londres, o París, pero papá eligió vía Moscú… de contra y zurdo que era nomás. Pudiendo elegir entre Moscú y Londres, ¿qué iba a elegir tu papá, decime?… Qué iba a elegir… Ir a Armenia es complicado, pero hacerlo vía Moscú es atravesado… casi épico es… Lo lógico sería viajar a Ereván y de ahí pasar a Turquía por tierra… pero las fronteras están cerradas… Cómo no van a estar cerradas las fronteras…

Silvia se acerca aún más al lugar que la separa de su madre, pero no lo atraviesa.

Silvia: ¿De qué tenés miedo, mamá? ¿De llorarla? Si igual la llorás todas las noches… No hace falta nombrar para llorar a una hija muerta.

Pausa. Mira a su madre, duda.

Silvia: ¿Nadie puede decir su nombre delante tuyo porque te duele o porque Anush te pertenece? Es eso, ¿no? No la querés compartir con los demás. Ni su nombre ni su ausencia… Yo sí la nombro, mamá, para que no se convierta en un fantasma. Tu silencio la condena a lo mismo que la condenaron ellos… Anush no puede desaparecer… Mañana Anush cumpliría años… aunque apagues la luz, aunque te tapes con la frazada y pongas por enésima vez esa película… Sabés mejor que nadie que mañana Anush cumpliría 48 años… Y no tengo tumba donde llevarle flores. Esta demanda es mi regalo de cumpleaños para ella, mamá. Estos papeles son las flores, y los tribunales, su tumba. Aunque hablen de otro genocidio, aunque no esté pidiendo saber dónde está su cuerpo sino los que desaparecieron en aquel desierto. Aunque no pida castigo para los que se la llevaron a ella. Pido justicia por otro crimen. ¿Pero acaso no es todo lo mismo? ¿No es todo un mismo desierto, mamá? Armenios argentinos, argentinos armenios. ¿Acaso la Metzma no gritaba "*Turkere egan*" cuando se la llevaron a Anush al Pozo de Banfield? *Turkere egan*, volvieron los turcos. La Metzma gritaba "volvieron los turcos" porque sabía que el Deir ez-Zor o Banfield son un mismo desierto.

La película llega al inicio. Dora se sienta en el sillón y se dispone a verla. Silvia vuelve a su computadora a trabajar.

La luz baja sobre las dos, Dora queda iluminada por la pantalla del televisor y Silvia por la de la computadora.

Sonido de viento y acordes de duduk.

Pausa.

2. Palabras + volver

Se ilumina Dora mirando la película del viaje a Armenia. Silvia enfrascada otra vez en su trabajo, en penumbras. Cada tanto Dora señala en el aire sobre las imágenes que aparecen en el televisor.

DORA: Cerca de Banfield… En Valentín Alsina vivíamos nosotras. Digo nosotras, porque tu papá ya no estaba. Aunque la nuestra fue siempre una casa de mujeres, aun cuando papá vivía. Porque estaba la Metzma, y ésta era definitivamente una casa de mujeres. Después yo viuda, vos soltera. (*Pausa.*) Fuimos a Ezeiza en remís, y de ahí vuelo Buenos Aires-Moscú, Moscú-Estambul, y por carretera Estambul-Tomarza. Así de complicado es volver. Bah, volver, una manera de decir… ¿porque quién volvía? El tío Agop, si todos los demás habíamos nacido acá. Volver a las raíces, al lugar donde nacieron mi mamá, mi papá, los hermanos que nunca conocí. Alquilamos una camioneta con chofer, un turco que nos traducía al español. Ahí está la camioneta, ¿ves?… Como una de esas combis escolares que andan por acá… Un viaje interminable. Interminable… Ese es el pueblo de mamá. Tomarza. ¿La verdad?… Son todos iguales. ¿O no, Silvia, que son todos iguales? La tierra que se te pega en todas partes. Te entra por los agujeros de la nariz, por las orejas, te seca la boca. Me acuerdo y me da sed. Traeme un mate cuando puedas…

Del otro lado Silvia acusa el pedido. Ceba un mate y se acerca, pero se detiene antes de llegar.

DORA: Ahí está el tío Agop, Garabed y la tía Sose… ¡Qué apretados íbamos en esa camioneta! Ah, y Jorgito… Es un caso tu primo Jorgito… Mirá ahí estamos caminando por la calle principal de Tomarza. Todavía me parece mentira haberle cumplido a mamá. Me habló bajito, al oído, ya casi no tenía fuerza. Pocos días antes de morir. En armenio me habló. ¡Cómo se hacía la boba, la Metzma! Si sabía castellano… Me dijo: "Dora, prometeme que

un día vas a ir a mi casa, la que me sacaron los turcos, y me vas a traer piedras de mi patio". "Prometeme", me dijo. Y yo que no, que yo ya no prometía más… Ella sabía que yo no prometo más… Se enojó, que cómo no iba a hacer eso por ella, que era una vieja, que la tenía que dejar irse en paz… Yo le dije que se quedara tranquila, que a su casa iba a ir y que las piedras se las iba a traer… Pero ella, que no eran las piedras, que para que se fuera tranquila lo que tenía que hacer era **prometer**… Insistía, insistía… Como le gustaba meter el dedo en la llaga… Le dije: "No me lastimes más"… "Quiero que puedas volver a prometer porque esto lo vas a poder cumplir. Esto, sí, Dora." Pero yo no prometí… no lo hice… Ya no… Ni para que mamá se fuera tranquila… no prometo más…

Pausa. Dora se mira las manos y se las acaricia con detenimiento. Silvia vuelve a su escritorio.

DORA: "En el patio de mi casa hay muchas piedras", me dice, "andá tranquila, a ellos no les va importar". "A ellos no les va a importar", me dijo mamá… Y ahí fuimos todos a buscarle las piedras del patio donde nació…

Pausa. La imagen del televisor la sorprende y abandona su ensimismamiento en sus manos.

DORA: Mirá, ahí está el chofer turco cargando a Jorgito. ¿Podés creer? Qué caso este Jorgito… Le habíamos *ocultado* al chofer que somos armenios. Argentinos dijimos, y era verdad, si somos argentinos. ¿Acaso no dice eso en los pasaportes? ¿Por qué teníamos que dar tantas explicaciones? "¿Así que vos sos argentino?", le pregunta el chofer, y Jorgito le dice: "Sí, ¿y vos?". Y el hombre le contesta: "Soy turco". "Ah, yo conozco a los turcos", le dice el chico. "¿Ah, sí?", le dice el hombre. Y ahí Jorgito le manda: "Sí, los turcos son los que mataron a un millón y medio de armenios". Y bueno, ya estaba dicho… Un chico es un chico, y hubo que explicarle al turco, decirle quiénes

éramos. Argentinos y armenios, o argentinos pero armenios… o armenios pero argentinos… bueno ese lío que se nos arma siempre cuando queremos decir qué somos. Se puso tensa la cosa pero lo pudimos manejar. El turco y nosotros. Qué íbamos a hacer. ¡Esa es… ahí está la casa de la Metzma! Es la única casa de Tomarza que tiene de dos plantas, ¿ves? Ahí se ve bien que es la casa más alta de la calle. Me metí en la casa sin pedir permiso, como si fuera mía. Me agaché y llené la cartera de piedras. Después me senté en la fuente, la Metzma me había dicho que en el medio del patio había una fuente… me lavé las manos, la cara, el pelo, y lloré. Lloré bajito, largo. Los que vivían en la casa salieron a mirarme con mala cara. El guía les explicó: "Su mamá vivió acá, son armenios". Para qué… "¿Viniste a buscar el oro?", me gritó uno enojado. Y ahí me di cuenta de que yo sabía hablar turco, Silvia, ¿sabés?, porque entendí. "¿Viniste a buscar el oro?", volvió a gritarme. "Vine a buscar esto", le grité yo y abrí mi cartera mostrando las piedras de mi mamá. El hombre no dijo nada. Nadie dijo nada. Se quedaron mirándome. En silencio. Ellos frente a mí. Los turcos. Y yo frente a ellos… con la cartera abierta llena de piedras. Enseguida apareció una mujer con un vaso de agua. "Acá nació mi mamá", le dije. "Vartení", le dije. La mujer me miraba. "Vartení se llamaba mi mamá." Y ella movió la cabeza como si me entendiera y repitió: "Vartení". Vartení. Después nos fuimos, por esas calles que sabíamos que nunca más íbamos a volver a pisar. Para qué, si ya teníamos lo que habíamos ido a buscar… Nos llevábamos las piedras en la cartera y la tierra de donde nació mi mamá pegada en la ropa, en el cuerpo. Es todo tierra, Silvia, mirá sino… Seco, seco. Cuando estábamos por llegar a la camioneta nos alcanzó un viejito. Lo agarró a Agop de un brazo. Le dijo en turco: "Si alguien de mi familia le hizo mal a alguien de la tuya, te pido perdón", y bajó la cabeza. El tío Agop no entendió, le preguntó al guía y él le tradujo. Pero igual no entendió. Agop no pudo decir nada. Nada, pudo… Subimos a la camioneta y nos fuimos… Estambul, Moscú, Buenos Aires otra vez.

La película termina, Dora se levanta y apaga el televisor. Se queda un rato en silencio, frente al televisor apagado. Pausa. Luego toma una pollera, un costurero, se sienta en el sillón y empieza a coser el dobladillo. Sonido de impresora, Silvia espera al lado de la máquina los papeles. La luz aumenta sobre Silvia. Las dos quedan iluminadas.

SILVIA: Aguantá unos minutos el ruido, mamá, que ya termino.

Mira una hoja, no le gusta, la abolla y vuelve a imprimir.

SILVIA: Me sale mal el margen… Tiene que quedar perfecto. Mirá que yo no soy obsesiva, pero una demanda… Es como conquistar a un hombre en una primera cita. Una única oportunidad. ¿Mi árbol verde será igual al árbol del señor juez? Palabras. ¿Qué otra cosa puedo llevar en esta carpeta? Palabras con las que "será justicia" si ese señor ve mi mismo árbol verde. Palabras de una argentina descendiente de armenios, que vive en este país al que separa de aquel un océano y miles de kilómetros, Silvia Azadian, que quiere demandar nada más ni nada menos que **al Estado turco**. Asusta, ¿o no? El juez va a decir: "¿Leí bien, el Estado turco, esta loca quiere demandar al Estado turco?". Por eso no puedo ser bruta como me gusta a mí. Esas no son las palabras para un señor juez. Pueden ser nuestras palabras, las de la Metzma. Pero yo necesito las otras. Las de la ley. Las que aburren, mamá. Las que me garanticen que mi árbol sea su árbol, ¿entendés? Y cada tanto meterle las nuestras, infectarlo, sin que el señor juez se dé cuenta, para que una palabra en algún lugar se le clave como un aguijón y le duela, para que sienta que lo que pido es justo: demandar al Estado turco, desde un tribunal en la calle Talcahuano. Parece un chiste. Por eso busco tanto cada palabra. Porque les desconfío. "Desierto", por ejemplo, ¿puede significar lo mismo para ese señor que para mi abuela que tuvo que cruzarlo? "Hambre." Yo sólo conozco el hambre de hacer dieta. ¿Qué hambre conocerá el señor juez, mamá? *Shnoragalem, Asdvats, as sarnarane devir indzí*. "Gracias, Dios mío, por darme esta heladera", decía la

Metzma cada vez que abría la General Electric que teníamos en Valentín Alsina. Y yo me reía, porque no entendía. Porque no sabía lo que ella nombraba cuando decía la palabra "hambre". Gracias, Dios mío, por darme esta heladera. ¿El señor juez sabrá lo que es lavarse el pelo con el orín de los camellos? Yo tampoco lo sé. Aunque use al hablar las mismas palabras. Desierto, hambre, mugre, terminan siendo sólo eso, palabras. Un árbol verde. Entonces como no creo en la certeza con la que nombran pongo muchas. Palabras, palabras y más palabras, para nombrar lo que sólo debería necesitar una: genocidio. ¿Podrá aprehender esa palabra el señor juez? ¿Entenderá lo que es no tener una tumba donde llorar a un muerto? Pero si lo entiende, si mis palabras lo conmueven, y el señor juez cree que la ley me asiste, todavía voy a necesitar algo más para conseguir que dé lugar a mi demanda: su coraje. Porque le estoy pidiendo que imparta órdenes de informar no sólo al Estado turco, sino también al alemán, al inglés, al mismo Vaticano. A todos los que fueron testigos. Yo, una simple y desconocida abogada argentina que toma mate y come bombones de a mitades porque cree que así va a engordar menos.

Silvia, finalmente conforme con la impresión, abrocha las hojas en una carpeta. Revisa la carpeta. Mira a su madre, levanta la carpeta en el aire.

Silvia: Estas son las flores que voy a llevarle mañana a Anush, en el día de su cumpleaños…

Dora sigue cosiendo el dobladillo, parece no escucharla.

Silvia sigue con la carpeta en el aire hacia su madre. Espera que su madre diga algo. Se da por vencida. Vuelve sobre sus pasos. Deja la carpeta sobre su escritorio y empieza a ordenar sus cosas, ya que da su trabajo por terminado. Pausa.

DORA: Cuando volví fui a cumplirle a mamá. Pero esperé a que fuera el día de su cumpleaños. Fuimos juntas al cementerio, ¿te acordás? Vos distrajiste a los guardias, les preguntaste por la tumba de no sé quién… ¿o les pediste un tachito para las flores? Ya ni me acuerdo qué cuento les hiciste, Silvia… me volvés loca con tus cuentos. Cuando envolvés a la gente con las palabras me pongo nerviosa, me da miedo que te descubran. Pero no, tenés un don, los engatusás bien. Las palabras son tu don. Por algo sos abogada… A mí me hubiera gustado que fueras otra cosa, vos sabés, profesora de piano, maestra, qué sé yo… Y que te casaras, y que me hicieras abuela. Aunque no te hubieras casado con un armenio, mirá lo que te digo, hasta eso me hubiera aguantado con tal de que me hicieras abuela… Y que trajeras un hombre a esta casa de mujeres. Pero bueno, sos terca como tu abuela… Los guardias se fueron. Cuando ya no podían vernos nos agachamos y entre las dos movimos la lápida. ¿Te acordás? Era tan pesada que no sé cómo pudimos, Silvia. Y tiré las piedras adentro… Todas, el bolso entero.

Dora se lleva las manos al pecho, como si apretara algo bajo su ropa que ¿no? llegamos a ver.

DORA: Entero, no… te mentí…

Dora se acerca a la pared que las separa.

DORA: Tiré en la tumba de tu abuela todas las piedras menos una. Me quedé con esta…

Dora le muestra a Silvia una piedra que cuelga de su cuello engarzada en una cadena. Silvia la mira, no entiende. Pero enseguida rechaza ese contacto y sigue con lo suyo.

DORA: La voy a llevar colgando de mi cuello, hasta el día que me muera. A menos que aparezca el cuerpo que me falta… Si algún día aparece, aunque solo sea huesos, entonces iré a su tumba, correré la lápida y echaré mi piedra de Tomarza adentro.

Dora guarda otra vez la cadena con la piedra dentro de su ropa. Silvia se para y va hacia donde está su madre. Silvia y Dora frente a frente. Pausa.

DORA: Cuando no puedo dormir me gusta ver la película de la promesa que cumplí.
SILVIA: Era linda Anush, mamá.
DORA: Traje piedras y las eché en su tumba…
SILVIA: Al menos es muy linda la cara que recuerdo. No sé si esa era su cara.
DORA: Guardo una…
SILVIA: No te creo que todas sus fotos se hayan perdido en alguna mudanza.
DORA: Quiero una tumba cuando me muera.
SILVIA: Yo era muy chica. Me obligás a que mis recuerdos sean recuerdos de otros.
DORA: Quiero que me entierren en la tierra.
SILVIA: Como un rompecabezas armé a mi hermana con recuerdos prestados, con lo que me contaron los que pueden nombrarla.
DORA: Quiero que los gusanos coman mi carne y que todos sepan adónde están mis huesos.
SILVIA: Quiero que la nombres para mí, mamá… quiero que nombres a Anush…
DORA: Prometeme que voy a tener una tumba.
SILVIA: Anush no es tuya, mamá. No podés apropiarte de un muerto.
DORA: Prometelo.
SILVIA: No la hagas desaparecer vos también…
DORA: ¿Por qué no lo prometés?
SILVIA: Decí Anush, mamá…
DORA: Prometelo.
SILVIA: Soy tu hija.

Silvia empieza a buscar un lugar por donde pasar del otro lado pero no lo encuentra. Mira a su madre impávida frente a ella. Sigue buscando. Finalmente se da por vencida. Se miran.

Penumbra.

Sonido de viento y acordes de duduk inconclusos. El viento y la arena son los reyes del lugar.

3. Palabras + volver + hijas

Sigue el viento intenso pero el duduk se detiene. Se ilumina el sector donde se mueve Silvia. Silvia, contra el viento, trata de avanzar con dificultad hacia su escritorio. Le cuesta, por momentos se detiene y deja que el viento la venza, le peine la cara, le vuele la ropa, y luego sigue. Dora, en penumbras. Finalmente el viento también se detiene.

Silvia: Cuando oigo a alguien contar una historia de desaparición de personas durante la dictadura militar, pienso: "Pero ese está contando la historia de Anush, así entraron en mi casa, así rompieron, así se la llevaron". Entonces esa parte de la historia pasa a ser irrelevante, la repetición la convierte en dato. Y un dato no puede contar a Anush. La desaparición de mi hermana no la cuentan ellos ni sus destrozos. ¿Sabés qué la cuenta, mamá? El olor a *dolmá* que cocinaba la Metzma esa tarde. Esa mezcla de carne y menta que impregnaba la casa. O papá, cerrando las persianas porque venía tormenta. La contás vos, terminando de planchar aquella camisa. Cuando entraron dejaste la plancha sobre la tela, ¿te acordás?, el olor a algodón quemado invadió la casa y le ganó a la menta. Todavía lo siento. Cada vez que como *dolmá*, creo que atrás va venir el olor a tela quemada. Esa es la historia de la desaparición de mi hermana. Ese olor. Y los ojos de Anush. Con los tuyos clavados en ella. Y mis ojos detrás de un sillón, viéndola por última vez. La cuenta tu silencio todos estos años, aunque quieras callarla. Y el grito de la Metzma aquella tarde: "*Turkere egan*", gritaba. Volvieron los turcos.

Pausa. Se emociona, trata de seguir.

Silvia: Veo los ojos de Anush desde abajo hacia arriba, yo estaba escondida detrás de un sillón y miraba por encima del respaldo. No los miraba a ellos, a los que se la llevaban, miraba sus ojos. Los veo ahora, mamá. Aunque no sepa si esos que veo son sus ojos o lo que rescaté de ellos. Anush tenía diecinueve años y yo cuatro. Solamente cuatro, mamá, y nunca me explicaste lo que pasó ese día. Pero yo con cuatro años tenía que entender tu dolor. Papá me lo pedía: "Respetale el dolor a mamá". Yo no tenía idea de qué quería decir *respetar un dolor*. ¿Callarse es respetar un dolor? ¿Llorar a escondidas porque mi mamá no me tocaba?

Otra vez se emociona y tiene que recomponerse y cambiar de tema para seguir.

Silvia: "*Turkere egan*", gritaba la Metzma. Volvieron los turcos. La Metzma creía que los que estaban ahí, en el patio de nuestra casa de Valentín Alsina, eran los mismos que la habían sacado a ella de la suya en Tomarza. Y si la abuela gritaba eso, es que esos que estaban ahí eran los turcos. Yo les tenía mucho miedo, porque la Metzma me había enseñado de qué habían sido capaces. Me lo enseñaba cada noche, cuando me hacía rezar el padrenuestro. Vos no me hacías rezar. ¿Vos rezás, mamá? ¿Alguna vez rezaste? Muchas veces decís: "mi Dios", "Dios me valga", "por Dios". ¿Pero rezás? Te oí blasfemar un día… tal vez ese sea tu único rezo posible, mamá. Yo a veces rezo… como me enseñó la Metzma rezo. Pero lo hago para hablar con ella, con mi abuela, no con Dios. Los turcos estaban en sus oraciones todas las noches. Rezábamos mezclando palabras castellanas y armenias. Padre nuestro que estás en los cielos… *Jai mer borerguines ies*, … santificado sea tu nombre. Y cuando terminábamos el rezo pedíamos "bienestar" para todos los seres queridos. *Aroj chutiun* para todos… Excepto para ellos. "*Aroj chutiun mamain, Aroj chutiun jairiguin, Aroj chutiun porolin*"… Bienestar a mis amigos, al vecino, al panadero, al gato, al perro,

a la araña que pasa por mi ventana… "*Aroj chutiun* para todos **menos** *TURKERUN*." Bienestar a todos menos a los turcos.

Silvia llega a su cama y se sienta. Mira hacia donde está su madre. En la penumbra, Dora, que empieza a vestirse, apenas se deja ver, pero ella le habla igual.

SILVIA: Lo último que recuerdo de Anush son sus ojos grandes y abiertos, esos ojos negros clavados en los tuyos. Mis ojos miraban cómo los de ustedes se miraban. Pero los míos quedaban afuera… Anush te miraba y decía: "Ayudame, mamá". Y vos le gritaste: "*Gue jostanam*", "Te lo prometo". "Te lo prometo, Anush." (*Pausa.*) No te podés perdonar no haber cumplido tu promesa, mamá… ¿Pero cómo ibas a ayudarla? Aunque fueras su madre. ¿Qué podías hacer vos? Si eran ellos… Nadie podía, mamá. Darías cualquier cosa por no haber hecho esa promesa. Yo también daría cualquier cosa. A veces sueño que estoy escondida detrás del sillón… y las miro a ustedes mirándose… justo antes de que lo digas… y quisiera correr, y abrazarlas, y tapar con mi mano tu boca, la boca que va a decirle a Anush: "Te lo prometo". Pero no puedo, no lo hago, no corro, no las abrazo, no tapo tu boca… porque están los turcos, y tengo mucho miedo.

Pausa.

SILVIA: Tengo mucho miedo, mamá…

Dora ya vestida. Dobla su bata y su camisón prolijamente y los guarda. Silvia tiembla en su cama.

DORA: Mamá tenía diecinueve años cuando la echaron de su casa de Tomarza. Diecinueve años, un marido y cuatro hijos. Todo eso tenía a esa edad, y miedo… miedo también… ¿Sabrás vos lo que es el miedo, Silvia? Los turcos los obligaron a dejar su casa. "El sultán está enojado otra vez", pensaba tu Metzma, "ya se la va a pasar". Pero esa vez no se le pasó, ni siquiera mandaba ya el

sultán, sino el partido de los Jóvenes Turcos. La Metzma lo contaba hasta sus últimos días y seguía diciendo: "El sultán se enojó". En Tomarza no se enteraron de algunas cosas hasta que fue demasiado tarde. Cuando tenían a los turcos metidos en sus casas y creían que ya les habían quitado todo lo que podían quitarles. ¿Qué miedo podés tener vos, Silvia? ¿Miedo a qué?

Dora tiende su cama y ordena el cuarto.

DORA: Miedo… Primero se llevaron a los hombres. Les cortaron la cabeza y las clavaron en largos palos que mostraban en la plaza del pueblo. A las mujeres, los chicos y los viejos les daban un día para juntar unas pocas cosas antes de llevarlos. La Metzma tenía miedo, seguro que tenía, pero escondió a tu abuelo en un sótano hasta que se fueron los turcos y entonces lo obligó a ponerse un vestido… un vestido suyo que tuvo que agrandar para que le entrara… lo afeitó y le cubrió la cabeza con un pañuelo. "Vartení, no me hagas esto", le decía mi papá llorando, él no era ninguna mujer para andar vestido así. "*Bed quevor abrim*, Trevor", le decía ella para consolarlo. Hay que vivir, Trevor. Hay que hacer lo que sea para vivir. Y en medio del llanto, metido adentro de ese vestido, tu Metzma le hizo tragar monedas de oro, todas las monedas que pudo, hasta que a papá le dolió la panza de tanto peso. Así salieron a caminar el desierto. Los médanos se mueven, ¿sabés? Bailan. Había dos filas de caravanas. A la Metzma la pusieron en la fila del Deir ez-Zor. Pero la Metzma no quería ir al Deir ez-Zor, ella quería ir al Líbano, y después llegar a Jerusalem cruzando el desierto de Anatolia. Esa era la otra fila, la que no le había tocado en suerte… pero a terca no le iban a ganar… no señor… ni siquiera los turcos le iban a ganar… ¿Sabés por qué quería la otra fila? Porque había escuchado que en una catedral de Jerusalem les tallaban a los armenios la cruz de su dios en la muñeca del brazo izquierdo. Y ella quería tatuarse esa cruz. La cruz que los turcos odiaban. La cruz que tu abuela tenía grabada en su muñeca… Y esa misma cruz que la había condenado a la muerte

en manos de los turcos la terminó salvando. La Metzma consiguió que el soldado que la cuidaba la dejara cambiarse de la fila del Deir ez-Zor a la de Anatolia. A ella y a su familia. Lo engatusó con no sé qué cuento. A ella salís vos, Silvia. Hasta en eso te le parecés…

Dora mira donde está su hija. Silvia sigue temblando. Dora sabe que otra madre iría y la abrazaría, pero ella no puede. Pausa.

Dora: "*Turkere sud josedzan*", los turcos mintieron, se enojaba mamá cuando lo contaba, porque el camino del Deir ez-Zor era el camino de la muerte. Nadie podía llegar vivo a ninguna parte por el Deir ez-Zor, el desierto los mataba, la arena que nunca terminaba se ocupaba de secarles la vida que les quedaba. En cambio por Anatolia sí se podía llegar al Líbano. Era un camino largo, pero se podía. Algunos podían… Algunos atraviesan los desiertos, llegan del otro lado, sobreviven… algunos… Cuando a la Metzma no le quedaban más fuerzas, cuando sentía que el desierto le pedía que se fundiera en su arena y fueran una sola cosa, pensaba en esa cruz que iba a tallarse en el brazo cuando llegara a Jerusalem, y el cuerpo seguía… El cuerpo… "*Marmine vaj chuni turkeren.*" El cuerpo no les tiene miedo a los turcos, decía la Metzma. Somos nosotros los que tenemos miedo. El cuerpo puede ser lastimado, mutilado, degradado, violado. Pero no siente miedo. El miedo está en otro lugar, no en el cuerpo.

Silvia, desde su cama.

Silvia: Anush prometió que si salía del Pozo se iba tatuar la cruz de la Metzma en el brazo izquierdo…

Dora la escucha, se queda y luego se acerca a la pared.

Dora: ¿Qué sabés vos?
Silvia: Me contaron sus amigos…
Dora: ¿Qué amigos?
Silvia: Los que estuvieron con ella en el Pozo…

Dora: Ellos tampoco saben.
Silvia: Les enseñó a bailar el Tamzara.
Dora: Mentira.
Silvia: Y les contó de la Metzma.
Dora: No les creas.
Silvia: Todas las noches les contaba. Saben más anécdotas de la Metzma que yo. Hasta uno me mostró un dibujo que hizo de ella, de nuestra Metzma, y se le parece, mucho se le parece… con lo que le contó Anush lo hizo. Cuando se acostaban en los tabiques Anush les contaba… y él dibujó a mi abuela.
Dora: Mi hija no dormía en tabiques.
Silvia: Ellos le pedían que les contara. Todas las noches. De la Metzma y de cómo salió viva de ese desierto.
Dora: ¿Qué les importaba a ellos el desierto de tu abuela?
Silvia: Anush no pudo cruzar el desierto…
Dora: En Valentín Alsina no hay desierto…
Silvia: … esta demanda es su regalo de cumpleaños. Mañana… Anush cumpliría 48 años. Aunque hable de otro desierto y de otros turcos… *Turkere egan…*
Dora: A mi hija no se la llevaron los turcos.
Silvia: Encontramos su arma escondida en el sótano después de que se la llevaron.
Dora: No era de ella.
Silvia: Tenía diecinueve años y escondía un FAL en el sótano de casa.
Dora: Era del novio… un novio que no era armenio…
Silvia: No.
Dora: Ella siempre tenía algún novio, no como vos…
Silvia: No tengo novio ni FAL. Soy esto, lo que ves… No puedo ser Anush.
Dora: No la nombres.
Silvia: No querés nombrarla a ella porque no hay palabra que te nombre a vos. No hay nombre para una madre que se quedó sin hija. Viuda es quien se quedó sin marido. Huérfano quien se quedó sin padre. No hay palabra para nombrar a una madre sin su hijo. Nadie se atreve a ponerle nombre a una madre con su hijo muerto. Ella tiene nombre, vos no.

Pausa. Dora se mira las manos y llora pero sin aspavientos, apenas lágrimas que le recorren la cara sin que ella haga nada ni por que salgan ni por impedirlo.

SILVIA: No hay palabra para nombrarte, ni tumba donde llevarle flores a mi hermana.

Dora se empieza a acariciar las manos otra vez obsesivamente, recorre cada pliegue, la junta de los dedos, las arrugas.

DORA: Mis manos no conocen la arena. Mamá se pasaba horas haciendo esto. Era el único momento en que se podía sospechar en sus ojos algo de tristeza. Yo le preguntaba: "¿Qué hacés, mamá?". Y ella decía: "Nada". Y seguía frotando una mano con la otra. Yo sé qué hacía. Se sacaba la arena. Como si todavía tuviera metida la arena de Anatolia adentro, no en las uñas, más adentro todavía, bajo la piel. Mamá nunca pudo precisar cuánto tiempo caminaron en ese desierto antes de llegar a Jerusalem. Caminaron los seis un largo tiempo, que ella no podía contar como se cuenta el tiempo. Entonces lo contaba en tumbas. "El día que tengas que cavar con tus manos la tumba de tus hijos, ese día vas a saber lo que es el dolor." Debería haber nacido manca yo… de qué me sirvieron estas manos si no pudieron cavar la tumba de mi hija… Si no hay cuerpo, no hay tumba. Entonces que no haya manos…

Deja de acariciarlas, se aprieta las manos con bronca. Se clava las uñas. Se lastima. Llora. Las manos se reconcilian con ella secándole las lágrimas.

DORA: Mamá sí pudo. Cavó tres tumbas con sus manos en el desierto de Anatolia. Solo se salvó Agop, el menor, mi hermano. Pero Agop era muy chico para ayudarla a cavar. Y a mi padre las lágrimas le habían quitado la fuerza. Vartení cavó, porque no iba a dejar que los cuerpos de sus hijos se pudrieran al sol como les hubiera gustado a los turcos. ¿Dónde se habrá podrido el

cuerpo de mi hija? ¿Qué gusanos la habrán comido? ¿O estará en el lecho del río, oscuro y frío? Mi madre pudo darles cristiana sepultura, aunque sus manos sangraran, aunque la arena de Anatolia se le quedara incrustada en el cuerpo para siempre. En esas manos. Mientras mi padre lloraba, y Agop temblaba, mi madre cavaba tumbas en el desierto.

Silvia se levanta y pone otra vez la música del Tamzara. Se acerca al velo.

Silvia: ¿Bailás conmigo, mamá?

Levanta la cara, la mira, deja de llorar, habla con firmeza.

Dora: En mi casa ya no se baila…
Silvia: Dejame que yo te enseñe el baile que olvidaste…
Dora: No quiero recordar.
Silvia: La Metzma me enseñó a bailar a escondidas tuyas…

Silvia baila.

Silvia: Hay que dar pasos pequeños, solo los hombres pueden dar saltos y pasos largos. Y en esta casa no hay hombres… Para las mujeres pasos pequeños. Sensuales y graciosos, pero sutiles. Casi tímidos. Algo así, ¿ves?
Dora: No quiero ver…
Silvia: Casi como si uno estuviera patinando. Y si es posible luego de cada paso, una pequeña pausa, imperceptible, como si el tiempo se detuviera un instante apenas, ese instante, y fuera la danza quien despertara al tiempo para dar un próximo paso. Así, ¿no, mamá? Para los hombres el movimiento es más brutal, con el ritmo mucho más marcado. Ellos representan la fuerza, son los guerreros. Las mujeres armenias no. Nuestra fuerza es otra, no tiene nada que ver con la guerra nuestra fuerza.

Baila alrededor de su cuarto.

Silvia: Otro error muy común, el secreto de la danza no está en la cadera como en otros bailes. Está en los brazos y en las manos. Los brazos se extienden en el aire, dibujando ondas, como el viento. Jugando con el viento. Las manos y los dedos también hacen su propio movimiento, una caricia. ¿Me sale?… Las manos imitan pájaros. La cabeza y los pies apenas acompañan. Quien guía al grupo lleva un pañuelo que prolonga el movimiento de sus brazos.

Se acerca al escritorio y toma una servilleta de la bandeja, que usa como un pañuelo mostrando lo que acaba de decir.

Silvia: Con los brazos te extendés para darles la mano a otros armenios, para formar una cadena de brazos. La diáspora. "Cuando bailás, tenés que pensar que estás celebrando la vida", me decía la Metzma, "de eso se trata, de celebrar la vida". Eso decía tu mamá, mamá.

Va hacia la pared. Extiende su mano hacia su madre, pero su madre no se mueve. Pausa. Silvia espera, y luego vuelve a bailar por su cuarto.

Silvia: Nunca llegamos a armar el semicírculo. Una vieja y una niña no alcanzan para armar un semicírculo. Me hubiera gustado que la Metzma me enseñara cuando le enseñó a Anush, entonces la casa se llenaba de primas y bailar era una fiesta. Tenés razón, mamá, la nuestra fue siempre una casa de mujeres, aunque entonces estuviese papá. Me tocó aprender en otra época. La abuela me enseñó el baile a escondidas, cuando vos no estabas. Apurándonos para que no nos encontraras en medio de una danza. Cuando bailaba Ansuh era todo distinto, ¿no es cierto? Pero yo era demasiado chica. La abuela les apagaba el televisor y les decía: "Vengan que yo les voy a contar una historia mucho más interesante que esa novela". Y sentaba a sus nietas alrededor de ella y les contaba. De Armenia, del desierto, del viaje en barco hasta la Argentina. Siempre tenía una historia

para contar. Y después ponía un disco negro de vinilo en el tocadiscos, ¿te acordás del Wincofon que teníamos en Valentín Alsina, mamá? ¿Dónde fue a parar ese Wincofon? Y las primas bailaban. Todas las mujeres de la casa bailaban. Hasta vos bailabas la danza de la abuela.

Silvia baila en silencio. Dora la mira. Silvia se acerca a su madre de a poco, cruza por primera vez del otro lado.

Silvia: Yo no tuve esa suerte. Cuando tuve edad para bailar Anush ya no estaba y vos habías prohibido el baile. Pero la Metzma no te hizo caso. Un día que llegaste de la calle y nos encontraste bailando me encerraste en mi pieza y empezaste a los gritos con la abuela. Gritabas como loca: "¿Cómo podés tener ganas de bailar, mamá?". "¿Y quién te dijo que tengo ganas?" "¿Por qué bailás entonces?" "Porque Silvia tiene que aprender." "En esta casa no se baila más." "*Bed quevor abrim*, Dora." "¿Quién dice que hay que vivir?" "Dios, lo dice." "¡De qué Dios me hablás! ¿Del tuyo? ¡Aborrezco a tu Dios que se llevó a mi hija!" "Deberías agradecerle que te haya dado otra, a tu edad, antes de quitarte a Anush." "La única hija que quiero es la que se llevó, no quiero otra." Gritaste muy fuerte mamá, gritaste "no quiero otra hija" y después se sintió el ruido de un cachetazo —el que te dio la Metzma—, un portazo, y ya no escuché más.

Pausa. Se miran, se sostienen la mirada. Silvia se aleja y otra vez se mueve por el cuarto.

Silvia: La danza armenia dibuja un semicírculo. Cuando la danza es mixta el que dirige es un hombre. Pero en nuestra danza no había hombres, entonces dirigía la Metzma. Y éramos sólo dos. Entonces la abuela traía mis muñecas, las sentaba en el piso formando la cadena y jugábamos a que también bailaban y extendían sus brazos. "¿Y si viene mamá?", le pregunté una tarde que quiso bailar después de aquella cachetada. "*Bed quevor abrim*", me dijo. Y bailó.

Silvia sigue bailando. Dora la mira.

DORA: Mi mamá bailó en el desierto para los turcos, ellos la obligaron… bailó para ellos cerca de papá y Agop… No quiero que mi hija haya bailado para ningún turco…

Silvia apaga la música intempestivamente y vuelve a la computadora.

SILVIA: ¿A quién podré enseñarle a bailar el Tamzara si no tengo hijos, mamá? Escuchá (*lee*)*… "Un genocidio implica además del asesinato masivo de las personas, un asesinato de los símbolos y de su transmisión a los descendientes. …Sólo quedará entonces sostener, mediante el recuerdo permanente del horror, el momento del trauma como única identidad posible".* Transmisión a los descendientes… ¿Yo no soy tu descendiente, mamá? Sólo Anush, ¿no?… Pero ella ya no puede bailar porque está muerta. Quisieras que el baile también muriera con ella. Pero yo no voy a dejar que se muera, mamá. (*Pausa.*) ¿Preferirías que yo también me muriera? (*Pausa.*) No traje un hombre a esta casa, es cierto. No tengo hijos… pero quiero enseñar este baile… A veces lloro por esos hijos míos que nunca van a nacer… lloro porque nunca van a aprender a bailar.

Silvia mira hacia donde está su madre. Se acerca a la pared.

SILVIA: Necesito que me mires, mamá…

Dora no la mira.

SILVIA: Y que me toques y que huelas…

Silvia termina gritando.

SILVIA: ¡Sos mi mamá!

Ante el grito Dora la mira.

Silvia: ¿Por qué no podés ser mi mamá?
Dora: Sola te crié, viuda. ¿Te faltó algo todos estos años?
Silvia: ¿No te das cuenta de todo lo que me faltó?
Dora: Hubieras pedido.
Silvia: No podés escuchar.
Dora: Sos injusta.
Silvia: Acariciame, mamá…
Dora: Mi piel está muerta…
Silvia: Acariciame…
Dora: Se me murió una hija…
Silvia: Pero tenés otra que no conoce tus manos…
Dora: No puedo.
Silvia: La Metzma pudo…
Dora: ¡La Metzma, siempre la Metzma…! Yo no soy la Metzma… Ojalá sintiera arena en las manos por haber cavado la tumba de mi hija… yo no cavé una tumba, yo no cargué su cuerpo muerto en mis brazos…
Silvia: Cargame a mí en tus brazos…
Dora: No puedo…
Silvia: Cargame antes de que se vaya esta noche…
Dora: Tendrían que haberte matado… sólo así podría cargar tu cuerpo… muerto.
Silvia: Matame…
Dora: Yo no soy quién, soy tu madre.
Silvia: Ya estoy muerta, mamá.
Dora: Esta noche ya se fue…
Silvia: Esta noche ya se fue…

Pausa.

Silvia: Llega el día…

Ellas dos en silencio, frente a frente. La luz cae hasta que el espacio queda totalmente a oscuras. Pausa. El duduk completa al fin su melodía inconclusa. Penumbra.

Silencio.

4. Epílogo o palabras + volver + hijas + *bed quevor abrim*

Es la mañana siguiente. La luz entra por las ventanas de la casa. Finalmente llegó la luz del día. Desapareció la pared que las separaba y en su lugar hay una mesa con las cosas del desayuno que Dora termina de servir. Aparece Silvia, cambiada con ropa formal de trabajo, con el pelo mojado, recién bañada y cambiada. Trae consigo la carpeta con la demanda. La deja sobre la mesa y se sienta.

Silvia: Buen día…
Dora: Buen día…
Silvia: Me quedé dormida.
Dora: ¿Se te hizo tarde?
Silvia: Sí, pero igual estoy bien…
Dora: ¿Tostadas?
Silvia: No, no voy a comer nada sólido…

Dora le sirve café. Silvia pone azúcar en la taza y revuelve. Dora se sienta frente a ella. Se miran. Silvia bebe su café. Dora el suyo. Se miran.

Dora: ¿No le ponés leche?
Silvia: Nunca le puse leche al café, mamá.
Dora: Sería bueno que empezaras a ponerle, te va a perforar el estómago tanto café negro…
Silvia: Si no me lo perforaron los bombones que me comí anoche…
Dora: ¿Trajiste bombones?
Silvia: Me regalaron. Te quise convidar, pero dormías…
Dora: Alguno habrá quedado por ahí…
Silvia: Tengo mis dudas…

Pausa. Se miran en silencio.

Dora: Te cosí el dobladillo que me pediste.
Silvia: Gracias…

Pausa.

Dora: Parece que es un lindo día…
Silvia: No sé, todavía ni miré para afuera. Frío no hace…
Dora: No hace nada de frío… es casi un día de primavera… y eso que todavía no termina el invierno…

Pausa.

Silvia: ¿Y hoy qué hacés?
Dora: Nada, lo de siempre… lo de todos los días.
Silvia: Un día más…
Dora: Un día más…

Pausa.

Dora: ¿Pudiste terminar tu trabajo?
Silvia: Sí, pude por suerte…
Dora: Llamó tu tío Agop…
Silvia: ¿Qué dijo?
Dora: Nada, te dejó saludos. Un día de estos tendríamos que ir a visitarlo.
Silvia: Sí, tendríamos que ir un día de estos…
Dora: ¿Más café?
Silvia: No, mejor me voy antes de que se me haga tarde en serio…

Silvia agarra su cartera y empieza a salir. Dora la detiene.

Dora: Tu carpeta…

Dora sostiene la carpeta de la demanda de Silvia en el aire. Silvia regresa y la agarra.

Silvia: El día que no me olvide algo…
Dora: Hoy no es ese día…
Silvia: No, hoy es otro día…
Dora: ¿Qué día es hoy?
Silvia: Martes…
Dora: Martes… No me gustan los martes…
Silvia: Pero hoy es un lindo día… dijiste eso, ¿no?…
Dora: ¿Dije eso? Ojalá.

Silvia se va otra vez. Dora la detiene.

Dora: A ver, vení…

La mira.

Dora: Estás muy cerrada en el cuello… no te queda…

Le abre un botón de la camisa. La mira, le acomoda el cuello, las solapas, la mira con cierta distancia otra vez. La acomoda tocando la ropa pero no a ella. No le convence. Silvia espera. Se miran. Finalmente Dora se saca la cadena de donde cuelga la piedra de Tomarza y se la cuelga del cuello a su hija. Silvia se queda sorprendida. Dora actúa como si el gesto no tuviera más significado que el estético.

Dora: Ahora sí… ahora está mejor…

Se miran. Silvia lleva una mano como para acariciar a su madre, Dora la toma en el aire y aprieta fuerte la mano de su hija contra su pecho, pero enseguida la suelta. Ese es todo el contacto que puede hacer con ella. Quisiera abrazarla pero no puede. Silvia espera. Parecería que Dora va a hacer algo más, pero finalmente no.

Dora: Andá, que no se te haga tarde…

Silvia no termina de arrancar. Aprieta la piedra que cuelga de su cuello.

DORA: Andá…

Dora queda sola.

TELÓN

Tres viejas plumas

Personajes

Marcelo Rivera
José Rivera
Don Rivera
El fantasma de la madre
Gerente

1. Bicicletería Rivera

El lugar está lleno de bicicletas y sus repuestos; algunas de ellas están patas para arriba, apoyadas sobre el asiento y el manubrio, como suelen verse en los lugares donde las arreglan. Entra la madre, recorre la bicicletería, se nota que es un lugar que quiere pero en el que siente que falta algo. Mira a un lado y al otro y finalmente decide qué tiene que hacer: se acerca a una de las bicicletas que está dada vuelta y hace girar las ruedas una a una, luego lo hace con otra bicicleta, y con otra, mientras tararea una canción.

La actitud de la madre es alegre y hasta algo traviesa; le da placer hacer girar esas ruedas con las que de algún modo le da vida al lugar. En off se oyen las risas y los pasos de niños pequeños, que caminan tras de ella como si la siguieran. La madre se da vuelta y los mira a su vez como si ellos estuvieran allí. Los llama para que la sigan y sale con ellos.

2. Plaza de pueblo

MARCELO: Me dolía una rodilla aquella noche, hasta rengueaba un poco, me acuerdo; no sabía por qué… no me había golpeado, no me había caído. En una situación como esa uno se imagina que puede doler el pecho, la garganta, los ojos que quieren llorar y uno no los deja… Pero a mí me dolía exactamente la rodilla derecha… Todavía me duele de vez en cuando sin que

ningún traumatólogo le encuentre explicación a la molestia… Atravesaba la plaza del pueblo, llevando apenas una mochila al hombro, rengueando. Me iba… Me fui. Y juré no volver. Pero volver es una palabra… equívoca. ¿Qué es volver? ¿Estar acá es estar "de vuelta"? No se vuelve a un lugar del que se huyó hace tanto tiempo sólo porque uno esté otra vez parado con sus dos pies en ese sitio… acá donde estoy hoy yo, en esta plaza. Por más que uno saque un boleto, se suba a un micro y se deje llevar por una ruta hasta la terminal del pueblo donde nació: eso no es volver. Apenas se puede regresar a un espacio, a unas calles, al ruido del tren rápido que golpea las vías sin disminuir la marcha porque no paró ni parará nunca en mi pueblo… En el que fue mi pueblo… Eso no es volver… (*Pausa*.) Al olor de una noche de verano mientras se atraviesa la plaza rengueando porque duele una rodilla… Aquella noche de aquel verano… Allí sí volví, muchas veces, sin moverme de Buenos Aires… sin viajar… volví cada día… todos estos años… Mi mochila al hombro, José mirándome deformado en mil colores a través del lente de su calidoscopio. Yo sabía que la mirada de mi hermano estaba clavada en mi espalda, pero no podía darme vuelta y mirarlo… Si lo hacía, me arrepentiría… y no había vuelta atrás, no podía quedarme, ya no. Entonces seguí, pensando en mí antes que en nadie… con la rabia de dejar a José abandonado a su suerte junto a nuestro padre… (*Pausa*.) El olor de una noche de verano atravesando la plaza, a eso sí volví… a eso todavía vuelvo… Y seguiré volviendo. Pero estar acá, hoy, ocho años después, en el pueblo donde nací y viví hasta esa noche, estar apenas a unas cuadras de la bicicletería de mi padre sólo porque circunstancias laborales me obligaron a subir a un micro y viajar hasta este lugar… eso no es volver. Eso es apenas "circunstancias".

3. Centro de cómputos de una sucursal bancaria

Marcelo trabaja frente a una computadora. Entra el gerente.

GERENTE: Y, ¿cómo va eso?, ¿tenés para mucho?
MARCELO: Funcionar ya funciona todo, pero para estar seguro de que no va a colapsar otra vez necesito hacer algunas pruebas, y eso me va a tomar un par de horas más.
GERENTE: Entonces mejor que te reserve una habitación en el hotel del pueblo…
MARCELO: Prefiero irme hoy, aunque sea tarde…
GERENTE: Yo también preferiría irme hoy… hace cinco años que vivo acá y no me acostumbro… pero tu último micro para Buenos Aires sale en media hora y por lo que me decís…
MARCELO: ¿Cómo, y el de las 11?
GERENTE: Lo sacaron hace rato… debe hacer como dos años… ¿de dónde sacaste que había uno a las 11?

Pausa. Marcelo se ve preocupado por el cambio de planes.

MARCELO: Creí que me podía ir en el de las 11.
GERENTE: No hay muchas opciones; es en media hora, o mañana…
MARCELO: No, definitivamente no me puedo ir en media hora… si lo dejo así en dos días me hacés volver… y eso sería todavía peor…
GERENTE: El hotel no está tan mal… voy a pedir que te den una habitación con vista a la plaza, que es lo más lindo que tenemos para ofrecer en este pueblo…
MARCELO: Dale…
GERENTE: Si querés cuando terminás llamame que te vengo a buscar y te llevo…
MARCELO: No hace falta, sé dónde queda, y me va a venir bien estirar un poco las piernas…
GERENTE: Como quieras, perderte no te vas a perder, si te pasás de largo te vas a dar cuenta porque unas cuadras más allá se termina todo…
MARCELO: No me voy a perder, quedate tranquilo…
GERENTE: Cualquier cosa llamá. Hasta mañana.
MARCELO: Hasta mañana.

4. Una calle del pueblo cerca de la bicicletería de Don Rivera

La madre pasa cantando una canción (la misma que tararea en la primera escena) y desaparece. Es entre la tarde y la noche. Las luces de neón empiezan a encenderse con ese color violeta que aparece hasta que brillan a pleno.

Marcelo viene caminando.

MARCELO: No podía negarme a venir; dos semanas atrás me habían nombrado supervisor y asignarme el mantenimiento de todas las sucursales de uno de los bancos más importantes del país era, a la manera de las grandes corporaciones, un premio. A mí me había costado abrirme un camino en Buenos Aires, conseguir un buen trabajo, sentirme respetado… Ellos no tenían por qué saber, y yo no podía decirles: "Miren, señores, hace ocho años me fui de ese pueblo, huí de mi padre, abandoné a mi hermano, por lo tanto no puedo ir ahí, no me da la cara, lo siento, gracias, busquen a otro". Me quedaban dos opciones: mentirles o ir. Siempre fui muy malo para la mentira, se me nota, me empieza a latir un ojo… José siempre se daba cuenta antes que nadie. "¡Mirá, mamá, le late el ojo!", gritaba… José… y mamá… Cualquier explicación habría sido incomprensible para mis jefes así que decidí ir… o venir… Me dije que había crecido y que ahora podía. Pero como no terminaba de creerlo del todo, me prometí regresar a Buenos Aires en el mismo día, como si pasar una noche acá pudiera ejercer algún hechizo sobre mí. Pavadas, excusas que uno le pone al miedo… Eso habría sido perfecto, sin riesgo, todo el tiempo ocupado en mi trabajo; encerrado en el centro de cómputos; cruzándome con pocas personas, las mínimas e indispensables; especulando con que no pudieran reconocerme… Venir, hacer mi trabajo y luego otra vez el micro, la ruta, la ciudad… Pero sucedió que de camino al hotel alguien me reconoció (*voz en off que dice: "Hola,*

¿Marcelo? ¡Marcelo Rivera!"). "Marcelo Rivera, sí." Y a la cuadra siguiente otro. (*Otra voz off: ¿Marcelo?*) Marcelo, sí, para qué negarlo. No sabía si alguien más me habría reconocido pero sí que los dos que me saludaron se lo dirían a otros dos y esos dos a otros, y esos a otros hasta el infinito. Así es mi pueblo, uno donde no quedan fábricas importantes, ni turismo, ni canteras… que se sostiene por la red que teje una voz: la de quienes viven allí, la de quienes hilan con palabras su trama de lazos, de amores o rivalidades. Y para esa voz qué más importante que alguien que se fue hace ocho años dejando un padre rengo y un hermano con problemas… alguien que hoy, sin previo aviso, está de regreso… aunque sea por unas pocas horas. Se iban a enterar; mi padre no me importaba, pero José sí. Y yo no me habría perdonado que mi hermano sacara conclusiones equivocadas… que pensara que no me importaba… que supiera que estuve a pocas cuadras de su casa y no fui capaz de ir a verlo… Soy cobarde, pero no tanto… Entonces fui… tomé coraje y fui.

5. Bicicletería Don Rivera

Están las bicicletas de la escena 1, pasa la madre y hace girar las ruedas. Marcelo inmóvil, como en un sueño. La madre, alegre, mira a un lado y al otro.

MADRE: Vamos, vamos, mis amores, rápido que viene papá… a la cueva de las plumas, mis amores… a reír a la cueva de las plumas…

La madre sale, detrás de ella pasos y risas de chicos. Un poco después el golpe del zapato de madera de Don Rivera en el mismo recuerdo.

Al golpe del recuerdo se superpone el golpe del zapato real. Don Rivera avanza de verdad por la bicicletería. Con el sonido del zapato,

Marcelo vuelve del hechizo. Está frente a la bicicletería de su padre. Don Rivera baja la cortina metálica dando por finalizada la jornada. Luego detiene alguna rueda que todavía gira, algo extrañado de que la misma se mueva. Don Rivera se saca el delantal de trabajo y lo cuelga de un gancho, cuenta la plata que tiene en la caja, la dobla, la guarda en el bolsillo, acomoda alguna que otra cosa, y por fin apaga la luz del negocio y se va rengueando sobre su zapato de madera. Marcelo mira, quisiera que no lo afectara pero su padre allí lo afecta. Se queda esperando que lleguen otras señales desde la que fue su casa. Se enciende la luz de otro cuarto, la sombra de su padre en la ventana.

MARCELO: De él huí, aquella noche, de mi padre, el hombre que nos había prohibido reír. Y esa prohibición no era una metáfora sino la orden clara y expresa de que en su casa, la casa de Don Rivera, nadie podría reír nunca más. Mi madre tenía asma, y mi padre decidió prohibir la risa un día después de una de sus crisis respiratorias. El médico le nombró a mi padre una lista de situaciones que podían agravar la tos de un asmático, y de esa lista, mi padre sólo eligió la risa, y la prohibió. Yo tenía 6 años y José 14… Nunca más nos habríamos reído si mi madre no hubiera encontrado la forma de burlar su prohibición.

Marcelo mira otra vez la ventana iluminada, duda, tal vez sea mejor irse.

MARCELO: Cómo mirarlo otra vez a la cara, cómo estar cerca de él sin decirle lo que todavía tengo atravesado en alguna parte de mi cuerpo… Tal vez en una rodilla…

Empieza a irse, pero en ese momento se abre la puerta y sale José llevando la bolsa con la basura. Marcelo lo mira y se conmueve. José acomoda la bolsa, se toma su tiempo, Marcelo todavía no se decide a acercarse. José está por entrar otra vez y cerrar la puerta. Marcelo antes de que lo haga avanza hacia él. José se detiene.

Marcelo: Hola, José…

José se queda paralizado; no puede creer que su hermano esté ahí.

Marcelo: Hola, hermano…

José intenta decir algo pero apenas balbucea.

José: No… no…

Le toca la cara como si no pudiera creer que su hermano esté allí.

José: Sueño… estoy soñando…
Marcelo: No, no estás soñando, José.
José: ¿Volviste?
Marcelo: No… vine a verte… un rato…
José: ¿Vas a entrar?
Marcelo: No sé…
José: Está papá…
Marcelo: Sí, ya sé… lo vi cuando cerraba el negocio…

Pausa.

José: ¿Vas a entrar?
Marcelo: ¿Vos querés que entre?
José: Sí…
Marcelo: Entonces entro…
José: No tenés que tener miedo.
Marcelo: No, ya sé, ya no…
José: Vení… vení conmigo…
Marcelo: Un rato… nada más…
José: No sueño, ¿no?
Marcelo: Creo que no…

Entran juntos a la casa.

6. Cuarto de las plumas

La madre entra al cuarto de las plumas. Es una especie de altillo o desván, con poco espacio, de techo bajo, lleno de cosas arrumbadas por ahí. La siguen sus dos hijos (podría ser que no veamos a los chicos sino que los adivinemos a partir de los movimientos de ella y de sus risas y otros sonidos).

MADRE: Vamos, chicos, vamos… rápido que tengo que cerrar la puerta.

La madre les hace lugar para que pasen y luego cierra la puerta. Toma tres almohadones y los coloca en ronda.

MADRE: Marcelo, dejale a José ese lugar que es más alto que vos y se va a golpear la cabeza… Así está muy bien… así, con cuidado… Vos acá chiquito, a mi izquierda… Bueno, ¿listos?

Se sienta ella en el almohadón que queda libre. Y los mira con expectación, sabe que sus hijos aguardan este momento, que es un momento casi de fiesta.

MADRE (*canta*): Si yo tengo muchas ganas de aplaudir… (*Da tres palmadas*.) Si yo tengo muchas ganas de aplaudir… (*Da otras tres palmadas*.) Si yo quiero aplaudir… y no hay oposición… no me quedo con las ganas de aplaudir… (*Aplaude*.) Si yo tengo muchas ganas de patear. (*Patea con los pies en el piso*.) Si yo tengo muchas ganas de patear… (*Patea otra vez en el piso*.) Si yo quiero patear… y no hay oposición… no me quedo con las ganas de patear. (*Patea en el piso con más ganas*.) Si yo tengo muchas ganas de maullar… miau… miau… Si yo tengo muchas ganas de maullar… Miauu… miauu. Si yo quiero maullar, y no hay oposición… no me quedo con las ganas de maullar… Miauuuuuu miauuuuuu. Si yo tengo muchas ganas…

Se detiene porque avanza por el pasillo el zapato de madera de Don Rivera. Sin alterarse ni demostrar miedo, sino tan sólo cuidado, les hace a sus niños el gesto de silencio. El ruido de la pisada del zapato de madera se acerca cada vez más. Ella sigue imperturbable, conteniendo el silencio de los chicos, calma. Luego la pisada se aleja y desaparece detrás del sonido de una puerta que se cierra. Ella vuelve a la actitud de juego.

MADRE: Dónde estábamos… ¿en el pataleo o en el maullido?… Habíamos terminado con el maullido, ¿cierto? Entonces… (*Canta otra vez*.) Si yo tengo muchas ganas de llorar… bua… bua… Si yo tengo muchas ganas de llorar… bua… bua… Si yo quiero llorar y no hay oposición, no me quedo con las ganas de llorar… buaaaaa… Buaaaaaaa… Si yo tengo muchas ganas de acariciar… (*Se estira hacia un hijo y lo acaricia, ella es acariciada a su vez también*.) Si yo tengo muchas ganas de acariciar… (*Va hacia el otro hijo y hace lo mismo*.) Si yo quiero acariciar y no hay oposición, no me quedo con las ganas de acariciar… (*Acaricia a los dos a la vez y se deja acariciar por ellos*.)

Pausa de suspenso, ella prepara lo que viene, sabe que sus hijos lo están esperando, se saca los zapatos con parsimonia.

MADRE: Si yo tengo… Si yo tengo… (*Saca de su bolsillo tres plumas y se las muestra, moviéndolas en el aire frente a ellos*.) ¡Risa de plumas! (*Canta otra vez*.) Si yo tengo muchas ganas de reír… (*Se ríe mientras se acerca a hacerle cosquillas en un pie a uno de sus hijos con la pluma, luego se la deja para que él haga lo mismo*.) Si yo tengo muchas ganas de reír… (*Hace lo mismo con el otro hijo, se ríen*.) Si yo quiero reír… **aunque** haya oposición… no me quedo con las ganas de reír… (*Se ríe cada vez, mientras les hace cosquillas a sus hijos, todos felices y disfrutando de la situación*.) ¡Aunque haya oposición, no me quedo con las ganas de reír!

7. Cuarto de José

Hay una cama cucheta (una arriba y otra abajo). A esta altura de la vida de ambos hermanos, aún el cuarto parece el de un adolescente. José está agachado buscando algo debajo de la cama. Marcelo lo espera. Recorre con la mirada el lugar. Toca la cama de arriba, que fue su cama. José vuelve de debajo de la cama con una caja a la que se le nota el paso del tiempo: los cantos están arreglados con cinta de embalar. José la trae como si fuera un tesoro. Se la muestra.

José: ¿Te acordás?
Marcelo: Sí, claro…
José: La caja es la misma, pero tengo muchas cosas nuevas adentro… Pasó mucho tiempo…
Marcelo: Ocho años.
José: ¿Tanto? El alfajor que me regalaste el último día lo tuve que tirar, se llenó de gusanos…
Marcelo: ¿Por qué no te lo comiste?
José: Lo guardaba para una ocasión especial, como hacen con los vinos…
Marcelo: Los gusanos son expertos en arruinar ocasiones especiales…
José: ¿Sí…?

José abre la caja sentado en el piso y le hace un gesto a Marcelo para que se siente junto a él. Marcelo lo hace. Lo primero que José saca de adentro es un ramo de novia.

Marcelo: ¿Y esto?
José: El ramo de Paula Goyena.
Marcelo: ¿Se casó con Pedro?
José: No, Pedro la dejó… ella lloró, lloró, lloró, y en menos de un año se casó con Roberto Pernía.
Marcelo: ¡¿El farmacéutico…?!
José: Sí…

Marcelo: No te puedo creer… si es como veinte años más grande que Paula…

José: Pero ella iba a tomarse la presión, porque le bajaba de tanto llorar y se terminaba desmayando… Y la presión una vez, la presión dos veces, la presión tres veces… parece que Roberto Pernía se la subió…

Marcelo: Parece que sí…

José: Te sigue gustando Paula Pernía…

Marcelo: Paula Goyena…

José: Ahora es Paula Pernía…

Marcelo: Tenés razón…

José: ¿Te sigue gustando?

Marcelo: ¿De dónde sacaste que alguna vez me gustó…?

José: De tu cara, cuando la mirabas… ¿Y?

Marcelo: No, ya no… ¿Y qué hacés vos con el ramo?

José: Ah, eso fue todo un problema… ¿viste esa parte en los casamientos en que dicen "las mujeres solteras que se paren detrás de la novia que va a tirar el ramo…"?

Marcelo: Sí…

José: Bueno, yo también quería el ramo… ¿por qué el ramo sólo puede ser para las "mujeres"?… Yo también soy soltero… yo también me quiero casar… y me acordaba de lo que me dijiste la tarde antes de irte…

Marcelo: ¿Qué te dije?

José: Que nunca nadie te saque algo que es tuyo… eso me dijiste…

Marcelo: ¿En serio? Mirá…

José: Sí… en serio… Bah, yo me lo tomé muy en serio pero parece que vos no, si ni siquiera te acordás…

Marcelo: No, no es eso… Pero es que ese día quedó fijado en mi memoria como algo confuso… se me mezclan algunos detalles… se me pierden otros… y todo lo que pasó se invade de cosas que soñé o que pensé otras veces… Tengo en la cabeza no sólo ese día sino el recuerdo infinito de ese día una y mil veces en estos ocho años… Ya no sé qué es realidad y qué es ficción. Te estoy hablando raro, ¿no?

JOSÉ: Sí, pero no te preocupes porque a mí me encanta oírte hablar raro… Desde que vos te fuiste nadie me habla raro a mí… nunca…

MARCELO: Me acuerdo de los olores, ¿sabés?… de los olores de aquella tarde… el olor de la plaza… el olor del micro… y el olor de Buenos Aires por fin… Me acuerdo de los colores también: un cielo rojo que se fue apagando hasta volverse negro… Del peso de la mochila en el hombro y de un dolor en la rodilla… Pero no me puedo acordar de sonidos ni de voces… no sé nada de lo que dije, ni sé si alguien me dijo alguna cosa… Es como si una magia extraña hubiera silenciado ese recuerdo…

JOSÉ: Yo sí me acuerdo qué nos dijimos… Eso, me dijiste… que nunca nadie te saque lo que es tuyo… y no mucho más… Cuando fue lo del ramo yo pensé: "Esto será lo que me quiso decir Marcelo aquella vez".

MARCELO: Aquella vez lo habré dicho por la risa…

JOSÉ: Pero no nos sacaron la risa…

MARCELO: Si por él fuera, sí…

JOSÉ: No, yo no tenía miedo de que me sacaran la risa… yo tenía miedo de que me sacaran el ramo de novia…

Pausa.

MARCELO: ¿Y cómo conseguiste quedártelo?

JOSÉ: En vez de apretarme con todas, como hacen las mujeres, me quedé por atrás y salté más alto. No hice trampa, un codo para cada lado, abiertos… como para separar el terreno, nada más… Yo siempre fui bueno para saltar…

MARCELO: Un elástico eras…

JOSÉ: Soy un elástico todavía. Competí y gané, hermano… en buena ley… Mirá, ¿es lindo, no? Era más lindo antes, pero el tiempo lo puso viejo, se le fue el color y se arrugó un poco… era tan lindo… Igual, suerte no me trajo porque no me casé… pero por lo menos salté más alto… Estuve bien, ¿no?

MARCELO: Muy bien…

JOSÉ: Pero no me casé…

MARCELO: Eso no importa…
JOSÉ: Y vos… ¿te casaste?
MARCELO: No, yo tampoco me casé. Si me hubiera casado te habría invitado a la fiesta…
JOSÉ: Te podrías haber casado sin fiesta…
MARCELO: Igual te habría invitado. ¿Qué más tenés ahí?

José guarda el ramo y busca. Le muestra el calidoscopio. Marcelo se lo lleva a la cara y mira. Se lo ofrece a José para que mire pero él rehúsa mirar y se pone a buscar otra vez en la caja, de donde saca un sobre lleno de recortes del diario.

JOSÉ: Abrilo, mirá lo que hay adentro.

Marcelo los saca y se encuentra con recortes de distintos momentos en los que Independiente ganó un partido importante o un campeonato.

JOSÉ: Son todos los partidos que ganó Independiente desde que te fuiste.
MARCELO: ¿Te hiciste de Independiente?
JOSÉ: Gallina a muerte soy, ¿qué te pensás? Pero escuché todos los partidos de tu equipo… y guardé las noticias que aparecieron en el diario… Porque si ganaba Independiente yo sabía que vos estabas contento… Esos son los días en los que mejor me sale acordarme de tu cara… Escucho los partidos y cuando viene un gol me imagino tu boca gigante gritando: "Gooolll"… y yo grito también… Aunque sigo siendo de River… Ojo que yo no festejo el gol de Independiente… festejo tu boca gritando… El problema es cuando juega River-Independiente… ahí te fallo…

Marcelo no puede ocultar cómo se siente. José lo mira y se da cuenta que está conmovido.

JOSÉ: No te gustó lo de River-Independiente…
MARCELO: Sí, no… no es eso…
JOSÉ: No te gustó, mirá cómo estás…

MARCELO: Te juro que sí… creeme…
JOSÉ: Sí, te creo… yo siempre te creo…
MARCELO: Yo en cambio nunca supe si vos estabas bien o mal…
JOSÉ: Vos no te tenés que preocupar por eso porque yo siempre estoy bien…
MARCELO: No se puede estar bien cerca de él…
JOSÉ: Yo sí puedo…
MARCELO: No sé cómo hacés…
JOSÉ: Yo no hago nada… Papá es papá… No espero que sea distinto, tomo lo que hay… lo ayudo en la bicicletería, conozco a todos, todos me conocen… hago la comida… ¿sabés que me encanta hacer la comida?
MARCELO: ¿SÍ?
JOSÉ: Sí… hago muchas de las recetas que preparaba mamá… encontré un cuaderno donde ella las anotaba… Me salen casi igual… ¿te vas a quedar a comer, no?
MARCELO: No sé…
JOSÉ: Dale, hice escalopes…
MARCELO: Es que mañana…
JOSÉ: Mañana es mañana, yo te digo hoy… ¿te podés quedar a comer hoy?
MARCELO: Pero ustedes ni me esperaban…
JOSÉ: Yo siempre te espero…
MARCELO: Pero a lo mejor papá…
JOSÉ: Sos invitado mío. La comida alcanza… ¿Te quedás?
MARCELO: Está bien, me quedo a comer…

Marcelo le pasa el sobre con los recortes y finalmente el calidoscopio que le había quedado en el regazo.

MARCELO: Nunca más había mirado a través de un calidoscopio…
JOSÉ: Yo tampoco…
MARCELO: ¿Por qué? Si a vos te encanta…
JOSÉ: Porque mire lo que mire te sigo viendo a vos… el día que te fuiste… veo tu espalda repartida en pedazos de colores… y yo

prefiero acodarme de tu cara gritando "gol"… La boca toda entera… gritando…

Marcelo amaga acercarse a abrazarlo pero se arrepiente y detiene su impulso. José vuelve a guardar la caja debajo de la cama.

MARCELO: ¿Y las plumas? ¿Las tenés?
JOSÉ: Sí, en la cocina, cerca de mamá.

8. Cocina-comedor de la casa paterna

Hay una mesa rectangular de madera maciza con cuatro sillas a su alrededor. Una olla humea sobre la cocina. Apoyado sobre un bargueño, un portarretratos importante que tiene la foto de la madre muerta. La mesa está puesta para tres comensales. La cabecera está reservada para alguien que no está. Marcelo está sentado en un lateral y José junto a la cocina, sirviendo algo. Marcelo y José están inmóviles, detenidos en el tiempo. Se escucha una mujer (la madre) que tatarea, alegre. La madre pasa y deja detrás de la fotografía las tres plumas que tenían en la escena 6. Una vez que la mujer se va, como si antes hubieran estado hechizados o detenidos en el tiempo, José y Marcelo se ponen en movimiento continuando con lo que cada uno hacía.

José trae una fuente con comida a la mesa, pero no sirve todavía y la tapa con un repasador para que no se enfríe. Es evidente que espera que venga alguien. Esa espera genera una pausa incómoda entre los dos.

MARCELO: ¿Por qué mejor no le decís a papá que estoy? Para que no lo tome por sorpresa cuando entre…
JOSÉ: Ya le dije…
MARCELO: ¿Cuándo?
JOSÉ: Recién, cuando fui al baño…

Pausa.

MARCELO: ¿Y qué te dijo?
JOSÉ: "Ah"…
MARCELO: ¿Cómo?
JOSÉ: "Ah"… me dijo "ah"… yo le dije: "Papá, está Marcelo"… y él me dijo: "Ah".
MARCELO: "Ah", nada más… Por lo menos no se enojó…
JOSÉ: No… fue un "ah" como los de él… un "ah", eso… Me dijo que terminaba de acomodar unos papeles y venía…

Pausa otra vez.

JOSÉ: ¿Cómo es la casa donde vivís?
MARCELO: Es un departamento, chico… pero tiene un lindo balcón, casi una terraza, y justo enfrente hay un parque así que aunque estoy rodeado de edificios veo bastante verde…
JOSÉ: Es un piso muy alto…
MARCELO: Piso once…
JOSÉ: Qué raro se debe ver todo desde tan alto… yo nunca subí a nada tan alto.
MARCELO: Me tenés que venir a visitar un día…
JOSÉ: Ah… me encantaría… Pero no puedo dejar solo a papá…
MARCELO: ¿Por qué?
JOSÉ: Porque está grande… y porque le gusta que esté con él… la gente grande se pone mañosa… no le gusta que le cambien la rutina… No lo digo por vos, eh… lo digo por eso de ir a visitarte…

Pausa. Los dos saben que esperan que venga el padre, que hacen tiempo por eso, y que el encuentro no será fácil.

MARCELO: ¿Nunca te enojaste conmigo?
JOSÉ: Sí, el día que me rompiste el avión de madera balsa…
MARCELO: No, no te digo antes… te digo ahora… después de que me fui… cuando no estaba… ¿no te enojaste?

José: No, ¿por qué me iba a enojar?
Marcelo: Porque te dejé solo…
José: No, si yo no estoy solo… estoy con papá… A mí lo que me daba pena era pensar que vos estabas solo en una ciudad tan grande… Tan grande la ciudad y vos tan chico… pero fue tu decisión…

José desarma el portarretratos y saca las tres plumas. Se las muestra a Marcelo. Marcelo se emociona.

José: Las escondo ahí, junto a ella.

Marcelo juega con las plumas, las acaricia, se las pasa por las manos. Marcelo le da las plumas a José, él las pone otra vez detrás del portarretratos pero no llega a guardarlas porque en ese momento se oye avanzar por el pasillo el zapato de madera de Don Rivera. José se asusta, acomoda todo como puede y vuelve a la mesa. Marcelo se pone algo tenso, sabe que la situación no va a ser fácil. Don Rivera entra y, aunque se estuvo preparando para que el encuentro no se le note en la cara, se queda impactado al ver a Marcelo, pero enseguida se recompone; no demostrará jamás que la llegada de su hijo le produce inquietud. Don Rivera avanza hacia la mesa marcando el paso con su taco de madera, haciendo de cuenta que esa noche fuera como cualquier otra noche. Se sienta a la mesa.

Don Rivera: ¿Qué hay para comer?
José: Papá, está Marcelo…
Don Rivera: Lo vi, sí… todavía veo bien…
Marcelo: Hola, papá…
Don Rivera: Hola… ¿qué hay para comer entonces?
José: Escalopes… servite, papá, que se enfría, te estábamos esperando…

Don Rivera se estira y agarra la fuente de donde se sirve. Una vez que termina, en lugar de pasársela a Marcelo la deja otra vez en el mismo lugar. José se apura a agarrarla y servirle a Marcelo.

José: ¿Sabés que Marcelo vino a trabajar al banco?
Don Rivera: ¿Y qué sabés vos de bancos?
Marcelo: Sé de computadoras… Vine a hacer un mantenimiento del centro de cómputos… mañana me voy…
Don Rivera: Sí, claro… mañana te vas…
José: Pero hoy vino a vernos… ¿viste, papá? Yo siempre dije…
Don Rivera: Uh, sí… vos siempre dijiste tantas cosas… si uno tuviera que hacerte caso a todas las cosas que decís vos…
José: Pero esta vez acerté… Y estoy muy contento…

José extiende una mano hacia su hermano, Marcelo recibe esa mano y la estrecha. Don Rivera ve el movimiento pero enseguida lo desestima, clava la mirada en el plato y sigue comiendo.

Don Rivera: Estuvimos bien estos años acá…
Marcelo: Sí, me contó José…
Don Rivera: Tranquilos… bien… tranquilos…

Pausa. Los tres comen.

Don Rivera: ¿Y vos?
Marcelo: Yo bien, también… conseguí un buen trabajo…
Don Rivera: Y te acomodaste en esa ciudad…
Marcelo: Sí, la verdad es que me gusta vivir en Buenos Aires…
Don Rivera: Vos siempre tuviste el tipo de los que se van para Buenos Aires y se acomodan allá…

Marcelo trata de pasar por alto la insinuación. Su padre insiste.

Don Rivera: Siempre se te notó… de chiquito… sos del tipo de los que se van a Buenos Aires…

Marcelo reacciona finalmente, aunque contenido.

Marcelo: ¿Y qué "tipo" es ese?
Don Rivera: Inconformes… gente a la que nada le viene bien… medio resentidos…

José se incomoda por la tensión que va ganando la conversación. Los otros dos entran en un duelo.

Marcelo: ¿Eso pensás de los que se van a Buenos Aires?
Don Rivera: Sí, eso pienso. ¿Querés ejemplos? El hijo de Gutiérrez, la chica de Barbetto, los mellizos Insúa… todos resentidos… y fracasados…
José: Yo no pienso eso…
Don Rivera: ¿Vos, José? ¿En serio? ¿Y desde cuándo te ponés a pensar en esas cosas, vos? Vos hay cosas que aunque quieras no las vas a poner entender nunca… eso ya te lo explicaron en la escuela…
José: Sí, cuando estaba en sexto…
Don Rivera: Exactamente, cuando estabas en sexto, nunca te olvides… eso te va a hacer ahorrar tiempo e ilusiones vanas…
Marcelo: ¿También está prohibido ilusionarse en esta casa?
Don Rivera: ¿Qué decís?
José: Nada, nada… no dice nada… ¿te sirvo más escalopes, Marcelo?

Marcelo se violenta cada vez más pero no dice nada más para no empeorar la situación. José intenta llevar la situación a otro lugar menos conflictivo. Los tres comen en silencio otra vez.

Don Rivera: ¿Y dónde pensás dormir?
Marcelo: En el hotel Palace, el banco me reservó una habitación ahí…
Don Rivera: Mejor así…
José: Igual acá tu cama sigue tendida… si querés…
Don Rivera: Mirá lo que decís, José…esa cama no sirve para dormir por más sábanas que le hayas puesto… Está vieja… oxidada… Sería un peligro, nunca durmió nadie encima desde que se fue Marcelo… Era la cama de un chico, con el peso que tiene hoy se viene abajo seguro… Mirá lo que decís… Un día de estos que tenga tiempo la desarmo, haceme acordar… así tenés un poco más de lugar en ese cuarto…
José: No, yo no quiero más lugar…

Don Rivera: Y yo no quiero que esa cama se te caiga arriba de la cabeza una noche de estas…

José se asusta.

José: ¿En serio se me puede caer encima?
Don Rivera: Sí.
Marcelo: No, no se le puede caer encima, papá…
Don Rivera: Y vos qué sabés… ¿revisaste la cama?
Marcelo: La miré recién, cuando estuvimos en el cuarto… y no parece que tuviera nada raro…
Don Rivera: ¿Además de conocer de computadoras conocés de muebles, ahora?
Marcelo: Te conozco a vos, papá…
Don Rivera: ¿Qué me querés decir?
José: No, Marcelo…
Don Rivera: ¿Te pregunté qué me querés decir?
José: Por favor, no…
Marcelo: Nada, papá…
Don Rivera: No, nada no… si tenés algo para decirme, decímelo…
Marcelo: No tengo nada para decirte…
Don Rivera: En la cara decímelo… o te vas a levantar y te vas a tomar el micro calladito, sin hacer ruido… como la última vez…

Pausa. José está asustado.

Don Rivera: Estoy esperando, Marcelo…

Marcelo le mantiene la mirada, luego mira a José que ya casi no puede hacer contacto con él.

Marcelo: Mirá, papá, no hagamos las cosas más difíciles… Yo me voy a levantar en un rato, me voy a despedir como no lo pude hacer ocho años atrás… y mañana me voy a tomar un micro para Buenos Aires otra vez…
Don Rivera: Entonces viniste por nada…
José: Vino a arreglar las computadoras del banco, papá…

Don Rivera: ¡Con vos no estoy hablando, carajo!

Pausa. José se empieza a encerrar en sí mismo como si fuera un autista.

Don Rivera: Viniste por nada, es lo que yo decía…

Don Rivera terminó de comer. Abolla la servilleta y la tira sobre la mesa. Se dispone a irse.

Don Rivera: ¿Algo más antes de que me levante de la mesa?
Marcelo: Sí, papá… que este tiempo que no estuve parece que no hubiera pasado para vos… que sé exactamente qué vas a decir, con qué cara nos vas a mirar… qué gesto de desprecio vas a hacer… No pudiste cambiar nada…
Don Rivera: ¿Y quién te dijo que yo quería cambiar algo?
Marcelo: Se te fue un hijo, papá… Huí de vos, me fui lo más lejos que pude para no tener que verte más la cara…
Don Rivera: Ese era tu problema, no el mío… a mí mi cara no me molesta…
Marcelo: Sos brutal, papá… y arbitrario… y… y…
Don Rivera: Sacá, sacá toda la mierda que traés adentro… dale, acá estoy… yo no me voy… yo no me escapo como una rata asustada…
Marcelo: Sí, una rata asustada, eso era yo… en eso me convertiste… ¿Sabés lo que significaba para nosotros oír tu zapato de madera marcando el paso? Que se nos paralizara el corazón, papá… no poder respirar… sentir que detrás de ese golpe venía algo mucho peor… vos, papá…

Marcelo marca golpeando con su mano sobre la mesa el ritmo del paso de su padre. José se tapa los oídos. Mucha tensión en las miradas.

Marcelo no se detiene con la vista clavada en su padre, desafiante. Finalmente el padre le agarra la mano y lo detiene. Parece que le fuera a pegar.

Don Rivera: ¿A qué viniste, Marcelo? ¿A echarme en cara que tengo una pierna coja? ¡¿A qué viniste, carajo?!
Marcelo: Vine a ver a mi hermano… y mi hermano vive en tu casa…
Don Rivera: Entonces si viniste a eso… ya lo viste… ya podés irte…
Marcelo: Está bien, tenés razón…

Marcelo se para con bronca. José lo sigue con la mirada sin atreverse a hacer nada. Marcelo va hacia el portarretratos y toma las tres plumas.

Marcelo: ¿Pero sabés una cosa, papá? Tengo una mala noticia, tu zapato no surtió efecto… Porque a pesar de vos, a pesar de tu amargura y de tus amenazas, estas tres plumas valieron para nosotros mucho más que ese zapato de madera sobre el que caminás… estas tres plumas, así como las ves, viejas y sucias… nos salvaron la vida… a José y a mí…
Don Rivera: ¿Tres plumas de mierda les salvaron la vida? No me hagas reír…
Marcelo: No, no te hago reír, porque la risa no es para vos… Vos la prohibiste… vos te la perdiste, papá… Pero nosotros no… Nosotros nos escondíamos, todas las tardes, en el altillo… y con estas plumas mamá nos enseñó a reírnos a pesar tuyo…
Don Rivera (*a José*): ¿Eso es cierto…?

José no se atreve a contestar.

Marcelo: Nos reímos nosotros… y se rio ella… y no se murió allí, papá… la risa no la mató como nos quisiste hacer creer…
Don Rivera: ¿De mí se reían?
Marcelo: No, vos no eras parte de esa ceremonia… Nos reíamos porque queríamos, porque nos gustaba, porque nos hacía bien… Si no fuera porque a veces escuchábamos tu paso golpeando el piso, nunca nos hubiéramos acordado de vos mientras estábamos ahí, papá… ¿no lo podés entender?
Don Rivera: Fueron unos irresponsables, entonces… ustedes y su madre… jugaron con su salud… Su madre estaba enferma… no

le hacía bien toser…

Marcelo: Mamá se murió en la cama con vos, papá… después de tener sexo con vos…

Lo agarra del cuello como si fuera a comérselo crudo.

Don Rivera: No le faltes el respeto a la memoria de tu madre…

Marcelo: Se la faltás vos, que seguís negando lo que pasó y engañando y amenazando…

Don Rivera: Vos eras muy chico… no sabés qué pasó…

Marcelo: Sí, sé, porque esa noche la oí toser… toser más que nunca… y la oí respirar con ese silbido seco que después terminaba en una de sus crisis…

Don Rivera: Callate…

Marcelo: … y me levanté y fui por el pasillo… hasta tu cuarto… y mientras ella respiraba sin aire… Vos te movías arriba de ella, papá, y te movías…

Don Rivera: Callate, te digo…

Marcelo: Y yo te decía desde el pasillo: "Pará, papá"… lo decía muy bajo y no me escuchabas… Tendría que haber entrado y sacarte de encima de ella a las piñas… Ella tosía y no te importaba…

Don Rivera: No la oí…

Marcelo: No te importó…

Don Rivera: Te digo que no la oí, carajo…

Don Rivera tira del mantel, los platos saltan y se rompen.

Pausa. Quedan todos impactados. José se pone muy mal, se encierra más en él, se tapa la cabeza, se hace un bollo. Don Rivera ahora parece más cerca del llanto que del enojo.

Don Rivera: Cómo no me iba a importar… cómo no me iba a importar… si era lo único que me importaba en la vida… Tu madre era…

Marcelo: ¿Por qué nunca lo dijiste entonces?

DON RIVERA: ¿Y qué tenía que decirte yo a vos? Que quería a tu madre, que tu madre era lo más importante que tenía en el mundo, que el día que se murió me morí con ella…

Marcelo se impresiona de oírle decir esas cosas a su padre. Don Rivera se deja llevar por el recuerdo, pero enseguida reacciona.

DON RIVERA: Andate de acá… andate… ¡Te digo que te vayas de mi casa, Marcelo!

Marcelo, quien esa noche ya no puede decir ni hacer más nada, se para y se va. José sigue encerrado en su mundo, tratando de evitar un pánico mayor. Don Rivera queda sentado a la mesa devastado.

DON RIVERA: Cómo no me iba a importar…

9. Los restos de la noche de cada uno

José en su habitación, acostado abrazando la caja, sollozando. La madre se acerca a la cabecera de la cama, se sienta y le acaricia la frente.

Don Rivera en la bicicletería arreglando una bicicleta. El negocio está cerrado en medio de la noche pero su actitud es compenetrada, un claro intento de pensar en otra cosa, dar por terminado y olvidar el encuentro con su hijo. Marcelo sentado en la sucursal del banco, vacío a esa hora, oscuro, apenas iluminado por la pantalla de su computadora, terminando su trabajo en medio de la noche.

MARCELO: Hay historias que apenas pueden modificarse lo que modifica el mundo una pluma agitada en el viento… La nuestra es una de esas historias… No es fácil aceptarlo… Yo siempre supe que José no podía cambiar demasiado… desde chico me enseñaron que así era… por un accidente… porque se quedó sin oxígeno al nacer… y que así sería siempre… A mi padre le faltó

alguna otra cosa, no oxígeno, nadie me enseñó qué… y yo no supe solo… algo… Pero eso sí que me costó entenderlo… y aceptarlo… darme cuenta de que él tampoco podía… Y que yo debía seguir adelante sin dejar que mi padre se convirtiera en la excusa perfecta para convalidar los fracasos que, a esta altura de la vida, son sólo míos. A eso vine… esa era la tarea, el verdadero aprendizaje: aceptar que, para algunas cosas, no hay cambio posible… Sólo aceptar… Y eso, en el fondo, fue un alivio…

Amanece. Entra el gerente.

GERENTE: ¿Dormiste acá, Marcelo?
MARCELO: No, me levanté temprano y quise hacer una última prueba…
GERENTE: Tenés terror de tener que volver al fin del mundo…
MARCELO: Ya no.

Marcelo se pone su saco, toma su mochila como para irse.

GERENTE: ¿Te acompaño a la terminal?
MARCELO: No, tengo que pasar a dejar algo antes de irme…
GERENTE: ¿Al hotel? ¿Querés que te lo lleve yo?
MARCELO: No, a la casa de mi hermano…
GERENTE: ¿Tu hermano?

El gerente se queda sorprendido pero Marcelo ya se fue y no hay lugar para preguntas.

10. Frente de la casa y la bicicletería de los Rivera

Don Rivera está ocupado en la tarea del día a día, arregla una bicicleta, atiende a un cliente, va y viene con su pierna coja. Llega Marcelo, lo observa sin decir nada ni acercarse, pero su actitud hacia su padre es menos tensa, casi piadosa. Sigue hasta la puerta de

entrada y toca el timbre. Espera. Sale José. Se miran. Marcelo le muestra las plumas.

MARCELO: Vine a devolverte esto… me las llevé sin querer, el otro día…
JOSÉ: Llevalas, me gusta que las tengas vos…
MARCELO: ¿Sabés qué?, me llevo una… otra guardala vos… y la tercera ponela con la foto de mamá… Si no te importa que las separemos…
JOSÉ: No van a estar separadas…

Entra la madre y se para junto a ellos. Lleva otra ropa, una pequeña valija, como si fuera a emprender un viaje. Ellos no la ven ni la escuchan. Los mira con ternura. Es una despedida de los tres.

MARCELO: Bueno, me voy… en un rato sale el micro para Buenos Aires… Tomá, te anoté mi teléfono por si me querés llamar…
JOSÉ: Vos el mío ya lo sabés…
MARCELO: Sí, lo sé…
JOSÉ: ¿Te lo acordás seguro?
MARCELO: Me lo acuerdo seguro, sí… Dale el número a papá también, decile que si necesita algo me puede llamar… decile que yo dije eso…
JOSÉ: ¿No querés decírselo vos?
MARCELO: No, hoy no… El próximo viaje…

Pausa. La madre los acaricia, pero ellos no la sienten.

MARCELO: Bueno… me voy entonces… Te llamo…
JOSÉ: Vení a comer otro día…
MARCELO: Voy a venir, sí…
JOSÉ: Mientras tanto, yo escucho los partidos de Independiente…
MARCELO: Y yo los de River… mal que me pese…

Marcelo empieza a irse. La madre quiere detenerlo, sabe que falta algo, que Marcelo no se puede ir así. Se para frente a él. Marcelo se siente extraño, algo, no sabe qué, lo detiene y vuelve con José.

MARCELO: Sabés… a lo mejor te suena raro lo que te voy a decir… más raro que de costumbre… pero hay cosas que uno a veces no dice porque cree que no son cosas de hombres…

JOSÉ: Como los ramos de novia…

MARCELO: Sí, algo así… o que no dice porque supone que el otro ya lo sabe…

JOSÉ: ¿Lo decís por lo que le dijiste a papá?

MARCELO: No, no estoy hablando de papá, estoy hablando de vos… y de mí…

JOSÉ: ¿Me querés decir algo a mí también?

MARCELO: Sí…

JOSÉ: ¿Te vas a enojar como ayer…?

MARCELO: No, no me voy a enojar… Sólo te quiero decir… Nada… que te quiero… que te quiero mucho, hermano… eso… una pavada, ¿no?

JOSÉ: Vos nunca decís pavadas…

MARCELO: No creas…

Se quedan mirando, emocionados pero sin hacer nada más que eso, mirarse. La madre feliz y conmovida junto a ellos. Quisiera abrazarlos.

MARCELO: Ya está, ya lo dije.

JOSÉ: Yo también te quiero mucho… ¿Me abrazás antes de irte?

Marcelo se acerca y lo abraza. Se quedan fundidos en ese abrazo. La madre sabe que ya es tiempo de dejarlos seguir solos. Se detiene a mirar a uno y a otro, toma su valija y se pone en marcha tarareando su canción. Pasa frente a la bicicletería y a modo de saludo de despedida le tira un beso con la mano a Don Rivera, quien parece buscar algo en el aire, sin saber de qué se trata. Finalmente la madre se va.

TELÓN

Con las manos atadas

Personajes

Elena
Gutiérrez

1. El encierro

El ambiente está a oscuras. Apenas unos ventiluces de vidrio en lo alto dejan adivinar ciertos contornos. Se escuchan ruidos de movimientos violentos y cosas que se golpean en el ambiente contiguo. Una puerta que se abre en el centro deja ver del otro lado apenas luz y confusión. Elena y Gutiérrez, espalda contra espalda y con sus manos atadas juntas, son empujados adentro en medio de forcejeos y quejas y caen al piso al tiempo que la puerta se cierra otra vez y la oscuridad vuelve. Se escucha el sonido de una llave que gira en la puerta encerrándolos. Elena y Gutiérrez se acomodan como pueden y finalmente quedan sentados en el piso atados espalda contra espalda. Como si fuera el efecto del acostumbramiento de la vista a la oscuridad, esas luces en lo alto poco a poco van permitiendo descubrir en semipenumbras lo que los rodea. Es el archivo de la escribanía. Estantes metálicos con carpetas, biblioratos, cajas, los protocolos correspondientes a los distintos años, etc., que casi se le vienen encima. El lugar, húmedo y frío, está muy invadido por estas cosas y queda poco espacio para ellos. Del otro lado siguen llegando ruidos que indican que alguien está revolviendo la escribanía, tirando cajones y papeles al piso, pateando cosas.

ELENA: ¡Sacame de acá! ¡Llevate lo que quieras pero sacame de acá!
GUTIÉRREZ: Tranquilícese, escribana…
ELENA: ¡¡¡Sacame de acá!!! La puta madre que te…

GUTIÉRREZ: No lo provoque, escribana, por el amor de Dios, este tipo de gente es capaz de cualquier cosa. Yo sé lo que le digo…

Gutiérrez espera una respuesta o un comentario que no llega y entonces sigue. Los ruidos continúan de fondo.

GUTIÉRREZ: Yo tengo una tía a la que un día le entraron ladrones al negocio… en Villa Ballester vive… Bah, el negocio lo tiene en Villa Ballester, ella en realidad vive en San Martín… Una mujer nerviosa, mayor, debe tener unos…
ELENA: Gutiérrez, me puede hacer el favor de callarse que quiero escuchar…
GUTIÉRREZ: Sí, sí, cómo no… disculpe… son los nervios…

Los dos quedan en silencio, incómodos. Con los gestos, cada uno a su manera, acompañan los sonidos que llegan del exterior. Golpes de cosas, empujones de muebles, etc. Gutiérrez es evidente que siente pena por los destrozos, y Elena odio y bronca por estar pasando por esta situación. Por momentos parece que Gutiérrez quisiera comentar algo pero se abstiene por el pedido anterior de Elena. Finalmente todo parece calmarse. El silencio después de un rato los perturba aun más que los ruidos anteriores. Se ponen como en alerta, temerosos de lo que pudiera pasar. De repente se siente el sonido de un chorro de agua que cae desde cierta altura. Gutiérrez se esfuerza por escuchar y comprender ese sonido atípico en la escribanía. No entiende.

GUTIÉRREZ: ¿Y eso?

No hay respuesta.

GUTIÉRREZ: Qué extraño, ¿no?… Una canilla no puede ser…
ELENA: Están meando, Gutiérrez.
GUTIÉRREZ: ¡Ay, Dios mío, mientras no sea sobre el protocolo!

El chorro amaina y se corta. Gutiérrez insiste en la charla.

GUTIÉRREZ: Diga si no, escribana, ¿puede pasarle peor desgracia a un notario que entren ladrones y orinen sobre el protocolo?

ELENA: Que orinen sobre nosotros, Gutiérrez.

GUTIÉRREZ: No sé… uno se puede bañar, pero las hojas rubricadas… ¿Se acuerda cuando tuvimos que secar con el secador de pelo de Mirta el requerimiento del ingeniero Ibáñez?

Espera una respuesta que no llega.

GUTIÉRREZ: No, claro, usted no estaba en la escribanía, fue en… en el 88. Tuve que ir al Tigre a recogerle la firma a la mujer de Ibáñez… En una lancha de morondanga me llevaron, que si sabía no iba…

ELENA: ¡Cállese, Gutiérrez! ¡¿Cómo mierda puede hablar tanto en medio de esto?!

GUTIÉRREZ: Bueno, a cada uno le salen los nervios por donde le salen. Yo por lo menos no digo malas palabras ni les grito a los malvivientes.

Pausa tensa. Luego se siente abrir la puerta exterior y enseguida un portazo. Es evidente que el ladrón se fue del lugar.

GUTIÉRREZ: Me parece que ahí salió.

Se escucha el sonido de la puerta del ascensor que se abre.

GUTIÉRREZ: Ahí abre la puerta del ascensor.

Sonido de la puerta del ascensor que se cierra.

GUTIÉRREZ: Ahí la cierra…

ELENA: Gutiérrez, no me relate como si fuera un partido de fútbol… ¿Soy sorda o idiota, yo?

GUTIÉRREZ: No, por favor, si hay algo que yo no… Ni se me cruza por la cabeza, escribana, ¿cómo se me va a cruzar?… Lo decía para mí…

Ruido de ascensor que baja y luego otra vez silencio.

GUTIÉRREZ: No hubiera pasado el examen para adscribirse al registro si no fuera una mujer capaz… Yo fui tres veces a darlo… y me desmayé las tres… Dicen que no hay dos sin tres. Tres hubo. (*Pausa*.) Y ahora está usted… (*Pausa*.) Yo no sabía que el escribano tenía una sobrina, me enteré el día que la presentó. Qué contenta estaría, ¿no?… Llevaba un trajecito rosa si mal no recuerdo…

ELENA: No tengo la menor idea…

GUTIÉRREZ: Rosa… era rosa… El escribano es muy generoso. Siempre fue. Y uno se hace expectativas. Como hijos no tuvo…

Elena se empieza a incomodar, una incomodidad distinta a las anteriores, una que no quiere mostrar.

GUTIÉRREZ: … pero es la culpa de uno. ¿Sabe qué me regaló el día que cumplí veinte años en esta escribanía? La lapicera con la que rubricó por primera vez… una Parker dorada… edición limitada, esa que tiene…

ELENA: ¿No hay nadie en la puerta de calle a esta hora?

GUTIÉRREZ: Si el portero cumpliera sus funciones… pero seguro está en la esquina… dándole a la cerveza…

ELENA: ¿A qué hora volvía Mirta?

GUTIÉRREZ: No volvía. ¿No se acuerda que le pidió la tarde? Por examen dijo… (*Pausa*.) Si sumamos los días que pidió por examen ya tendría que haber terminado tres carreras de grado y un doctorado…

ELENA: ¿Y el escribano Azcona?

GUTIÉRREZ: Con su tío nunca se sabe, desde que tuvo el infarto a veces viene a veces no, a veces se queda a veces no… a veces…

ELENA: Gutiérrez… al grano, ¿es posible que alguna de las personas que trabajan en esta escribanía vuelva y nos saque de acá?

GUTIÉRREZ: Lo dudo ciertamente…

ELENA: ¿O sea que nadie nos va a encontrar hasta que vengan a abrir la escribanía mañana a las ocho de la mañana?

GUTIÉRREZ: A las nueve, a las ocho llego yo, pero las chicas nueve, nueve y media le diría…

ELENA: No lo puedo creer…

GUTIÉRREZ: Créalo. En la época de su tío lo mismo. Están mal acostumbradas porque saben que yo estoy sí o sí para sacarle las papas del fuego…

ELENA: Gutiérrez, ¿usted nunca entiende nada? No me importan las papas, no me importa el horario, ¡y no me importa esta puta escribanía! ¡Me importa salir de acá, Gutiérrez! ¡¿Me entendió?!

GUTIÉRREZ: Si su tío la escuchara…

ELENA: ¡Cállese! ¡Es una orden, Gutiérrez, cállese!

Después del grito el silencio abrupto resulta tremendamente incómodo. Tensión, el aire se corta con cuchillo. Al principio es difícil pero poco a poco van encontrando un nuevo clima de convivencia posible e inevitable.

ELENA: Solamente hable si se le ocurre cómo solucionar esta cagada en las que nos metieron. ¿Okey?

GUTIÉRREZ (*la parafrasea, no es una frase de él*): Okey…

Gutiérrez piensa un rato y luego habla.

GUTIÉRREZ: Resignación y calma espera…

ELENA: ¿Qué dice?

GUTIÉRREZ: Que es eso lo que se me ocurre: resignación y calma espera.

ELENA: Resignación y calma espera… Eso es lo que se le ocurre.

Elena se tensa otra vez, toma envión y luego empieza a gritar desaforada.

ELENA: ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Auxilio!!!

Gutiérrez se sobresalta.

GUTIÉRREZ: Escribana, por favor…
ELENA: ¡¡¡En la escribanía!!! ¡¡¡Socorro!!!
GUTIÉRREZ: Lo único que va a conseguir así es arruinarse las cuerdas vocales…

Elena parece que se va a detener, Gutiérrez se relaja pero en ese momento vuelve a tomar aire y a gritar haciéndolo sobresaltar.

ELENA: ¡¡¡Socorro!!!
GUTIÉRREZ: No va a conseguir nada, escribana, hágame caso.

Elena acompaña ahora sus gritos con patadas a donde llegue. Se descontrola. En ese movimiento arrastra a Gutiérrez. Elena termina tirando algo de un estante, los papeles se desparraman por el suelo y ella en lugar de parar sigue pateando, desquitando su bronca con los papeles de la escribanía. Entonces Gutiérrez reacciona. Trata de controlarla. Él tira para un lado para que no llegue y ella para el otro. Forcejeos y empujones. Finalmente se pone más enérgico, muestra por primera vez cierta violencia y controla la situación él. La detiene a la fuerza.

GUTIÉRREZ: ¡Basta, escribana! ¡Basta! ¡No empeore las cosas que bastante destrozo tenemos allá afuera!

Ella se queda por el grito de él, pero además Gutiérrez hace fuerza y casi no la deja moverse. Ahora el que maneja la fuerza es él.

GUTIÉRREZ: ¡Qué va a ganar tirando los biblioratos! Que mañana tengamos más cosas para acomodar…

Se pone más derecho, firme, duro, y las manos quedan más apretadas entre los dos.

GUTIÉRREZ: Será posible… Usted no tiene respeto por las hojas rubricadas, por el registro, por nada… ¡Usted es una escribana, válgame Dios!
ELENA: ¡Y a mí qué me importa!

GUTIÉRREZ: ¡Pues debería importarle, caramba!

Vuelve a ponerse erguido y aprieta su cuerpo contra el de ella. Las manos quedan más atrapadas aún. Ella se separa un poco.

ELENA: ¡Cuidado con lo que hace con las manos, Gutiérrez!
GUTIÉRREZ: ¿Qué hice?
ELENA: Nada, le dije cuidado con las manos…
GUTIÉRREZ: Yo no hice nada… Ellos las ataron… Si están ahí no es por mi voluntad.
ELENA: Me duele si tira, me lastima, Gutiérrez, la soga está muy apretada…
GUTIÉRREZ: Ah, le duele… Entiendo… Disculpe… No me di cuenta… disculpe…

Gutiérrez se separa cuanto puede de ella, casi ridículamente. Otra vez tratan de acomodarse, de relajar un poco y buscar una forma más cómoda de estar sentados. Finalmente se quedan en una posición que parecen aceptar los dos.

GUTIÉRREZ: Y disculpe mi exabrupto…
ELENA: ¿Cuál exabrupto?
GUTIÉRREZ: No me lo haga repetir, ahórreme esa vergüenza.

2. La luz y las ratas

Gutiérrez y Elena en ese breve espacio de tiempo en que la tarde le da paso a la noche. La penumbra ganó aún más el espacio. Los dos están en una posición más cansada y desarmada, ya que pasó cierto lapso de tiempo.

GUTIÉRREZ: ¿A quién le gritaba, escribana?
ELENA: No sé…
GUTIÉRREZ: Por eso: "Si no sabemos, no hagamos"… Eso dice siempre Leticia…

ELENA: ¿Qué Leticia?
GUTIÉRREZ: Mi mujer…
ELENA: ¿Su mujer?… ¿Usted es casado?
GUTIÉRREZ: Ciertamente.
ELENA: ¿Cómo no me lo dijo antes, Gutiérrez? Cuando su mujer vea que usted no llega, algo va a hacer.
GUTIÉRREZ: No creo que vea… Me dejó… Hace tiempo ya… La semana que viene se cumplen los tres años más exactamente…
ELENA: ¡Entonces de qué casado me habla, Gutiérrez!
GUTIÉRREZ: Yo me casé para toda la vida…
ELENA: Parece que ella no.
GUTIÉRREZ: Problema de ella. Técnicamente seguimos casados.
ELENA: ¡Técnicamente habla pelotudeces, Gutiérrez! ¡Me va a dar un infarto cerebral encerrada acá toda la noche con usted!

Gutiérrez se ofende. Ella primero siente descarga de su tensión por lo que dijo, pero luego se da cuenta de que se le fue la mano con los insultos. Los dos incómodos, cada uno desde su posición, él ofendido y ella algo culposa. Alternativamente parece que van a decir algo pero se arrepienten. Finalmente habla ella.

ELENA: Discúlpeme ahora a mí, estoy un poco nerviosa…
GUTIÉRREZ: Bue… al menos lo reconoce.
ELENA: Muy nerviosa…
GUTIÉRREZ: No es para menos, yo la entiendo… fue una situación muy estresante… y uno todo el tiempo con el corazón en la boca sin saber cómo termina el cuento…

Le da lugar a ella para que hable pero Elena no lo hace.

GUTIÉRREZ: Porque la plata que se llevó el delincuente es lo de menos. Lo material se arregla, hasta lo del protocolo orinado se arreglará de alguna manera, mire lo que le digo… Pero hay otras cosas… Ni me quiero acordar con los ojos que la miraba…

Él espera otra vez. Ella no capta el comentario.

GUTIÉRREZ: Ni me quiero acordar.
ELENA: Gutiérrez, prendamos la luz que dentro de un rato acá no vemos más nada.

Ella lo arrastra hasta ponerse frente a la llave de luz. Él se deja arrastrar. Una vez allí Elena intenta levantar la pierna para llegar a la llave, pero le falta bastante. Se estira, se contorsiona, arrastra a Gutiérrez, al que no le queda otra que acompañar esos movimientos. Gutiérrez observa sobre el hombro la pierna en alto de Elena. Finalmente ella claudica.

ELENA: Pruebe usted que es más alto.

Giran sentados sobre el piso hasta que él queda frente a la llave. Lo intenta varias veces. Tampoco llega. Es bastante más torpe que ella. Por poco la voltea.

ELENA: ¿Y?
GUTIÉRREZ: Tampoco llego.
ELENA: ¡Pero si usted me lleva más de una cabeza!
GUTIÉRREZ: Pero soy corto de piernas. "Puro tronco", decía mi mamá… Y en la secundaria me decían "el tronco Gutiérrez"… Pero eso era porque jugaba mal al fútbol…
ELENA: Parémonos, Gutiérrez.
GUTIÉRREZ: Caramba, no sé si será posible.

Los dos empiezan a experimentar cómo tendrían que hacer para levantarse. Hacen algunos intentos fallidos. Se levantan apenas, se caen. Vuelven a intentar.

GUTIÉRREZ: Yo creo, discúlpeme no, pero que tendríamos que acercar más nuestros glúteos para que la fuerza de acción y reacción de su cuerpo contra el mío se eleve como por un eje perpendicular al suelo. Una fuerza anula la otra, ¿me comprende?… Y por acción y reacción se logra la elevación… Me salió en verso…

Mientras lo va diciendo lo intentan y con esfuerzo finalmente funciona.

ELENA: Acción y reacción…
GUTIÉRREZ: Es una cuestión de física elemental… lo leí en un artículo.

Ya parados se acomodan y se van acercando a la llave de luz. Ella lo guía, él se deja arrastrar.

ELENA: ¿Usted lee física elemental?
GUTIÉRREZ: Yo leo todo que sale en la *Selecciones* del *Reader's Digest*.
ELENA: ¿Y eso qué es?
GUTIÉRREZ: Una revista. Yo me la devoro. Casi un vicio, reconozco. Es lo único que leo. *Selecciones* y protocolos.

Con el hombro o la frente, Elena enciende la luz y suspira aliviada.

ELENA: Por lo menos tenemos luz…
GUTIÉRREZ: Si eso la hace sentirse mejor…

Estar de pie los enfrenta a una nueva posición a la que tienen que adaptarse y aceptar. Ahí parados no saben muy bien qué hacer. A medida que pasa el tiempo se van sintiendo más ridículos. Buscan su lugar. Ella queda casi de espaldas mirando hacia un rincón. Gutiérrez queda frente a un estante, mirando una esquina medio extraña de éste. Se entusiasma leyendo el lomo de los biblioratos. Se acerca con la cabeza para poder leer. Se sorprende.

GUTIÉRREZ: ¡Apa! Mire usted dónde estaba el famoso legajo de Pérez Almeida contra la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires… que en esa época todavía no era la ciudad autónoma, era la ciudad a secas… Meses estuvimos buscándolo. Ve que no hay mal que por bien no venga, escribana…
ELENA (*irónica*): Ni hay dos sin tres…
GUTIÉRREZ: Ah, mire usted, tiene razón, eso también… Pero para que haya tres tiene que haber habido dos… y dos no hubo. A lo mejor todavía nos sorprende otro legajo…

Otra vez se produce ese silencio incómodo que parados molesta más. Una espera de nada.

GUTIÉRREZ: Sin novedades a babor. ¿Todo bien a estribor?
ELENA: ¿Qué es eso plateado en aquella esquina?

Gutiérrez gira la cabeza sobre su hombro y mira con esfuerzo pero no ve nada.

GUTIÉRREZ: ¿Qué cosa?
ELENA: Aquello allá abajo, ¿ve?
GUTIÉRREZ: La verdad es que del protocolo de 1994 para abajo no alcanzo a ver nada.

Giran como una calesita, ella conduce hasta que él puede ver bien. Gutiérrez se agacha para confirmar, Elena lo acompaña.

GUTIÉRREZ: ¡Ah, eso!…

Se vuelven a subir.

GUTIÉRREZ: Es una trampera…
ELENA: ¿Una trampera de ratas?
GUTIÉRREZ: Ciertamente…
ELENA: Gutiérrez, yo le aconsejo que piense bien antes de contestarme… ¿Una trampera de ratas preventiva o en este archivo hay efectivamente ratas?

Ella queda expectante, él no contesta.

ELENA: ¿Gutiérrez me escuchó?
GUTIÉRREZ: Sí, la escuché, pero estoy pensando bien. ¿No me pidió eso?
ELENA: ¡Conteste de una vez Gutiérrez, ¿hay ratas o no?!
GUTIÉRREZ: Mire, en cualquier archivo de Buenos Aires donde se juntan papeles puede haber ratas…
ELENA: ¿Hay o no hay?

GUTIÉRREZ: No puedo dar fe de que haya.
ELENA: ¡Nadie le pide que dé fe! ¡No es una escritura, Gutiérrez, es la vida! La vida y las ratas… la reputísima madre… ¿Hay ratas o no?
GUTIÉRREZ: Hubo. Agarré tres con esa misma trampera. Me habían masticado la puntita de un legajo que si le digo cuál…
ELENA: No, no me diga, no me dé detalles que me descompongo…
GUTIÉRREZ: Y después dejé la trampera preventivamente.
ELENA: O sea que ya no hay más.
GUTIÉRREZ: Si hay, es muy viva porque en la trampera no cae…
ELENA: Ay, Dios mío… Sentémonos, Gutiérrez, que me mareo…

Empiezan a sentarse, y ella en el medio se detiene y se eleva.

ELENA: No, mejor no, mejor parados por si aparece la rata…
GUTIÉRREZ: ¡No me diga que la va a poner así una ratita! ¿Es capaz de enfrentar a un asaltante fuertemente armado y no es capaz de enfrentar un animalito de Dios?
ELENA: Sí… no soy capaz…
GUTIÉRREZ: Quédese tranquila, que estoy yo…

Elena no contesta.

GUTIÉRREZ: Y yo de ratas entiendo. Teníamos un problema bárbaro en el departamento hace un par de años. En el 98 si no recuerdo mal. No, 98 no, 96 porque me acuerdo que Leti decía "creer o reventar, 96 es año de la rata", en el horóscopo chino… no sé si usted cree en esas cosas.
ELENA: Yo soy rata.
GUTIÉRREZ: ¡Ah, mire usted, qué casualidad! La cuestión es que tiraron un edificio al lado y las ratas empezaron a disparar para todas partes… Locas estaban…
ELENA: No me cuente, Gutiérrez, me voy a desmayar…

Ella empieza a bajarse y él la acompaña y terminan sentados otra vez.

GUTIÉRREZ: Así que usted había resultado rata…

Ella se recuesta sobre él como si quisiera evitar desmayarse. Él se sorprende, queda duro con su cercanía. Le cuesta hablar pero se lo impone para salir de su propio pensamiento.

GUTIÉRREZ: Después de la invasión de ratas fue que Leticia trajo a Robañati…

Ella no pregunta y él sigue.

GUTIÉRREZ: Robañati es mi gato, un gato siamés, siamés azul, una belleza… Fue la solución. ¿Pero se imagina un gato en la escribanía? Una locura…, ¿no le parece?

Él espera pero ella no contesta, otra vez sigue.

GUTIÉRREZ: Robañati se llama… seguro que le suena, ¿no?

Él espera, ella no contesta.

GUTIÉRREZ: Como el médico ese que le hicimos la escritura del country hace poquito. Usted lo conoció ahí, pero es un cliente de años. Justo el mismo día de una escritura de Robañati complicadísima que hasta tuve que viajar a San Luis, ¡el polvo que tragué en ese viaje!, me aparece Leti con el gato… No me olvido más. Le dije: "Se tiene que llamar Robañati, Leti, no hay otra". Y ella entendió. En esa época todavía entendía lo que era para mí el trabajo. Pero después se cansó… La va a pasar mal esta noche Robañati, solo… yo creo que va a ser la primera noche en su vida que va a pasar solo…

ELENA: Con la luz prendida es más difícil…

GUTIÉRREZ: ¿Qué cosa?

ELENA: La rata…

GUTIÉRREZ: Si aparece yo me ocupo, tranquila… Confíe en mí aunque sea para eso…

ELENA: Resignación y calma espera…

GUTIÉRREZ: Eso mismo…
ELENA: Menos mal que prendimos la luz…
GUTIÉRREZ: Así que rata había sido… ¿De metal o de madera?

3. Confesiones

La noche está finalmente instalada. Ellos están muy desarmados, con las defensas bajas. Elena está recostada sobre el hombro de Gutiérrez, no duerme pero tiene los ojos cerrados. Se mueve y su pelo roza la oreja de él, que se inquieta cada vez más por su cercanía. La siente, la huele, la disfruta no sin cierta culpa. Ella está cansada. Se recuesta más, mueve su cara muy cerca de él, no es para provocarlo, sólo lo usa de apoyo. Gutiérrez se perturba, se tensa, como si quisiera sacar pensamientos de su cabeza murmura algo, una canción o un rezo. No es el pésame, pero es como si lo fuera. Murmura, reza, canta, murmura.

GUTIÉRREZ: "El manto de la noche me protege…"
ELENA: ¿Qué dijo?
GUTIÉRREZ: Nada, una frase… Me da vueltas desde que nos encerraron acá… "El manto de la noche me protege."
ELENA: "Oh, noche protectora del amor extiende tu cortina negra"…

La voz recitada de Elena lo inquieta otra vez.

GUTIÉRREZ: ¿Cómo dice, escribana?
ELENA: Shakespeare dice, no yo… son parlamentos de *Romeo y Julieta*.
GUTIÉRREZ: ¿En serio? Pero si yo nunca… ¿Cómo voy a saber yo una frase de *Romeo y Julieta*?
ELENA: La habrá leído en el colegio.
GUTIÉRREZ: No, no… yo nunca leí a Shakespeare. Me acuerdo que leímos *Los árboles mueren de pie*, que siempre me gustó ese título porque morir de pie es una linda frase, ¿no le parece?…

Elena no contesta. Él aguarda y luego sigue.

GUTIÉRREZ: *M'hijo el dotor*, leímos también… y si no me equivoco *Barranca abajo*… No, *Barranca abajo* no, *Las del Barranco*, leímos… Pero *Romeo y Julieta* no la leímos, me acordaría…

Él se queda pensando. Ella ya en vigilia otra vez, menos relajada, se acomoda, trata de enderezarse. Gutiérrez la deja hacer.

GUTIÉRREZ: … y al teatro no voy…
ELENA: Habrá visto la película…
GUTIÉRREZ: No, si yo no voy al cine tampoco… Ni teatro ni cine… Me dan claustrofobia los lugares cerrados con muchas sillas…
ELENA: ¿Tiene claustrofobia? ¿Y acá no le da?
GUTIÉRREZ: No, mire lo que son las cosas, en la escribanía no me da, nunca me dio… Y eso que hay bastante mobiliario entre sillas, sillones, escritorios. Pero en el cine… Yo creo que me viene de una vez muy chiquito que me llevaron a uno de esos de barrio, de los que había antes, y me quedé encerrado entre un gordo y mi tía Cata, que también tenía sus kilos… esa que le conté del robo en San Martín, mire lo que son las casualidades… Mi tía Cata, justamente… Y me empecé a sentir ahogado, ahogado, ahogado, hasta que me caí redondo al suelo… Nunca más volví a pisar un cine… Así que "el manto de la noche me protege" era de *Romeo y Julieta*…
ELENA: Sí…
GUTIÉRREZ: Entonces sabía tener buena memoria usted… yo creía que no… Le cuesta retener el nombre de algunos clientes… A mí mismo hasta hace poco me decía Aguirre en vez de Gutiérrez… Yo le contestaba igual… Será por la ge, la doble erre… vaya a saber, ¿no?
ELENA: Para lo que me interesa tengo buena memoria…
GUTIÉRREZ: Ya… y la profesión mucho no le interesa.
ELENA: No mucho.
GUTIÉRREZ: ¿Por qué se dedica a esto, seré curioso?
ELENA: Porque es lo que me conviene hacer.

GUTIÉRREZ: Económicamente…
ELENA: Algo así…
GUTIÉRREZ: Y sí, la gente le da mucha importancia a ese aspecto de la profesión. Yo cuando hacía la carrera escuchaba a mis compañeros que decían "si querés prestigio, fiscal; si querés plata, escribano". No entienden la esencia… que la firma de uno estampada en un papel represente la verdad. Esa es la esencia: ser el garante de la verdad…

Otra vez él espera un comentario que no llega.

GUTIÉRREZ: Es una lástima. La escribanía es un lindo trabajo cuando uno siente la vocación de dar fe. Como su tío. Él hace casi un acto religioso de su profesión.

Es evidente que a Elena le molesta el tema, pero no hace ningún comentario.

Gutiérrez insiste.

GUTIÉRREZ: Es un hombre impresionante su tío… ya no quedan… recto, de fierro, honesto…

No logra que Elena conteste e insiste.

GUTIÉRREZ: ¿No?
ELENA: *Romeo y Julieta* fue la obra que representamos en quinto año…
GUTIÉRREZ: ¿Cómo dice?
ELENA: Cambié de tema. Me gustaba actuar…
GUTIÉRREZ: Ah, claro me saltó de un tema a otro y no la seguí.
ELENA: Hasta los trajes hicimos nosotros.
GUTIÉRREZ: Y usted fue Julieta…
ELENA: No, Romeo… Iba a un colegio de monjas, éramos todas mujeres…
GUTIÉRREZ: ¡Qué contrariedad!
ELENA: Odié a la que le tocó hacer de Julieta…

GUTIÉRREZ: No es para menos…
ELENA: Siempre me toca el papel que menos me gusta.
GUTIÉRREZ: ¿Por qué lo dice?
ELENA: Nada, no me haga caso.

Los dos se quedan pensando, cada uno en lo suyo.

GUTIÉRREZ: Sabe que yo lo debo haber leído en alguna *Selecciones*… Lo de la noche… No digo el texto completo, pero alguna frase… en alguna de esas notas… qué decirle… "Más Shakespeare, menos Prozac"… de ese estilo, ¿me comprende?
ELENA: Intento, le juro que intento.

El timbre de un teléfono los sobresalta.

GUTIÉRREZ: Debe ser para usted.

El timbre sigue sonando, ellos en silencio hasta que se corta.

GUTIÉRREZ: Atendí un par de veces, tarde, cuando usted ya se había ido, el llamado de un hombre… No quiso decir de parte de quién…
ELENA: Yo también vivo sola. Y no tengo gato.
GUTIÉRREZ: Pero alguien la llama, y el que llama espera… Yo esperaría…
ELENA: No se le parece en nada, Gutiérrez, no saque conclusiones.
GUTIÉRREZ: A lo mejor hoy llama, a lo mejor es el que está llamando… y si nadie atiende se preocupa…
ELENA: No creo, no es ese tipo de relación…
GUTIÉRREZ: Yo me preocuparía.
ELENA: Usted se siente casado con una mujer que lo dejó hace tres años…
GUTIÉRREZ: Es que todavía estoy casado.
ELENA: Ah, perdón, cierto que usted se casó para toda la vida.
GUTIÉRREZ: Para toda la vida.
ELENA: No importa la realidad, ¿no? Importan los papeles, con firma y testigos…

GUTIÉRREZ: Los papeles reflejan la realidad, ergo son la realidad.
ELENA: Los papeles son una mentira que se terminan comiendo las ratas.
GUTIÉRREZ: No si alguien los cuida… y yo los cuido…
ELENA: Cuida una mentira, Gutiérrez…
GUTIÉRREZ: Son papeles rubricados, alguien dio fe…
ELENA: Si el que da fe miente, y el que contrata su fe miente, y el que recibe la fe dada miente… nuestra profesión es una farsa, Gutiérrez, mal que le pese.
GUTIÉRREZ: A mí no me pesa porque no es verdad.
ELENA: Somos todos unos farsantes.
GUTIÉRREZ: ¡No generalice! Por lo menos respete a su tío…
ELENA: Azcona el primero.
GUTIÉRREZ: No le permito.
ELENA: ¿Y a usted quién le dio derecho a permitirme o no permitirme decir lo que se me ocurra?
GUTIÉRREZ: No es un derecho, es un deber… es lealtad con su tío.
ELENA: No sea idiota. ¡Azcona es el más mentiroso de todos, Gutiérrez! ¡El mentiroso más grande que usted conozca!
GUTIÉRREZ: Usted es una desagradecida. Con todas las cosas que el escribano hizo por usted…
ELENA: ¿Y usted qué sabe? Sabe lo que hizo, Gutiérrez, y eso no es nada al lado de lo que no hizo…
GUTIÉRREZ: ¡No se puede pedir todo! Le dio lo más importante que construyó en la vida, esta escribanía…
ELENA: No es lo más importante… sino lo único que pudo construir en su vida…
GUTIÉRREZ: En ese caso le dio todo…
ELENA: Todavía me debe algo…
GUTIÉRREZ: No ve que es una desagradecida.
ELENA: Cállese, usted no sabe lo que dice…
GUTIÉRREZ: Y usted dice cosas que no sabe.
ELENA: Azcona se va a ir directo al infierno.
GUTIÉRREZ: Basta, no la quiero escuchar más.
ELENA: Claro, no sea cosa que el ídolo se le caiga y en la caída aplaste lo único que usted tiene, Gutiérrez. La ilusión de ser

alguien. ¿Qué pasaría si después de haber hipotecado su vida entre estos papeles de mierda se da cuenta que ese por quien hizo todo, su modelo, su ídolo, es un reverendo sorete? Duro, ¿no, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ: ¡Le dije que no la quiero escuchar más!

ELENA: ¡Pero me va a tener que escuchar! No le queda más remedio. Me va a escuchar como yo vengo escuchándolo a usted decir estupideces toda la noche.

GUTIÉRREZ: A palabras necias oídos sordos…

ELENA: ¡Acá el único necio es usted!

GUTIÉRREZ: Sobrina política ha de ser, porque sangre de Azcona en las venas usted no lleva… de eso no hay dudas.

Mucha tensión. Incomodidad física de los dos ahí juntos. Lentamente, Elena va pasando del enojo a la tristeza. Pausa larga y molesta.

GUTIÉRREZ: Tampoco es cuestión de que nos quedemos callados toda la noche. Si quiere podemos hablar de cosas neutrales. No sé… de plantas… o de comidas… ¿a usted le gusta cocinar?

ELENA: Llevo su sangre…

GUTIÉRREZ: A mí me gusta la jardinería, me relaja mucho regar las plantas, podarlas…

ELENA: Me negó el apellido.

GUTIÉRREZ: ¿Quién le negó el apellido?

ELENA: Azcona es mi padre.

GUTIÉRREZ: ¿Su tío?

ELENA: Mi padre.

GUTIÉRREZ: ¿Es su tío y su padre ambas cosas simultáneamente?

ELENA: No es mi tío… les mintió a todos… es mi padre.

GUTIÉRREZ: ¿El escribano? No le creo.

ELENA: … o mejor dicho, es el responsable de que yo haya sido parida… la palabra padre le queda demasiado grande a Azcona.

GUTIÉRREZ: No le creo nada de nada.

ELENA: Haga lo que le parezca.

GUTIÉRREZ: El escribano no… ¿Por qué iba a hacer una cosa así? ¿Por qué iba a mentir?

ELENA: Porque mi madre era su amante.

GUTIÉRREZ: No le creo.

ELENA: Una amante impresentable.

GUTIÉRREZ: Hablemos de plantas, deme el gusto… A mí me gustan los helechos…

ELENA: Una prostituta.

GUTIÉRREZ: Bueno, no me cuente más…

ELENA: Así la llamaban los pocos que sabían de ella. La mujer de Azcona sabía, nos mandó un abogado una vez… Prostituta, y él dejaba que la llamaran así, aunque no lo fuera.

GUTIÉRREZ: Le digo que no me cuente… las intimidades de su familia no me conciernen…

ELENA: Y cuando murió su mujer, la legítima, la estéril, se le ocurrió reparar tantos años de ocultamiento y me trajo a Buenos Aires a estudiar para dejarme esto. Eso fue lo que me dio y lo que no me dio. Sigo llevando el nombre de mi madre.

GUTIÉRREZ: El escribano es incapaz de haber hecho una cosa así. Va a misa, reza la novena. No le creo.

ELENA: Lo entiendo… no hay firma en hoja rubricada… ¡Qué aburrida debe ser su vida, Gutiérrez!

Gutiérrez duda. No quiere creer pero duda. Desearía confirmar que Elena miente.

GUTIÉRREZ: Y a ver… si fuera cierto, ¿por qué usted me lo iba a venir a contar a mí ahora?

ELENA: La verdad que no sé… Porque estoy enojada será…

GUTIÉRREZ: Ah, eso era… por ahí cantaba Garay… Usted me miente porque está enojada…

ELENA: Yo no le miento.

GUTIÉRREZ: Usted me miente, claro que me miente. Porque está muy enojada. Conmigo está enojada…

ELENA: No se crea tan importante, Gutiérrez… Usted ni siquiera me enoja…

Gutiérrez: Muy enojada está…
Elena: ¿Con usted? Usted no existe para mí, Gutiérrez. ¿Por qué iba a estar enojada con usted?
Gutiérrez: Porque yo respeto al escribano y a esta profesión. Porque cuido estos papeles como si fueran un brazo mío, uno de mis ojos, los cuido como si fueran mis hijos… O una novia… ¡Los cuido como a usted no la cuida nadie por lo que se ve!
Elena: ¿Y usted qué sabe? ¡No sea impertinente!
Gutiérrez: Sé lo que veo.
Elena: ¿Y qué es lo que ve? A ver, dígame, Gutiérrez. ¿Qué ve?
Gutiérrez: ¡Una pobre mujer que miente, que se pasa el día haciendo un trabajo que odia, y que nadie la extraña por las noches! ¡Eso veo, ciertamente, escribana…! ¡Eso veo! Una agria mujer…

Gutiérrez se desahogó y espera alerta el contraataque, pero ella se quedó paralizada por sus dichos. Por momentos parecería que va a contestarle pero no puede, no le sale, la ira otra vez se le va convirtiendo en angustia, hasta que finalmente habla en un tono bajo y resignado.

Elena: Es casado.
Gutiérrez: ¿Quién?
Elena: El que llama…
Gutiérrez: El que no llama…
Elena: Es casado.
Gutiérrez: Entonces no la merece.
Elena: Casado para toda la vida…
Gutiérrez: Le dije.
Elena: Pero él dice otra cosa.
Gutiérrez: Le miente.
Elena: Todos los hombres mienten.
Gutiérrez: Yo no.
Elena: Y si mienten ellos, mienten sus papeles.
Gutiérrez: Yo no.
Elena: Si le miente a la mujer, a los hijos, a mí… por qué no va a mentir cuando firma un protocolo…

Gutiérrez: Colega entonces.
Elena: Si miente Azcona…
Gutiérrez: El escribano no miente. No insista.
Elena: Hablemos de plantas entonces…

Pausa.

Gutiérrez: Usted se tiene que hacer valer… se tiene que hacer respetar, como mujer le digo…
Elena: No me gustan los helechos, son muy difíciles…
Gutiérrez: Si no la espera no la merece…
Elena: Mucha agua se pudren, poca agua se secan…
Gutiérrez: Usted se merece alguien que se desespere porque no puede dormir esta noche a su lado.
Elena: Basta…
Gutiérrez: Y él no se desespera…
Elena: No siga…
Gutiérrez: Total él duerme en una cama y con los pies calientes…
Elena: Le dije que basta, Gutiérrez…
Gutiérrez: Y mañana se pone otra vez el traje y desayuna cereales con sus hijos.
Elena: Basta, por favor, basta…

Elena rompe en llanto. Gutiérrez no sabe qué hacer. La quiere consolar. Mueven los cuerpos como les permiten las sogas, ella para llorar y él para consolarla. Quisiera acariciarla o abrazarla, pero no puede, le termina como acariciando la cabeza con la suya. Ella se va calmando.

Gutiérrez: Soy un idiota… Perdone…
Elena: Está bien, no se preocupe…
Gutiérrez: Me preocupo… y cómo que no… hacer llorar una mujer a esta altura del partido…
Elena: Usted no me hizo llorar…
Gutiérrez: No la hago enojar, no la hago llorar…
Elena: Él me hace llorar, siempre me hace llorar…

Elena rompe en llanto otra vez.

GUTIÉRREZ: No, otra vez no… Escribana, con todos los candidatos que usted tiene… Todos los clientes que entran a esta escribanía la miran con unos ojos… Todos… Hasta el ladrón de esta tarde la miraba de una manera que a mí me daba miedo… Porque la plata va y viene pero hay otras cosas. La miraba con unos ojos…

ELENA: ¿Con qué ojos me miraba?

GUTIÉRREZ: Ojos… no sé qué palabra usar… no quiero faltarle el respeto…

ELENA: ¿Con qué ojos me miraba, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ: Ojos… ojos de hombre, por llamarlos de alguna manera.

ELENA: Usted también tiene ojos de hombre, Gutiérrez.

GUTIÉRREZ: ¡Pero yo no la miro!

ELENA: Ahora no me mira, porque estamos espalda contra espalda…

GUTIÉRREZ: No la miro nunca… así, quiero decir. La miro cuando la tengo que mirar para que me firme alguna escritura, cuando le tengo que mostrar algún detalle del protocolo. Pero le miro la cara, los ojos. ¿Me entiende?

ELENA: ¿Y el ladrón qué me miraba, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ: Escribana, usted sabe…

ELENA: No, yo no sé… Dígame, Gutiérrez…

GUTIÉRREZ: Escribana, por favor…

ELENA: ¿Qué me miraba, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ: La miraba… toda.

ELENA: Toda…

GUTIÉRREZ: La deseaba…

ELENA: ¿Y usted cómo lo sabe?

GUTIÉRREZ: Porque yo lo miraba mientras la miraba…

ELENA: Lo miraba a él…

GUTIÉRREZ: Sí, claro… lo miraba y le adivinaba los pensamientos…

ELENA: ¿Y con qué ojos los adivinaba?

GUTIÉRREZ: Con los míos, con qué ojos va a ser…

ELENA: Usted me causa gracia, Gutiérrez… Me hace reír…

GUTIÉRREZ: Bue… al fin algo…

Elena: Tengo sueño, ¿qué hora es?
Gutiérrez: No sé, el reloj me quedó mal ubicado.
Elena: Ve que me hace reír…
Gutiérrez: Sin intención…
Elena: Pero me hace reír…

Ella se acomoda. Se la ve vencida por el cansancio, se va dejando caer. Mueve el cuello y la cabeza como ubicándola en un hueco del cuello de Gutiérrez. Él la deja hacer, se quedan un rato así.

Elena: ¿Por qué no tuvo hijos, Gutiérrez?
Gutiérrez: Ah, qué buena pregunta… ¿Por qué no tuve hijos?
Elena: ¿Cuánto tiempo estuvo casado? Efectivamente, con su mujer dentro de su casa…
Gutiérrez: Dieciocho años…
Elena: Mucho tiempo… podrían haber tenido hijos…
Gutiérrez: Podríamos. Al principio no venían… Después lo intentábamos tan poco, la verdad que casi nada… Ella se quejaba, teníamos otros tiempos… Decía que yo… En fin… A lo mejor tenía razón, me hago cargo de la parte que me toca… En definitiva, yo creo que nos faltó un poco más de causa-efecto, no sé si me entiende… Y los últimos años Leticia estaba ya en una edad difícil. Había cumplido los cuarenta… no era momento… usted sabe…
Elena: Sí, sé… Cumplo cuarenta el año que viene…
Gutiérrez: Ah, caramba, nunca me lo habría imaginado. Se la ve más joven que a Leticia, mucho más joven.
Elena: Yo también sé mentir.
Gutiérrez: Una mentira piadosa, en todo caso.
Elena: Si hace falta la rubrico.

Él gira la cabeza y disimuladamente se frota en el pelo de ella. Ella se acomoda más aún. Él la siente.

Gutiérrez: Apúrese, escribana.
Elena: ¿Con qué?

GUTIÉRREZ: No es bueno ser madre añosa, trae sus complicaciones. Mire si se pone a buscar y le pasa como a nosotros que el bebé no aparecía… A los cuarenta no queda tanto tiempo por delante.

Él la disfruta, la huele.

GUTIÉRREZ: Para la maternidad, digo… Y usted tendría que ser madre… Le haría muy bien, la suavizaría… No es que no sea suave, no me malinterprete… Pero a veces… Le haría muy bien…

ELENA: Y a usted la paternidad. ¿Cuántos años le quedan para tener un hijo?

GUTIÉRREZ: Bueno, ahí ya es otra cosa, Chaplin tuvo un hijo después de los ochenta…

ELENA: No va a esperar hasta los ochenta… ¿Cuántos años tiene, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ: Cincuenta y tres.

ELENA: Cuando se quiera acordar tiene sesenta, y sesenta es edad para ser abuelo, no padre.

GUTIÉRREZ: Si no soy padre, lejos estoy de ser abuelo…

ELENA: ¿Quiere ser padre, Gutiérrez, o no quiere?

GUTIÉRREZ: No sé… yo…

ELENA: ¿Cómo que no sabe? ¿Nunca lo pensó?

GUTIÉRREZ: Sí, claro que lo he pensado, pero cuando estaba Leticia… ahora sin una mujer al lado no es un proyecto viable.

ELENA: Por qué no… yo no tengo un hombre al lado… en los términos que usted llamaría "tener un hombre al lado", y sin embargo me planteo la maternidad todos los días.

GUTIÉRREZ: Porque usted es mujer…

ELENA: Y usted hombre, Gutiérrez. Y para que una mujer sea madre hace falta un hombre.

GUTIÉRREZ: Ciertamente.

ELENA: ¿Quiere o no quiere?

GUTIÉRREZ: En fin, yo…

ELENA: ¿Quiere o no? Contésteme…

GUTIÉRREZ: Quiero, bueno, si me apura le contesto así de una, quiero…
ELENA: ¿Y sería un buen padre?
GUTIÉRREZ: Me esmeraría por serlo.
ELENA: ¿Cuidaría a su hijo tanto como a estos papeles?
GUTIÉRREZ: Ciertamente…
ELENA: Usted sería un buen padre, Gutiérrez.

Pausa.

GUTIÉRREZ: ¿En serio Azcona es su padre?
ELENA: Sí…
GUTIÉRREZ: ¿Y su madre?
ELENA: ¿Mi madre qué?
GUTIÉRREZ: ¿Fue una buena madre?
ELENA: Sí, fue buena… un poco tonta, estaba enamorada de Azcona…
GUTIÉRREZ: Mientras usted no repita la historia con ese casado que la llama…
ELENA: No, quédese tranquilo. Para mí elijo mal, pero para mi hijo voy a elegir bien. Si llego antes de que arrase con mi fertilidad "la edad difícil"…
GUTIÉRREZ: A la vista está que tiene más margen que Leticia.
ELENA: ¿Es un piropo?
GUTIÉRREZ: Si me lo permite…

Pausa. Ella se acomoda más sensiblemente sobre su hombro. Empieza a sentirse cómoda por primera vez en la noche. Él está cada vez más perturbado con su cercanía.

ELENA: "Conversemos, aún no es el día". "Es el ruiseñor…"
GUTIÉRREZ: No, le habrá parecido…
ELENA: "¡Oh, bendita, bendita noche! ¡Cuánto temo, que todo esto no sea sino un sueño!"
GUTIÉRREZ: Me lo repite más despacio…
ELENA: "¡Oh, bendita, bendita noche! ¡Cuánto temo, que todo esto no sea sino un sueño!"

GUTIÉRREZ: Ah… ahora sí…

Él ya no puede evitar excitarse en contacto con Elena. La huele, la siente, la desea. Sus manos atadas a las de ella se tientan y quieren jugar con su cuerpo, él las reprime con esfuerzo. Sus propios pensamientos le avergüenzan y quiere evitarlos.

GUTIÉRREZ: A mí de todos los helechos el que nunca me funciona es el culantrillo… ¿Conoce el culantrillo, escribana?
ELENA: Llámeme Elena, Gutiérrez…

Gutiérrez se abatata, se escapa.

GUTIÉRREZ: Yo tengo uno en el balcón, a la sombra.
ELENA: Estoy tan cansada, Gutiérrez… pero no voy a poder dormir sentada…
GUTIÉRREZ: Mucha opción no tenemos.
ELENA: Probemos tirarnos de lado…
GUTIÉRREZ: ¿Izquierda o derecha?

Elena lo empuja hacia un costado sin contestar. Otra vez se acomodan, buscan una posición, él siempre espera los movimientos de ella. Cuando parece que hallaron una forma de estar, ella se saca los zapatos, los empuja, recoge las piernas y frota sus pies en el pantalón de Gutiérrez. Él se estremece.

ELENA: Tengo frío, Gutiérrez.

Gutiérrez se perturba.

ELENA: Frótese usted también si quiere.
GUTIÉRREZ: Yo tengo calor, escribana…
ELENA: Elena…
GUTIÉRREZ: En el termostato mujeres y hombres somos muy distintos. Una cuestión de calorías por centímetro cúbico de sangre.
ELENA: Salió en la *Selecciones*.
GUTIÉRREZ: Ciertamente. ¿Usted también lo leyó?

ELENA: No, no, me imaginé.

Gutiérrez cierra los ojos y se dispone a sentirla mientras ella sigue frotando sus pies sin la misma intención. Elena luego se queda calma. Él queda muy inquieto, se mueve sin un objetivo. Ella nota que se mueve inquieto.

ELENA: Le molesta el brazo…
GUTIÉRREZ: ¿Qué brazo?
ELENA: El que apoya contra el piso. Demasiado peso, siento que se me corta la circulación, como un hormigueo… ¿usted no siente?
GUTIÉRREZ: Y yo siento, sí…

Se mueven, tratan de buscar otra posición pero no la encuentran.

GUTIÉRREZ: Por qué no hacemos una cosa, escribana Elena: yo sueño no tengo, me acuesto boca abajo y usted se monta arriba mío.
ELENA: ¿Y cómo me monto?
GUTIÉRREZ: Bueno, técnicamente si yo me acuesto boca abajo usted irremediablemente quedará montada arriba mío. Le hago de colchón y no soy tan duro como el piso…

Gutiérrez sin esperar respuesta empieza a intentar rolar.

ELENA: No, Gutiérrez, cómo voy a hacer eso.
GUTIÉRREZ: En serio, no es molestia…
ELENA: Es un abuso, Gutiérrez. Lo voy a aplastar…
GUTIÉRREZ: Usted es una plumita, relájese. Y en todo caso hace bien para las contracturas un poco de peso muerto, mejor que el masaje porque el masaje según dónde aprietan…

Insiste con el roll. Ella se deja llevar. Él queda boca abajo y ella sobre él. Es una sensación extraña para ella pero evidentemente más cómoda. Él tiene la cara aplastada contra el piso. Ella primero se siente rara pero luego se va relajando en busca de una mejor posición.

ELENA: ¿Usted está bien, Gutiérrez?
GUTIÉRREZ (*voz deformada por la posición*): Perfecto…
ELENA: Jamás se me hubiera ocurrido… Estuvo creativo…
GUTIÉRREZ: Vio…
ELENA: ¿Seguro que está bien?
GUTIÉRREZ: Ciertamente.
ELENA: Qué gracioso, debe ser la primera vez en mi vida que miro el techo de este archivo…
GUTIÉRREZ: El cielo raso…
ELENA: ¿Qué?
GUTIÉRREZ: Que para ser precisos no es techo sino cielo raso, ni siquiera yeso, Durlock… como un falso techo más bajo, ¿vio? El escribano lo mandó poner en el 87, principios del 88 porque tan alto juntaba mucha humedad. Ve… si acá hubiera un poco más de ventilación andaría un culantrillo.
ELENA: Lo único que me molesta es que se me va la cabeza un poquito como para atrás…
GUTIÉRREZ: Se le va la cabeza para atrás…
ELENA: ¿No me hará mal? Digo, por la sangre…
GUTIÉRREZ: No creo…
ELENA: ¿No leyó nada de la sangre en la *Selecciones* del *Reader's Digest*?

Sin que Gutiérrez llegue a contestar ella se tienta, se ríe, primero suave, después más fuerte, hasta que se termina sacudiendo con su risa sobre la espalda de Gutiérrez.

ELENA: Disculpe, Gutiérrez…

Se tienta, se ríe más aún.

ELENA: Disculpe, no me río de usted…
GUTIÉRREZ: ¿Entonces por qué la tengo que disculpar?
ELENA: Porque sí, porque me río, y usted está ahí abajo, aplastado… Y yo acá cómoda, usándolo de colchón, y riéndome…
GUTIÉRREZ: Yo estoy bien.

ELENA: Bien, ciertamente…

Vuelve a reírse a las carcajadas. Y luego poco a poco va calmándose.

ELENA: Disculpe.
GUTIÉRREZ: Sabe que no entiendo sus disculpas…
ELENA: ¿Le molesta si duermo un poquito?
GUTIÉRREZ: Adelante, ¿cómo me va a molestar? La noche es larga.
ELENA: Hasta mañana, Gutiérrez…
GUTIÉRREZ: Hasta mañana, escribana…
ELENA: Elena.
GUTIÉRREZ: Gutiérrez…

Elena se tienta otra vez.

ELENA: Usted es increíble… Cualquier cosa me despierta.
GUTIÉRREZ: Cualquier cosa la despierto.
ELENA: Usted sería un buen padre, Gutiérrez.

Ella se acomoda, se relaja, busca una posición para dormir. Cada tanto se tienta un poquito pero enseguida se calma. Gutiérrez queda en esa posición. Ella empieza a respirar cada vez más profundo como si el sueño le fuera llegando.

ELENA: Cualquier cosa me despierta.
GUTIÉRREZ: Cualquier cosa, sí, tranquila…

Ella parece estar dormida. Él en su posición incómoda también cierra los ojos. Pausa larga. Ella se despierta y sobresalta.

ELENA: ¡La rata!

Gutiérrez abre los ojos también alterado pero por los gritos de Elena y su movimiento sobre él.

GUTIÉRREZ: ¿La rata?
ELENA: ¡¡¡La rata, Gutiérrez!!!

GUTIÉRREZ: ¿Dónde?
ELENA: No sé dónde… i¿pero usted ahí abajo cómo piensa defenderme de la rata?!
GUTIÉRREZ: La puedo patear…

Medio dormido, Gutiérrez intenta patadas hacia los costados desde esa posición. Elena sobre él se mueve y se siente vulnerable.

ELENA: No, no, no la provoque… No sabemos cómo puede reaccionar. Sáqueme de acá arriba que estoy muy expuesta. A usted lo tapo yo, ¿pero yo qué?

Rolan, quedan de costado, y con mucho esfuerzo se van sentando hasta volver a la posición inicial. Pausa alerta.

ELENA: ¿La vio?
GUTIÉRREZ: No.
ELENA: ¿La oyó?
GUTIÉRREZ: No.
ELENA: Júremelo.
GUTIÉRREZ: Se lo juro.
ELENA: Si me miente, su hijo no se lo va a perdonar…
GUTIÉRREZ: Yo no tengo hijo…
ELENA: Pero lo va a tener.
GUTIÉRREZ: Se lo juro por mi hijo, quédese tranquila.

Pausa. Ella intenta relajarse otra vez, le cuesta, lo intenta con esfuerzo. Entonces Gutiérrez sin querer hace un ruido pateando algún bollo de papel o carpeta que hay en el suelo. Elena se altera otra vez. Se aprieta más contra él. Él la siente.

ELENA: La oyó, ahora sí la oyó…

Gutiérrez duda, parece que va a decir la verdad pero se detiene, espera y luego intencionalmente patea el bollo otra vez.

ELENA: Ahí está, Gutiérrez, ahí está…

Ella se aprieta lo máximo que puede a él. Él la deja, ella apoya su cabeza íntegramente en su hombro y se mete en su cuello como si quisiera taparse. Él la respira, la huele.

GUTIÉRREZ: Sí, ahora sí. Ahora la sentí. Quédese así, quietita, bien quietita que yo la cubro.
ELENA: Gutiérrez, por favor, no deje que se me acerque. ¡Protéjame, Gutiérrez!
GUTIÉRREZ: Déjeme hacer a mí, Elena, déjeme a mí.
ELENA: Tengo miedo… ¡Cuídeme, Gutiérrez!
GUTIÉRREZ: Para eso estoy.

Ella aprieta la cabeza contra su cuello muerta de miedo y Gutiérrez cada vez se excita más. Él empieza a balancearse levemente y a mover la pelvis mientras frota su cara contra el pelo de ella.

ELENA: No puedo más…
GUTIÉRREZ: Aguante un poquito más…
ELENA: ¡¡¡No puedo!!!
GUTIÉRREZ: Un poco más…
ELENA: Abráceme, no deje que ese bicho me toque…
GUTIÉRREZ: La estoy abrazando. Apriétese, hágase chiquita… Métase, así, así adentro mío… yo… Bien adentro, chiquita… bien adentro…

Por su excitación él se mueve todo el tiempo, aunque en forma contenida, como si se estuviera masturbando sin manos. Ella se acurruca en él con pánico por la rata.

ELENA: Me muero…
GUTIÉRREZ: Sí, sí…
ELENA: No deje que me toque…
GUTIÉRREZ: Grite…
ELENA: No puedo…
GUTIÉRREZ: Grite, le digo…

En medio de sus movimientos Gutiérrez estira una pierna y vuelve a patear intencionalmente el bollo para que ella se asuste más. Elena se estremece.

ELENA: ¡Ahí está, por Dios!
GUTIÉRREZ: ¡Grite, carajo!
ELENA: ¡Ahhhhhhhh!
GUTIÉRREZ: No pare…
ELENA: ¡Ahhhhhh!
GUTIÉRREZ: Más…
ELENA: ¡Ahhhhhh!

Mientras ella grita él tiene su orgasmo y acaba. Gutiérrez queda exhausto, ella tiembla todavía aterrada, apretada contra él.

Pausa.

Gutiérrez logra volver a su cuerpo.

GUTIÉRREZ: Ya está, ya pasó…
ELENA: ¿Cómo sabe?
GUTIÉRREZ: Lo sé…
ELENA: ¿Está seguro?
GUTIÉRREZ: Cayó… saltó la trampera.
ELENA: No la oí saltar…
GUTIÉRREZ: Mientras usted gritaba…
ELENA: No me deje ver, Gutiérrez, si veo me desmayo.
GUTIÉRREZ: No la voy a dejar ver.
ELENA: No me deje.
GUTIÉRREZ: No la dejo.
ELENA: Quédese ahí…
GUTIÉRREZ: Acá estoy, acá estoy…

Pausa. Ella sigue apretada contra él pero más calma, ya no tiembla, con los ojos cerrados. Él la disfruta.

GUTIÉRREZ: Ahora, duerma tranquila.

ELENA: Pero la rata está ahí.
GUTIÉRREZ: Muerta.
ELENA: No me deje ver…
GUTIÉRREZ: Confíe en mí…
ELENA: Si no hubiera estado usted acá, yo no sé que habría sido de mí…
GUTIÉRREZ: Ni de mí.

Él mueve su cabeza como acariciándola. Ella lo deja hacer.

GUTIÉRREZ: Durmamos un poco, que pronto va a ser la mañana…
ELENA: Sí, cuando despertemos va a ser la mañana, Gutiérrez…

Lentamente los dos se van relajando, hasta que cada vez más relajados se quedan dormidos uno contra el otro. Absolutamente en paz los dos.

4. El día

Las luces indican el paso final del tiempo. Primero el resto de la noche. Luego el amanecer. Finalmente es la mañana siguiente. La claridad del día invade el archivo. Empiezan a llegar tenues ruidos del exterior: el ascensor que sube, algunos pasos lejanos, un teléfono que suena y nadie atiende, un fax. El sueño de Gutiérrez y Elena empieza a perturbarse. Gutiérrez se termina despertando. Despertar lo angustia. Elena habla entre sueños, no está claro si está despierta o dormida. Gutiérrez intuye que ella empieza a despertar y no quiere, se desespera, daría cualquier cosa por que el sueño de Elena continúe y que no llegue nunca la mañana. Los sonidos del exterior cada vez más nítidos y cercanos se van mezclando con el hablar de Elena en sueños.

ELENA: "¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día…"
GUTIÉRREZ: No, no me voy, me quedo… Pídamelo y me quedo… Pídamelo y la cuido…

Alguien llama a la puerta exterior de la escribanía con un golpeteo especial, algo inconfundible, su código de todas las mañanas. Gutiérrez se inquieta, no quiere que nadie entre.

ELENA: ¿Quién llama?
GUTIÉRREZ: Nadie, olvídese… no llama nadie…
ELENA: ¿El ruiseñor?
GUTIÉRREZ: No, no… usted duerma… usted…
ELENA: … la alondra…

Llaves en la puerta de entrada exterior y luego sonido de puerta que se abre y de alguien que pasa. Se escucha su asombro y murmullo del otro lado. Elena aún semidormida.

ELENA: "¡Cuanta más luz, más negra es nuestra pena!"
GUTIÉRREZ: No quiero luz… quiero noche…

Ella termina de despertar. Se escucha la llave girar en la puerta del archivo.

ELENA: ¿Quién es?

La puerta se abre violenta sin dejar ver quién está del otro lado. Ellos se dan vuelta hacia la puerta.

GUTIÉRREZ: El día…

TELÓN

Table of Contents

Cuánto vale una heladera y otros textos de teatro
Prólogo
COMEDIAS
    Cuánto vale una heladera
    Verona
    Morite, Gordo
DRAMAS
    Un mismo árbol verde
    Tres viejas plumas
    Con las manos atadas